



Casey Vale, based on the account of a 10-year-old boy
about his past lives

MIL VIDAS

THOUSAND LIVES

MIL REENCARNACIONES. INFINIDAD DE
DESTINOS. UN SOLO DESTINO.

 THE LIVES
MEDIA®

MIL VIDAS

(THOUSAND LIVES)

**Mil Reencarnaciones. Infinidad de
Destinos. Un Solo Destino.**

Autor: Escrito por el periodista Casey Vale, basado en los relatos de un niño de 10 años sobre sus vidas pasadas.

Copyright © 2025 THE LIVES MEDIA. All rights reserved. No reproduction allowed.

NOTA DE LOS EDITORES

Este libro fue escrito basándose en historias, eventos y contextos reales. Sin embargo, para respetar la privacidad y evitar afectar a ciertas personas, los nombres de los personajes y algunos detalles de identificación han sido cambiados, abreviados o reestructurados en forma literaria.

Algunos pasajes del libro son narrados desde la perspectiva personal de los involucrados, reflejando sus experiencias y percepciones en ese momento. Estas opiniones no coinciden necesariamente con la postura de THE LIVES MEDIA.

En cuanto al estilo, aunque el Equipo Editorial ha realizado los ajustes necesarios, para respetar al personaje original y preservar el espíritu y la vivacidad de la historia, hemos intentado conservar al máximo la sencillez y el tono de voz original del personaje.

El equipo editorial



INTRODUCCIÓN

La vida de un periodista, especialmente uno que viaja a menudo a tierras lejanas y entra en contacto con todo tipo de personas, suele estar llena de sorpresas. Pero el fatídico encuentro con el niño a quien, de ahora en adelante, me permitiré llamar por el cariñoso nombre de River, superó con creces todo lo que había imaginado sobre las maravillas que este mundo puede albergar.

Conocí a River en una circunstancia bastante casual, en un pequeño y apacible pueblo del oeste de Estados Unidos, donde estaba tomando unas cortas vacaciones después de un largo viaje de trabajo por Asia. Tenía solo diez años, un niño estadounidense de habla inglesa, con ojos brillantes y una mirada pensativa poco común para su edad. Su familia, a la que tuve la oportunidad de conocer, era gente amable y de buen corazón, y pronto me di cuenta de que tenían una profunda vida espiritual, practicando una antigua disciplina de cultivación espiritual originaria de Oriente: Falun Dafa.

Al principio, nuestras conversaciones giraban en torno a asuntos cotidianos. Pero un día, mientras estábamos sentados juntos viendo el atardecer caer tras las lejanas cadenas montañosas, River de repente empezó a contar.

No eran historias sobre la escuela, los amigos o los juegos infantiles. Eran fragmentos de memoria vívidos, asombrosamente detallados, sobre vidas pasadas que abarcaban desde gloriosas civilizaciones prehistóricas hasta conocidas dinastías históricas, e incluso mundos más allá de la Tierra.

River contó que, gracias a una relación predestinada especial y a la cultivación desde niño, su tianmu (el tercer ojo) se había abierto, junto con una porción de su sabiduría, permitiéndole ver otros niveles de espacio y recordar muchas de sus vidas pasadas. Algo extraño que noté fue que, desde que estas habilidades se manifestaron claramente, el estilo de hablar de River al referirse a sus recuerdos de vidas pasadas también cambió. Aunque su rostro conservaba la expresión pura e inocente de un niño, sus palabras se volvían maduras y profundas, como si una persona experimentada estuviera compartiendo las reflexiones de su vida. A menudo se refería a sí mismo como "yo" de forma natural al contar sobre esas vidas, como si estuviera reviviendo esos mismos momentos. Cuando contaba, su voz seguía siendo la de un niño de diez años, pero el contenido y la profundidad de las historias poseían una erudición y una perspicacia extraordinarias. Podía hablar fragmentos de lenguas antiguas que nadie le había enseñado, describir costumbres y acontecimientos históricos con detalles que ningún libro había registrado.

Yo, un europeo con cierto conocimiento del Dharma búdico y las enseñanzas orientales, al principio no pude evitar sentirme asombrado, e incluso un poco escéptico. Pero cuanto más escuchaba, cuanto más observaba la sinceridad en sus ojos y su actitud, la coherencia y consistencia asombrosas en historias que abarcaban millones de años, más me sentía cautivado. No había exageración, ni intención de impresionar. Simplemente relataba lo que "recordaba", lo que "veía" durante la meditación o en momentos de tranquila contemplación.

Lo que era especial es que River siempre se situaba en la perspectiva de su personaje en cada vida para observar y evaluar los acontecimientos. Cuando era un general, pensaba como un general. Cuando era un monje, adoptaba la mentalidad de un monje. Y cuando era un consejero diplomático, analizaba los asuntos puramente desde la perspectiva de un político, sin mezclar en absoluto explicaciones espirituales o kármicas en contextos donde el personaje no era un cultivador. Esta clara distinción hacía que las historias fueran aún más creíbles y profundas.

Después de esas primeras e inesperadas conversaciones, y con el sincero consentimiento de los padres de River — quienes comprendían bien la particularidad de su hijo y también deseaban que estas historias pudieran llegar a almas afines—, dediqué unas dos semanas a escuchar atentamente y a transcribir con cuidado el flujo de sus

recuerdos. Al principio, solo pensaba transcribirlo para mí, como un valioso documento sobre cosas maravillosas. Pero cuanto más escuchaba, más me daba cuenta de que estas historias no eran solo para mí. Contenían profundas lecciones sobre la historia, sobre el karma, sobre la elección entre el bien y el mal y, sobre todo, sobre el viaje infinito de un ser a través de las reencarnaciones para encontrar su origen.

Este libro, "Mil Vidas", es una recopilación de esas historias, registradas con la mayor fidelidad posible a partir de los relatos de River durante ese período. Durante todo el tiempo que estuvo contando, yo apenas hice preguntas, solo escuché y tomé notas. Por lo tanto, el lector notará que el flujo de la historia es casi un monólogo del personaje principal, a quien acompañaremos a través de innumerables roles, desde un general en una guerra prehistórica, un sabio taoísta durante la época de los Tres Reinos, un seguidor de Jesús, un Dios de la Montaña que regía una montaña sagrada, un artesano en el antiguo Marte, hasta un diplomático estadounidense de mediados del siglo XX, y finalmente, la revelación sobre su verdadero origen: un Rey Señor de un Reino Celestial que había hecho el voto de descender al mundo para esperar a Dafa.

El primer capítulo puede resultar un poco denso para algunos lectores, ya que narra la terrible retribución kármica que el personaje principal tuvo que soportar por

los crímenes cometidos en una vida pasada al oponerse a la Ley Verdadera. Pero les pido paciencia, porque es una parte indispensable de la verdad, de la ley de causa y efecto, que es estricta pero también llena de compasión. A partir del segundo capítulo, River, a través de sus recuerdos, aparecerá más en el papel de "observador" de la historia, interpretando los acontecimientos y personajes desde la perspectiva sobrenatural de un cultivador, centrándose en la voluntad celestial y las lecciones ocultas tras los sucesos. Cuando aparecían palabras extrañas, como "espíritu primordial secundario", intenté añadir breves explicaciones entre paréntesis según mi entendimiento a partir de las explicaciones del niño o de materiales de referencia.

Espero que, a través de "Mil Vidas", cada uno de nosotros pueda obtener una nueva perspectiva sobre la vida, sobre la historia y, tal vez, encontrar en algún lugar un poco de empatía, un poco de reflexión para nuestro propio viaje.

Casey Vale

THE LIVES MEDIA

* * *

CAPÍTULO 1: LA LUNA PREHISTÓRICA

...

A veces, cuando medito, o simplemente en momentos de gran quietud, al mirar por la ventana, los recuerdos regresan. No es el tipo de recuerdo de lo que hice ayer o de dónde jugué la semana pasada. Estos recuerdos son extraños; vienen de un lugar muy, muy lejano. Tan lejano que no creo que esta Tierra conserve ya ninguna huella. (Más tarde, cuando mis padres me lo explicaron, comprendí que estaba viendo estas cosas a través de mi tianmu, porque cuando mi tianmu comenzó a abrirse, yo tenía solo unos cinco años).

El recuerdo me lleva a una era de hace cien millones de años, a los últimos siglos de un ciclo de civilización inmensamente glorioso, pero que también se encontraba al borde del colapso.

En los pergaminos históricos más antiguos que sobrevivieron de esa época, se cuenta que aquella civilización había experimentado una resplandeciente Edad de Oro. Imagínense, la Tierra en ese entonces tenía un aspecto completamente diferente. Las ciudades no estaban construidas con ladrillos y piedras grises, sino que brillaban como si estuvieran tejidas con luz, con esbeltas torres que se alzaban hacia el cielo. La gente de ese apogeo vivía en armonía con la naturaleza; tanto su sabiduría como su moralidad estaban en un nivel muy elevado.

Las crónicas registran que, en un momento crucial, cuando aquel ciclo de civilización parecía a punto de terminar tras unos cinco mil años de existencia, ocurrió un evento grandioso. Un Ser Supremo, a quien las generaciones posteriores llamarían con reverencia el Creador, descendió al mundo de los hombres. Trajo consigo el Gran Fa —la verdad del universo— para difundirlo ampliamente y salvar a los seres conscientes. Sus enseñanzas despertaron a cientos de millones de personas. Entraron en la cultivación, su naturaleza del corazón se elevó, su sabiduría se abrió y, gracias a ello, esa civilización no solo no fue destruida, sino que se prolongó otros diez mil años más en un esplendor nunca antes visto.

Durante esos diez mil años, los cultivadores genuinos que seguían el Gran Fa lograron hazañas extraordinarias. La Luna que vemos hoy, según lo que se ha transmitido, fue una de las grandes maravillas que ellos crearon o ajustaron. No era solo una masa de roca, sino un centro de energía, un lugar sagrado, un símbolo de la sabiduría y las capacidades sobrenaturales de aquellos que cultivaban sus corazones y aspiraban al bien. Luego, los templos y las majestuosas y enormes obras de arquitectura cuyos vestigios aún perduran, son todos testimonios de una época en que los humanos y los Dioses estaban cerca, cuando el Gran Fa era el faro que iluminaba el camino.

Pero, como todos sabemos, el tiempo es un flujo incesante. Para cuando yo, en una vida pasada, nací, esos diez mil años de esplendor ya habían llegado a sus últimos tiempos. Mi nombre en esa vida, si intentara transcribirlo al lenguaje de ustedes ahora, sonaría muy parecido a Arion. El lenguaje y la escritura de esa era eran muy diferentes de lo que conocemos, así que usaré temporalmente este nombre, Arion, para contar la historia y que puedan imaginarla más fácilmente.

Cuando yo, Arion, nací, la Luna todavía se erguía imponente en el cielo nocturno, y los antiguos templos seguían allí. Pero en la conciencia de la mayoría de la población, las historias sobre el Creador, sobre el Gran Fa, sobre los cultivadores de vastos poderes divinos que crearon la Luna, se habían convertido gradualmente en "cuentos de hadas". Es como la gente de hoy cuenta historias sobre la diosa Chang'e o el leñador en la luna. Hermosas, majestuosas, pero lejanas y pocos creían que fueran verdad.

En la era de Arion, la sociedad se había polarizado profundamente. Por un lado, estaban aquellos que todavía intentaban preservar su fe, atesorando los valores espirituales legados por sus antepasados. Por otro lado, un grupo cada vez más poderoso de personas que solo creían en lo que sus ojos veían y sus oídos escuchaban, creían en el poder material, en lo que podían agarrar y controlar. Eran la facción materialista.

Para nosotros en ese entonces, la generación que creció en una atmósfera cada vez más densa de pragmatismo, las historias sobre la "Ciencia Sobrenatural" o la "Ciencia Espiritual" de los antiguos sonaban vagas y difíciles de creer. Se nos enseñó que solo lo que se podía medir, lo que se podía probar experimentalmente, las tecnologías que podíamos fabricar y controlar, era la verdadera ciencia.

Por supuesto, también habíamos oído, vagamente en alguna parte, que todavía quedaban unos pocos que se autodenominaban "cultivadores" según el llamado "Gran Fa" de los antiguos. Se rumoreaba que tenían "poderes divinos", "habilidades sobrenaturales" extrañas, e incluso que podían crear alguna "tecnología sobrenatural" que nuestra ciencia no podía explicar. Pero, para ser sincero, ni yo personalmente, ni la mayoría de mi generación, habíamos presenciado directamente esas cosas con claridad. Para nosotros, en su mayor parte, seguían siendo solo rumores, leyendas tejidas de un pasado lejano, o quizás solo algunos trucos sofisticados. Creíamos en el poder tangible, en el ejército, en las armas avanzadas que nuestra facción investigaba y fabricaba día y noche.

Por eso mismo, la decadencia moral en los últimos 500 años de ese ciclo de civilización fue casi inevitable. Cuando la gente ya no cree en los Dioses y Budas, ya no teme las leyes invisibles del universo, las ataduras

morales también se aflojan gradualmente. La codicia, el egoísmo, el anhelo de poder y el disfrute material se volvieron cada vez más intensos.

Las personas que no cultivaban verdaderamente su corazón, o aquellas que una vez lo hicieron pero cuya voluntad no era firme, eran fácilmente arrastradas por las tentaciones de la fama, el beneficio y el sentimentalismo, alejándose de los valores tradicionales. Empezaron a cuestionar por qué vivir una vida de austeridad, por qué creer en cosas que no se pueden ver, cuando la ciencia material podía ofrecerles una vida cómoda y placentera justo delante de sus ojos.

Y entonces, desde esa base de decadencia moral, el pensamiento materialista se extendió cada vez más, no solo en mi nación, sino también en muchas otras tierras. Los líderes y pensadores de estas naciones y fuerzas afines se unieron gradualmente, formando una poderosa alianza, una alianza de aquellos que creían en el poder material absoluto. Mi familia también era parte de este movimiento en ascenso.

Esa alianza materialista tenía un objetivo claro: eliminar por completo la influencia de lo que consideraban "espiritualidad ilusoria" de la vida social, no solo dentro de una nación, sino a una escala mucho mayor. Propagaban que el hombre era el dueño de su destino, que todos los logros eran creados por la inteligencia y la

fuerza del hombre. Rechazaban a los cultivadores, a aquellos que aún mantenían la fe en el Gran Fa, considerándolos una fuerza que obstaculizaba el "progreso" de la sociedad y una amenaza para el nuevo orden que querían establecer.

La atmósfera en aquellos años se volvió cada vez más sofocante. Las enseñanzas del Gran Fa, que una vez fueron consideradas una guía, ahora eran ridiculizadas y distorsionadas en muchos lugares. La alianza materialista, con sus promesas de un "paraíso terrenal" construido por el hombre, atrajo a no poca gente, especialmente a los jóvenes de las naciones miembros. La línea general de la alianza era muy resuelta, incluso despótica, y sus líderes estaban dispuestos a usar cualquier medio, incluida la fuerza, para lograr sus objetivos.

No fue solo una guerra ideológica en el seno de una sociedad, sino que gradualmente se convirtió en una confrontación a mayor escala, una batalla por el alma de toda una civilización. Y yo, Arion, había nacido y crecido en una familia clave perteneciente a una de las naciones principales de esa alianza materialista que ascendía con fuerza.

Como dije, yo, Arion, nací en el último siglo de ese ciclo de civilización de diez mil años, un momento en que la llama del materialismo ardía con fuerza. Mi familia

pertenecía a la clase social acomodada, y mis padres eran miembros clave, con gran influencia en un partido principal de la alianza materialista.

Desde muy pequeño, estuve rodeado de una atmósfera de adoración a la materia y al poder. Las primeras lecciones que escuché no fueron cuentos de hadas sobre Dioses y Budas, sobre la compasión o la fe, sino sermones sobre el poder de la ciencia y la tecnología, sobre la superioridad del hombre y sobre cómo el hombre podía conquistar la naturaleza y ser dueño de su propio destino. El pensamiento ateo se me inculcó todos los días. Cualquier cosa relacionada con la espiritualidad, con el Gran Fa de los antiguos, era considerada superstición, un obstáculo para el progreso. Mis padres y quienes me rodeaban expresaban con frecuencia desprecio, e incluso odio, hacia quienes aún conservaban su fe, hacia los cultivadores. Los llamaban "rezagados", "soñadores de fantasías vanas".

En tal entorno, no es de extrañar que creciera con una fe de hierro en lo que me enseñaron. Despreciaba los valores espirituales y creía que solo el poder material, el poder militar, era algo por lo que valía la pena luchar. Miraba las antiguas reliquias, los templos que se decía que habían sido construidos por cultivadores, no con reverencia, sino con una pizca de curiosidad científica, tratando de entender qué "técnica" se había utilizado, sin pensar en absoluto en su aspecto espiritual.

Quizás, por nacimiento, tenía cierto talento para lo militar. Me gustaban los juegos de estrategia, me gustaba leer los registros de las grandes batallas de la historia (aunque a menudo se interpretaban desde una perspectiva materialista). Mi condición física también era bastante buena, y pronto mostré habilidad para el mando. Mis padres, al ver estas inclinaciones, se sintieron muy complacidos y me animaron a seguir la carrera militar. Para ellos, el ejército era el símbolo del poder, la herramienta para proteger y expandir la influencia de la alianza materialista.

Mi ascenso en el ejército de la alianza fue bastante tranquilo. Ingresé en la academia militar desde joven, estudié diligentemente y me entrené sin cesar. Rápidamente dominé las tácticas modernas y aprendí a usar las armas más avanzadas que nuestra facción fabricaba. Con mi talento innato, mi determinación y el respaldo de mi familia, ascendí con bastante rapidez a través de los rangos. Las victorias en ejercicios a gran escala, o en pequeños conflictos fronterizos (con las fuerzas que aún se oponían a la alianza materialista), aumentaron aún más mi prestigio.

Y así, siendo todavía bastante joven, fui nombrado comandante de una legión principal, una fuerza poderosa con una dotación de unos cincuenta mil hombres. Era una de las legiones más aguerridas de la alianza, y cabe señalar que toda nuestra alianza tenía

muchas otras legiones de tamaño similar, o incluso mayores, listas para grandes campañas.

Imaginen ejércitos con filas ordenadas, densas formaciones de infantería con mosquetes y bayonetas relucientes, imponentes escuadrones de caballería con espadas y lanzas en mano, y baterías de artillería pesada arrastradas por robustos corceles. Nuestros uniformes estaban cuidadosamente confeccionados, de colores vivos y llenos de poder, y cada legión, cada cuerpo de ejército, tenía sus propias insignias para distinguirse en el vasto campo de batalla. Para mí, en ese momento, era la cima de la fama, una afirmación de mis esfuerzos y mis creencias. Estaba orgulloso de esa posición, orgulloso de mi legión organizada y disciplinada, y completamente convencido de que estaba sirviendo a un ideal "noble": el ideal de construir un mundo dominado por el hombre, un mundo sin lugar para las "ilusiones" espirituales.

Esa atmósfera tensa finalmente tuvo que estallar. La orden final fue emitida desde el alto mando supremo de la alianza materialista: se lanzaría una guerra total. El lema era muy claro y se difundió por todas partes: esta era una guerra para "liberar" al mundo de las cadenas de la superstición, para "iluminar" las tierras aún sumidas en la oscuridad de la espiritualidad, y para establecer un nuevo orden mundial donde el hombre y la ciencia material reinaran de forma absoluta. El plan inicial de los

líderes de la alianza era una "guerra relámpago", que preveía barrer toda la oposición y lograr la victoria total en un máximo de unos seis meses.

Para mí y mi legión de cincuenta mil hombres, era el momento que habíamos esperado, para el que nos habíamos entrenado. Ni una pizca de duda, ni una pizca de vacilación sobre la justicia de la guerra. Creíamos que estábamos trayendo el futuro, que estábamos destrozando lo viejo y obsoleto.

Mi legión, junto con muchas otras poderosas legiones de la alianza, comenzó la marcha. Las formaciones de infantería se sucedían, los bloques de caballería eran imponentes, las columnas de artillería se movían con estruendo, con un espíritu que llegaba al cielo. Se nos ordenó atacar un área considerada vital para la facción espiritual, una tierra que ellos llamaban la "Ciudad de la Luz", que se decía que era el centro de los cultivadores y que albergaba muchas escrituras y legados del Gran Fa.

Sin embargo, la guerra no se desarrolló tan fácilmente como el plan original. Las naciones y comunidades que seguían la fe del Gran Fa, aunque sus ejércitos no estaban inicialmente tan bien organizados profesionalmente como los nuestros, mostraron un espíritu de lucha increíblemente valiente. No tenían grandes ejércitos permanentes, pero cada ciudadano parecía ser un soldado, dispuesto a defender su fe y su patria. Lucharon

con mucha astucia, apoyándose en el terreno familiar, utilizando tácticas de guerrilla flexibles, causándonos no pocas pérdidas.

Además, la ayuda silenciosa de unos pocos cultivadores con "habilidades sobrenaturales" de la facción espiritual también contribuyó a ralentizar considerablemente nuestro avance. Los caminos por los que planeábamos marchar a veces se derrumbaban de forma inexplicable. Puentes vitales eran destruidos con sofisticación. Nieblas densas y lluvias torrenciales fuera de temporada aparecían de repente, obstaculizando el movimiento y la logística. Mi propia legión también se encontró no pocas veces con situaciones extrañas e inexplicables. Una vez, mientras marchábamos bajo el sol del mediodía, de repente casi la mitad de los soldados de la vanguardia se desmayaron, con síntomas idénticos a una insolación severa, aunque el clima no era excesivamente duro. En otra ocasión, una extraña epidemia estalló repentinamente en una gran parte de la legión, propagándose muy rápidamente y causando la muerte de alrededor del diez por ciento de las tropas en solo unas pocas semanas, antes de que nuestros médicos militares pudieran encontrar con dificultad una manera de controlarla. Aunque estas acciones no infligieron un daño letal directo y visible por parte de un enemigo tangible, y estaban destinadas principalmente a

detenernos y agotarnos, realmente causaron muchas dificultades y una alarma latente.

Fue precisamente por esta tenaz resistencia y los obstáculos inesperados que la guerra que pensábamos que terminaría en unos pocos meses se prolongó persistentemente. Tuvieron que pasar casi tres años, con innumerables batallas grandes y pequeñas, con pérdidas no menores para ambos bandos, para que nuestra alianza materialista ganara gradualmente la ventaja en todos los frentes. El precio de cada paso adelante se pagó con sangre y agotamiento.

Y así, después de casi tres años de campaña, mi legión, la de Arion, aunque había pasado por muchas pruebas y desgaste, finalmente llegó a las afueras de la "Ciudad de la Luz". Nuestra misión no había cambiado: tomar la ciudad, eliminar toda la resistencia restante y destruir los símbolos de la facción espiritual. El lema de "victoria dondequiera que luchemos" todavía se coreaba, pero por dentro, todos sabían que esta victoria no sería nada fácil.

El asalto a la "Ciudad de la Luz" fue la batalla más feroz que mi legión había experimentado jamás. Aunque la facción espiritual se había debilitado después de casi tres años de guerra, su resistencia aquí, en esta última fortaleza, fue increíblemente intensa. Lucharon con una determinación desesperada, como si supieran que esta era la batalla del destino. Después de muchos días de

sangrientos combates, mi legión, que ahora solo contaba con unas tres quintas partes de su fuerza original, finalmente sofocó los últimos focos de resistencia de los soldados enemigos fuera de la ciudad.

El camino hacia el centro de la ciudad estaba ahora abierto. Nuestro siguiente objetivo era un vasto complejo arquitectónico religioso, un magnífico templo que se decía que era el lugar más sagrado, donde se conservaba la esencia del Gran Fa. Según la inteligencia, también era el último refugio de los cultivadores y de los ciudadanos que aún se aferraban obstinadamente a su fe.

Cuando las gigantescas puertas del templo se derrumbaron bajo el poder de la artillería, una escena se desplegó ante nuestros ojos. Dentro del vasto patio, frente a una colosal estatua del Buda Señor, majestuosa y compasiva, había cientos de personas vestidas con las túnicas de cultivador, sentadas en meditación, sus labios murmurando oraciones. A su alrededor, y detrás de ellos, había miles de ciudadanos comunes —ancianos, jóvenes, mujeres, niños— todos con las manos juntas, vueltos hacia la estatua con una expresión de reverencia y entrega. No había armas, ni resistencia. Solo el silencio de la fe y el susurro de las oraciones.

Para mis soldados, que habían luchado sin descanso durante tres años, que habían visto caer a sus camaradas, que estaban imbuidos de una ideología de odio hacia el

"enemigo supersticioso", esa escena no evocaba ninguna compasión. La consideraban el último nido de la "ignorancia", seres que debían ser aniquilados para "purificar" el mundo.

La orden había sido dada desde arriba: no dejar a nadie con vida. Y mi legión, la de Arion, se abalanzó.

Fue una masacre.

Me paré en los altos escalones, mirando hacia abajo. Vi a mis soldados, con las armas en la mano, lanzarse contra la multitud desarmada. Gritos, lamentos, el sonido del metal chocando contra la carne y los huesos, el sonido de los cuerpos al caer. La sangre comenzó a extenderse sobre las blancas losas de piedra del templo. Los cultivadores, incluso frente a la muerte, muchos mantuvieron la calma, continuando con sus cánticos hasta el último aliento. Los ciudadanos comunes, en pánico, intentaron huir en vano.

No maté a ningún cultivador directamente. Mi papel era dirigir, asegurar que la "misión" se completara. Pero cuando esas imágenes brutales golpearon mis ojos, cuando escuché esos gritos desgarradores, una sensación de frío glacial se apoderó de mi pecho. Por un instante, solo por un instante, un destello de compasión, el pensamiento de dar la orden de detenerse, de poner fin a esta masacre sin sentido, se deslizó en mi mente. La

conciencia de un ser humano, aunque oculta bajo tantos años de dogma materialista, pareció querer alzar su débil voz.

Pero entonces, la voluntad de hierro, la fe en la "verdad" materialista en la que había sido forjado, rápidamente extinguió esa frágil chispa de luz. "Son el enemigo", resonó una voz fría en mi cabeza. "Son un obstáculo para el progreso. Su destrucción es necesaria para un nuevo y mejor orden". Cerré los ojos por un segundo, luego los abrí de nuevo, mi rostro se volvió frío e impasible. Dejé que la masacre continuara, hasta que no se oyó más ruido que el jadeo de los soldados y el silbido del viento a través de los ahora silenciosos y ensangrentados pasillos del templo.

Ese día, la legión bajo mi mando, el de Arion, cometió un crimen atroz. No solo masacramos vidas inocentes, sino que también destruimos un lugar sagrado, ofendiendo a los Dioses y Budas. Y yo personalmente, aunque no empuñé la espada directamente, mi tolerancia, mi indiferencia ante la atrocidad, mi rechazo a la voz de la conciencia, aunque fuera fugaz, sembró un karma tan inmenso que no podría haberlo imaginado en ese momento.

Ese fue el mayor y más profundo pecado que yo, Arion, cometí en esa vida. Una deuda que tendría que pagar

con un sufrimiento indescriptible en innumerables reencarnaciones futuras.

Después de que la "Ciudad de la Luz" fuera ocupada y "purificada" de esa manera tan brutal, la guerra que se prolongó durante casi tres años finalmente llegó a su fin. La alianza materialista había logrado una victoria absoluta en todos los frentes. Los supervivientes de la facción espiritual, si no eran aniquilados, tenían que esconderse, vivir con miedo o ser forzados a abandonar su fe.

Yo, Arion, con el "mérito" de haber comandado la legión que conquistó la "Ciudad de la Luz", fui aclamado como un héroe. Fui honrado, generosamente recompensado y ascendido a un rango militar muy alto, quizás equivalente al de General en los ejércitos de hoy. Mi fama resonó en toda la alianza. Con tales logros, y el respaldo de mi familia y de varias facciones de poder, fui considerado uno de los candidatos más prometedores para el puesto de líder supremo de todas las fuerzas militares de la alianza —un cargo similar al de "Ministro de Defensa"— en el próximo mandato. Todo parecía abrirse ante mis ojos, un futuro de máximo poder y gloria.

Estaba casi seguro de que ocuparía ese puesto. Todos los arreglos, todas las maniobras políticas parecían estar decididas. Pero la vida es verdaderamente irónica. Poco

antes de que se anunciara oficialmente la decisión del nombramiento, ocurrió un "accidente" inesperado.

Ese día, regresaba de una importante reunión en otra ciudad. Mi carruaje se movía con bastante rapidez. De repente, comenzó a caer una fuerte lluvia, con truenos y relámpagos violentos. Cuando el carruaje pasaba por un tramo de montaña peligroso y resbaladizo, por alguna razón, los caballos de repente entraron en pánico y se encabitaron salvajemente. El carruaje perdió el control, se tambaleó y se precipitó directamente a un profundo abismo.

Mi última sensación en la vida de Arion fue el terror absoluto mientras mi cuerpo caía en picado, luego un impacto cataclísmico, y la oscuridad lo envolvió todo.

Mucho más tarde, ya en esta vida actual, gracias a la cultivación de Dafa que abrió mi tianmu, pude ver la verdad de ese "accidente". No fue un accidente al azar. Fue un complot de asesinato sofisticadamente planeado por otro rival político dentro de la alianza materialista, alguien que también codiciaba el puesto de "Ministro de Defensa" que yo estaba a punto de obtener. Había sobornado al cochero, y probablemente también a los responsables de la seguridad de mi ruta.

¿No es ridículo? Yo, que había cometido tantos crímenes en nombre del "ideal" materialista, terminé muriendo a

manos de mis propios correligionarios, también por una lucha por el poder y el beneficio material. Esa muerte, aunque dolorosa y amarga, probablemente fue solo el comienzo de mi interminable cadena de pago de deudas kármicas.

Mi inesperada muerte en el abismo puso fin a una vida de ambición y pecado de Arion. Pero aproximadamente una semana antes de que ocurriera ese "accidente", las últimas noticias de los frentes lejanos ya habían llegado. La alianza materialista había vencido por completo. Todas las naciones y territorios restantes de la facción espiritual habían sido subyugados. Los cultivadores, aquellos que aún mantenían una fe firme en el Gran Fa, habían sido casi exterminados o arrestados, encarcelados y forzados a abandonar su camino. La guerra de casi tres años finalmente concluyó con el dominio absoluto de la facción materialista. Habíamos "tenido éxito" en erradicar una cosmovisión, una fe que había existido durante miles de años.

En esos últimos días, justo cuando las hostilidades amainaban, ocurrió un evento extraño, una visión que todavía hoy me produce un escalofrío al recordarla. Una noche, el cielo estaba despejado, la Luna llena y brillantemente luminosa. De repente, yo y muchas otras personas en la capital presenciábamos algo increíble. La Luna, esa esfera colosal que nuestros antepasados decían que había sido construida por cultivadores, comenzó a

moverse lentamente, desviándose de su órbita familiar. Al principio fue solo un pequeño desplazamiento, pero luego se hizo cada vez más rápido, más evidente. No cayó, ni chocó contra nada. Simplemente se estaba yendo, alejándose de la Tierra. Nos quedamos allí, atónitos, aterrorizados, viendo cómo esa esfera plateada se hacía cada vez más pequeña, hasta que no fue más que un punto de luz parpadeante y desapareció por completo en las profundidades del cosmos.

Ninguno de nosotros, los que seguíamos el materialismo, pudo explicar ese fenómeno. Nuestros científicos intentaron proponer hipótesis sobre la gravedad, sobre la órbita, pero todo era inútil ante la verdad evidente: la Luna se había ido. Mucho más tarde, cuando mi tianmu se abrió, supe que no fue un fenómeno natural. Fue una gran evacuación. Un grupo de cultivadores de Dafa con un dao extremadamente elevado, que habían previsto la inevitable decadencia de la civilización y la corrupción de los corazones humanos, usaron sus poderes divinos para llevar a una parte de los cultivadores genuinos restantes —estimados en varias decenas de miles— junto con la quintaesencia de la cultura y las semillas de la vida, a la Luna.

Más tarde, con mi tianmu, vi más claramente lo que había sucedido. Esa Luna, que desde fuera parecía una esfera de roca sólida, en realidad era hueca por dentro. Fue construida de forma increíblemente compleja, como

un mundo en miniatura, con muchos niveles y diferentes áreas. Había tierras fértiles para cultivar diversos tipos de granos y hierbas preciosas, y áreas para la cría de los animales que llevaron consigo. Incluso tenían un tipo de tecnología especial, un sistema secreto que podía crear un campo de fuerza artificial, manteniendo una gravedad y una atmósfera estables en el interior, similar a lo que ustedes ven en las películas de ciencia ficción de hoy. Toda la estructura interior fue diseñada para mantener un ecosistema completo, suficiente para que decenas de miles de personas pudieran vivir y subsistir en un largo viaje entre las estrellas.

Y esos cultivadores usaron sus vastos poderes divinos, controlando la Luna, convirtiéndola en una gigantesca nave espacial, un "arca" para toda una civilización, abandonando el sistema solar para encontrar otro lugar seguro donde preservar su linaje y su esperanza.

Poco después de que yo, Arion, muriera por el "accidente" de carruaje, quizás solo unos días después, una catástrofe aún más terrible se abatió. Como yo ya había muerto, lo que sucedió a continuación fue lo que observé más tarde con mi tianmu. Cuando la Luna, con los refugiados a bordo, se había alejado del sistema solar, parecía que ya no quedaba nada que mantuviera el equilibrio del planeta. El inmenso karma generado por todos los seres conscientes de esa civilización, especialmente el crimen atroz de la facción materialista

al oponerse al Gran Fa y reprimir a los cultivadores, había llegado el momento de ser saldado.

Vi a los Dioses, los Protectores de este universo, aquellos de cuya existencia nosotros, la facción materialista, nos habíamos burlado y negado, tomar cartas en el asunto... No para salvar, pues ya no había nada que pudiera salvarse. Usaron sus grandes poderes divinos para causar terribles trastornos geológicos, grandes diluvios, espantosas erupciones volcánicas. Y finalmente, para purificarlo todo por completo, hicieron estallar la propia Tierra de ese ciclo de civilización anterior. Toda la civilización, con todos sus logros científicos materiales, sus crímenes y sus ambiciones, fue completamente borrada, sin dejar rastro alguno.

Lo milagroso es que la Luna, esa arca de salvación improvisada, después de muchos años, quizás varias décadas según nuestros cálculos, de vagar y viajar a través de muchas regiones espaciales lejanas a una velocidad inimaginable, finalmente, cuando una nueva Tierra fue recreada por los Dioses a partir de los restos del viejo universo y un nuevo ciclo de civilización estaba a punto de comenzar, fue guiada de regreso, para convertirse en el satélite de este planeta, continuando su silenciosa misión.

...

En cuanto al alma de Arion, después de esa muerte catastrófica, cargó con una masa de karma negro y pesado. Comencé mi viaje de expiación, un viaje que se extendió a través de la reencarnación por innumerables vidas, en los reinos más oscuros y sufrientes.

Fue entonces cuando comencé mis vidas como cerdo, como perro.

* * *

Tras la muerte de Arion, mi espíritu se hundió en una oscuridad infinita, cargando con el inmenso karma de los crímenes cometidos. No sé cuánto tiempo estuve a la deriva en ese estado; solo sentía el frío, la soledad y un vago temor. Entonces, una fuerte fuerza de atracción me arrastró, y cuando mi conciencia regresó gradualmente, me encontré en una forma completamente diferente.

Fue una vida como cerdo. No una vez, sino siete veces consecutivas.

El recuerdo de esas vidas, incluso ahora al pensar en ello, todavía me produce un escalofrío. Imagínense, de ser un Gran General al mando de decenas de miles de tropas, una persona a punto de ostentar el poder supremo, ahora era solo un animal de cuatro patas, viviendo en una pocilga sucia y maloliente. Todos los pensamientos, todas las ambiciones de Arion parecían haber sido

borrados, quedando solo los instintos más básicos: hambre, sed y un vago miedo siempre presente.

Recuerdo la sensación de estar encerrado en corralizas estrechas y húmedas, con el suelo siempre pegajoso por los excrementos y la orina. Nuestra comida eran las sobras y desperdicios que los humanos tiraban, vertidos en un sucio comedero de madera. Luchábamos entre nosotros por cada bocado, empujándonos, chillando lastimeramente. Sin dignidad, sin elección. Solo una precaria existencia día a día, esperando un final inevitable.

El mayor dolor no era solo la suciedad o el hambre. Era la impotencia, la ignorancia. Ocasionalmente, en breves momentos, un débil destello de memoria de la vida de Arion brillaba en mi cabeza: la imagen de uniformes resplandecientes, de majestuosos campos de batalla, de aclamaciones. Pero se desvanecía rápidamente, dejando una sensación de confusión, una angustia sin nombre. ¿Quién soy? ¿Por qué estoy aquí? No había respuesta. Solo el cuerpo pesado y torpe, y la ignorancia de una bestia.

Y entonces, ese día fatídico llegaba. Recuerdo la sensación de ser arrastrado fuera de la pocilga bruscamente. Los chillidos de mis congéneres, el terror absoluto. Luego la hoja fría, y un dolor que desgarraba el cielo. El fin de una vida. Y luego comenzaba otra vida,

también en forma de cerdo, también en una pocilga sucia, y también terminando con una muerte igualmente dolorosa. Siete veces, una y otra vez.

Pero hubo una vida especial como cerdo, una vida que nunca podré olvidar, aunque solo fuera un breve instante de conciencia antes de morir.

En esa vida, como en tantas otras vidas de cerdo, me criaron en una pocilga miserable. Un día, el granjero me sacó, me ató las cuatro patas con fuerza, preparándose para matarme. En ese momento, cuando la muerte estaba cerca, cuando el afilado cuchillo del matarife estaba a punto de descender, sucedió algo extraño. En un breve instante, no sé cómo, el recuerdo de mi vida como el general Arion regresó de repente a mi mente con una claridad meridiana. Lo recordé todo: las conquistas, las órdenes brutales, y también los rostros de los cultivadores a quienes había ordenado asesinar en el templo de antaño.

Y entonces, levanté la vista hacia el matarife que estaba frente a mí. Un terror absoluto se apoderó de mí. ¡Lo reconocí! Ese rostro, esa mirada, aunque teñidos por el tiempo y las penurias de una vida, no podía confundirlos. ¡Era uno de los cultivadores que mis soldados habían matado en la masacre de la "Ciudad de la Luz"!

En el cuerpo de un cerdo, no podía hablar, no podía hacer nada más que temblar. Un arrepentimiento tardío, un miedo indescriptible me invadió. Luché, tratando de hacer algo para suplicar. Con un esfuerzo sobrehumano, me incorporé, intentando arrodillarme sobre mis patas delanteras, juntándolas como si estuviera suplicando, mientras emitía unos chillidos lastimeros, con la esperanza de que el matarife pudiera entenderme, de que pudiera perdonarme la vida.

Pero él, el matarife, probablemente solo vio a un cerdo aterrorizado antes de morir. No podía saber que, dentro de ese cuerpo sucio, estaba el alma de quien había causado su muerte en una vida pasada. Su mirada permaneció fría. El cuchillo descendió.

Morí en la más absoluta desesperación, en un terror y un arrepentimiento extremos. El momento de reconocer a ese matarife, y la impotencia de no poder hacer nada para cambiar mi destino, grabaron una cicatriz en mi alma que nunca se desvanecerá. Fue una dura lección sobre la ley del karma, sobre la justicia absoluta del universo. Quien siembra vientos, recoge tempestades. Todos los crímenes deben pagarse, tarde o temprano, de una forma u otra.

Siete vidas como cerdo, cada una una condena, una purificación de los pecados a través del sufrimiento y la humillación...

...

Después de siete vidas de sufrimiento y humillación como cerdo, pensé que había tocado el fondo de la condena. Pero el viaje de expiación de Arion aún no había terminado. A continuación, tuve que pasar quince vidas como perro.

Quince veces, volví a nacer en una forma diferente, todavía un animal de cuatro patas, pero quizás un poco más ágil, y con relaciones más complejas con los humanos. La vida como perro trajo diferentes sufrimientos, diferentes lecciones, pero en resumen, seguía siendo la impotencia, la dependencia y la experiencia de la diversa gama de emociones de una bestia.

Recuerdo una vida en la que fui un perro callejero, vagando por las sucias calles de una ciudad abarrotada. Cada día era una lucha por encontrar sobras, por evitar los golpes de los crueles, por encontrar un rincón donde pasar la noche sin congelarme. Probé el hambre hasta el agotamiento, el miedo a ser perseguido y la soledad más extrema.

En otra vida, fui adoptado por una familia pobre en una zona rural remota. Tampoco les sobraba nada, pero compartían conmigo lo que tenían. Sin embargo, la vida no fue nada fácil. El dueño, quizás debido a una vida

demasiado dura, a menudo descargaba su ira en mí. Recuerdo los golpes sin motivo, los días que pasé hambre solo por algún pequeño error que no cometí intencionadamente. Recuerdo las frías noches de invierno con nieve, cuando me obligaban a dormir fuera en el porche, temblando con un frío que cortaba la piel, mirando hacia el interior de la casa a través de la rendija de la puerta, viendo la cálida luz y sus risas, sintiendo una pena indescriptible. A pesar de ser maltratado, el instinto del perro me mantuvo leal, todavía apegado a ellos, todavía tratando de complacerlos.

Pero no todas las vidas de perro fueron solo sufrimiento. Hubo vidas en las que también probé el amor, aunque a veces terminara en un dolor aún mayor.

Recuerdo sobre todo una vida en la que fui un perro muy inteligente, amado inmensamente por una familia en el campo. Me trataban como a un miembro de la familia. Jugaba con los niños, vigilaba la casa y sentía su calidez y confianza. Fueron días de rara felicidad en mi larga cadena de vidas como animal.

Un día, esa familia decidió mudarse a la ciudad. Quizás la vida en la ciudad no les permitía tener un perro tan grande como yo, o quizás pensaron que no podría adaptarme. No sé la verdadera razón. Solo recuerdo que, una mañana, recogieron sus cosas y se subieron a un

carruaje. Me acariciaron por última vez, con una mirada algo triste, y luego el carruaje se alejó.

Al principio, no entendí lo que estaba pasando. Solo pensé que se habían ido a alguna parte por un rato y que volverían, como siempre. Esperé pacientemente en la puerta, día tras día. Esperé toda una semana. La comida que me habían dejado se acabó. La nostalgia por ellos me roía por dentro. En ese momento, todavía no pensaba que me habían abandonado. Ingenuamente, supuse que debían de haber sufrido algún accidente en el camino, por eso no podían regresar.

Con ese pensamiento, y con una lealtad infinita, decidí ponerme en camino para buscarlos. Dejé la casa familiar y comencé un viaje sin rumbo. Seguí mi instinto, los olores familiares que aún quedaban en el aire. Pasé días de hambre extrema, fui perseguido por extraños, atacado por otros perros. Pero la idea de tener que encontrar a mis dueños me dio más fuerza.

La búsqueda se prolongó no sé cuánto tiempo. Había cruzado tantos campos, tantas aldeas. Mi cuerpo se volvió cada vez más demacrado, agotado. Finalmente, mientras vagaba por un denso bosque, ya no me quedaba ni una pizca de fuerza. Me derrumbé bajo un viejo árbol.

Y entonces, apareció una bestia salvaje, creo que era un tigre. Me miró con los ojos fríos de un depredador. Ya no tenía fuerzas para resistir, ni voluntad para huir. Justo antes de que se abalanzara sobre mí, un dolor agudo surgió en mi corazón. No era solo el dolor físico que estaba a punto de sufrir, sino el dolor de no encontrar a mi dueño, y un pequeño destello, una duda amarga, de que tal vez, solo tal vez, realmente había sido abandonado.

Morí en ese bosque, con el corazón roto por una lealtad traicionada, y una pregunta sin respuesta sobre el amor que una vez tuve.

Quince vidas como perro, cada una una experiencia diferente de sufrimiento, de impotencia, de afecto, de lealtad y también de traición. Esos recuerdos, aunque de un animal, permanecen profundamente grabados en mi conciencia, como recordatorios imborrables del pecado que Arion sembró, y las semillas del arrepentimiento, aunque tardías, comenzaron a germinar incluso en el cuerpo de una bestia.

* * *

CAPÍTULO 2: EL PRÍNCIPE DEL MAR AZUL

...

Tras interminables días en los cuerpos de un cerdo y un perro, que debieron de sumar casi cien años del mundo de los vivos, mi alma finalmente escapó del reino animal. Reencarné de nuevo como humano. Pero el karma de mi vida como Arion era todavía demasiado pesado, así que en aquellas primeras vidas humanas, tuve que vivir en la pobreza y la miseria, experimentando todo tipo de carencias y humillaciones. Una vida tras otra, quizás más de cien veces nací en la pobreza, la enfermedad o con una vida corta. Gradualmente, con el tiempo y a través de incesantes pagos de deudas kármicas, mi karma se fue aliviando un poco. Empecé a reencarnar en familias con mejores condiciones, recibiendo educación, con algo de propiedad y estatus en la sociedad.

Entre las innumerables vidas que han pasado, algunas son tan tenues como un sueño fugaz, pero otras están profundamente grabadas en mi memoria, con experiencias increíblemente especiales. Y a continuación, quiero contarles sobre una de esas vidas. Esto sucedió hace mucho, mucho tiempo, hace unos dos millones de años. En ese entonces, yo no era un ser de la superficie, sino una vida del océano. Era un príncipe de un reino de la gente-pep, que vivía en las profundidades del gran océano. Creo que esta también fue una vida muy memorable, un mundo mágico con leyes y criaturas que hoy en día probablemente solo existen en las leyendas.

El Reino de Coralia – El Mundo de la Gente-Pez Bajo el Mar

Nuestro reino en ese entonces se llamaba

Coralia, o un nombre que sonaba muy parecido en el lenguaje de la gente-pezu. Estaba escondido en un vasto valle abisal, o quizás en una inmensa llanura de coral, rodeado y protegido por majestuosas cadenas montañosas submarinas. Allí no había la luz solar deslumbrante como en la superficie. El reino entero estaba iluminado por una luz resplandeciente y etérea, emitida por innumerables especies de corales, algas y extrañas criaturas marinas con capacidad de bioluminiscencia. Esa luz a veces era suave como la luna llena, otras veces vibrante con todos los colores, creando una escena de una belleza conmovedora. En las aguas menos profundas, cerca de la superficie del reino, a veces podíamos sentir los débiles y cálidos rayos del sol filtrándose a través de las aguas azul profundo.

No construíamos ciudades o casas de piedra o metal como la gente de la superficie. Las moradas de nuestra gente-pezu eran enormes cúmulos de coral, esculpidos por la naturaleza durante miles de años, o a veces "cultivados" y moldeados por nosotros mismos según nuestro deseo a lo largo de generaciones, creando formas únicas. A veces, vivíamos en cuevas naturales en las

profundidades de los acantilados submarinos, decoradas con conchas brillantes, perlas preciosas y piedras marinas de todos los colores. El palacio real de mi padre, donde nací y crecí, era el cúmulo de coral más grandioso y resplandeciente, situado en el centro de Coralia, y emanaba una suave luz de color aguamarina que se podía ver desde muy lejos.

El mundo de la gente-pezu bajo el mar en ese entonces no tenía una sola raza. Nuestro reino de Coralia era solo una de las muchas comunidades, e incluso dentro del reino, había muchos linajes diferentes de gente-pezu, viviendo entremezclados o en sus propios territorios, pero todos servían a mi Padre Rey. Una cosa especial era que cada gran raza de gente-pezu solía tener su propio dialecto, sonidos característicos en su forma de comunicarse. Y nuestra comunicación bajo el agua era también muy diferente a cómo habla la gente en la superficie. No emitíamos palabras claras y distintas como ustedes. El lenguaje de la gente-pezu era una serie de sonidos melódicos, silbidos y trinos de tonos altos y bajos, quizás algo parecido a la forma en que se comunican los delfines o las ballenas azules que sus científicos estudian hoy en día. Esos sonidos podían viajar muy lejos en el agua, llevando mensajes y emociones. Además, el lenguaje corporal y las expresiones faciales eran una parte extremadamente importante de nuestra comunicación. Un suave movimiento de la cola, un

pequeño cambio en la mirada, o la forma en que inclinábamos la cabeza, todo podía transmitir significados muy claros. Nuestra gente-pez en esa época vivía de forma muy pura, en armonía con la naturaleza, por lo que no teníamos tanta necesidad de comunicarnos con palabras como la gente de la superficie más tarde. La mayor parte de nuestro entendimiento provenía de la percepción directa, de la sintonía de las almas y de esas sutiles expresiones.

Mi raza, el linaje real Coralian, era considerada la más noble. Teníamos escamas de color aguamarina, iridiscentes como las gemas más hermosas del fondo del mar. Cuando nadábamos, esas escamas reflejaban la luz resplandeciente, creando estelas de luz fantásticas. Nuestro cabello era largo, suave como la seda marina, y generalmente de un color azul oscuro o verde musgo. Una característica destacada del linaje Coralian era nuestra capacidad para emitir una suave corriente de energía biológica de nuestro cuerpo. Esta corriente no era lo suficientemente fuerte como para atacar a enemigos grandes, pero podía ayudarnos a defendernos de criaturas más pequeñas o, lo que es más importante, a curar pequeñas heridas en nosotros mismos y en los demás.

Además del linaje Coralian, había otras razas de gente-pez con sus propias características y roles. Por ejemplo, estaban los tritones de Escamas Negras. Como su

nombre indica, sus escamas eran de un negro azabache y brillante. Solían vivir en aguas más profundas, donde la luz apenas llegaba. Los ojos de los tritones de Escamas Negras tenían una excelente capacidad para ver en la oscuridad, y eran muy buenos camuflándose en las grietas de las rocas submarinas o en densos bosques de algas. Por lo tanto, a menudo asumían misiones importantes como el reconocimiento, el espionaje en mares lejanos o la vigilancia de las fronteras del reino. Eran de pocas palabras, silenciosos, pero muy valientes y leales.

Luego estaban los tritones de Coral. Eran quizás la raza de gente-pep más colorida. Sus escamas tenían todos los colores vivos imaginables, exactamente como los arrecifes de coral donde solían vivir y esconderse. Los tritones de Coral eran de menor estatura que nosotros, pero increíblemente ágiles y diestros. Eran maestros del camuflaje, capaces de fundirse con los arrecifes de coral tan perfectamente que era casi imposible detectarlos. También eran muy hábiles en la recolección de plantas marinas, algas raras utilizadas como alimento o medicina.

Además, había una rama de la gente-pep llamada los Guerreros. Podrían haber sido una rama especial de nuestro linaje Coralían, o una combinación de Coralían y Escamas Negras, ya no lo recuerdo con claridad. Pero su característica era que sus cuerpos eran considerablemente más robustos que los de otras razas, y

sus escamas también eran más duras, como una capa de armadura natural. Pasaban la mayor parte de su tiempo entrenando habilidades de combate, usando armas hechas de dientes de tiburón, conchas afiladas o largas lanzas hechas de los huesos de grandes peces. Eran la fuerza principal que protegía al reino de las amenazas externas.

En cuanto a la escala, nuestro reino de Coralia en ese entonces tenía una población de aproximadamente un millón de gente-pezu. Alrededor del territorio de Coralia, también había algunos reinos de gente-pezu más pequeños. A veces teníamos relaciones pacíficas, intercambiando productos, pero a veces surgían pequeños conflictos por el territorio o los recursos.

La sociedad de nuestra gente-pezu en ese entonces, si se compara con lo que sé de la historia humana en la superficie más tarde, era quizás similar a una sociedad feudal temprana, pero con puntos muy diferentes. A la cabeza estaban el Padre Rey y la Reina, que gobernaban juntos el reino y eran considerados la encarnación de la sabiduría y la bendición del Océano. Cabe destacar que nuestra sociedad de gente-pezu no tenía la severa discriminación de género de muchas sociedades feudales de la superficie, como en la antigua China, por ejemplo. Hombres y mujeres eran bastante iguales en muchos aspectos de la vida, y la sucesión al trono no se basaba enteramente en el género. Una persona con suficiente

talento, virtud y un fuerte Poder Espiritual, ya fuera hombre o mujer, podía ser considerada para la sucesión. De hecho, mi hermana mayor, con su Poder Espiritual y sabiduría superiores, ya había sido designada por mi Padre Rey y los ancianos de la familia real como la futura heredera del trono. Luego venían otros príncipes y princesas como yo, cada uno con sus propios roles y responsabilidades. Más abajo estaban las grandes familias, aquellas con méritos para el reino, a las que el Padre Rey concedía tierras y ciertos privilegios. Finalmente, estaba la gran población de plebeyos: los tritones de Escamas Negras, de Coral, e incluso los Coralians que no pertenecían a la nobleza.

No teníamos un sistema burocrático complejo ni grandes escuelas o bibliotecas como en la superficie. El conocimiento, las leyes y las historias de nuestra gente se transmitían principalmente de boca en boca de una generación a otra, a través de canciones y melodías que llevaban el eco del mar. Solo unas pocas de las cosas más importantes se registraban de forma sencilla en grandes losas de coral, con un tipo de escritura antigua y ondulada como las olas del mar.

No teníamos filósofos o religiones definidas en el sentido que ustedes entienden. Nuestra gente-pep veneraba a la Madre Océano, creyendo que era la fuente de toda vida, la que protegía y nutría a todos. Creíamos en el equilibrio de la naturaleza y en una simple ley del karma:

hacer el bien sería bendecido por el Océano, hacer el mal sería castigado. En la fe de nuestra gente-pezu, los miembros de la familia real, especialmente el linaje Coralian, eran considerados elegidos por los propios Dioses, por la Madre Océano, para guiar y proteger el reino. Se creía que se nos concedían favores especiales, manifestados a través de lo que se llamaba "Poder Espiritual", una forma de energía biológica pura. Gracias a este favor, no solo teníamos habilidades especiales, sino que nuestra inteligencia, salud y longevidad también eran muy superiores a las de la gente común. La esperanza de vida promedio de la gente-pezu en general en ese momento también era bastante alta, de unos doscientos años. Miembros de la realeza como mi padre, o aquellos con un fuerte Poder Espiritual, podían vivir aún más, algunos superando los trescientos años.

Una parte importante del papel de la realeza, y también una manifestación del favor de la Madre Océano, era la capacidad de conectar y comunicarse con los dioses del mar. No siempre era claro, pero de vez en cuando, especialmente mi Padre Rey, los ancianos de la familia real o unos pocos individuos con una afinidad predestinada especial entre los plebeyos, podían recibir mensajes y orientación de los Dioses. Esto podía ocurrir en sueños proféticos, o en momentos de profunda quietud durante las ceremonias sagradas ofrecidas a la Madre Océano. Esos mensajes a menudo se relacionaban

con asuntos importantes del reino, presagios de desastres naturales o consejos sobre cómo mantener la armonía.

Sin embargo, una cosa especial era que, a pesar de nuestra larga vida, nuestra capacidad reproductiva, de forma natural, no era tan alta como la de muchas especies de la superficie. Durante su larga vida, una mujer de la gente-pep generalmente solo concebía y daba a luz un máximo de dos veces. Eso parecía ser una ley de la naturaleza para nuestra raza, que ayudaba a mantener un equilibrio demográfico armonioso en el reino, evitando la sobreexplotación de los recursos de la Madre Océano.

El Poder Espiritual de los miembros de la realeza, un regalo de los Dioses, no era solo un privilegio, sino también una gran responsabilidad: debía usarse para proteger a los súbditos, para mantener la prosperidad y la paz del reino. Este Poder Espiritual no se manifestaba de la misma manera en cada persona; era como una huella única. Por ejemplo, mi Padre Rey tenía la capacidad de crear un campo de fuerza protector débil pero efectivo a su alrededor cada vez que necesitaba una gran concentración o se enfrentaba al peligro. Mi hermana mayor, la que se consideraba que heredaría el trono, tenía unos ojos muy especiales; cuando quería, sus ojos podían emitir una luz brillante en la oscuridad, ayudándola a ver a través de las ilusiones o a encontrar

pequeños objetos ocultos. También había un tío mío, cuyo Poder Espiritual le permitía acumular y liberar una corriente de electricidad de su cuerpo, similar a la anguila eléctrica que conocemos hoy. Esa corriente era lo suficientemente fuerte como para paralizar a pequeñas criaturas marinas o aturdir momentáneamente a enemigos más grandes.

Y yo, en esa vida, me llamaba

Lyra; así es como lo transcribo. Era un Príncipe, el segundo hijo del Padre Rey que gobernaba el reino de Coralia.

El Príncipe Lyra – Talento y Virtud

Desde muy joven, mostré las cualidades de alguien del linaje real. El Poder Espiritual que la Madre Océano me otorgó se manifestó claramente en una fuerza física extraordinaria. Podía nadar más rápido que cualquier joven de mi edad, y mi resistencia también era notable. Las pequeñas heridas y los golpes durante los juegos o el entrenamiento a menudo sanaban muy rápidamente en mi cuerpo. Mi cabello era de un azul oscuro, como el color del mar en las noches sin luna, y mis ojos, decían a menudo, brillaban como las perlas más preciosas encontradas en el fondo del océano.

El Padre Rey y la Reina, aunque no podían "enseñarnos" a usar el Poder Espiritual —porque era un favor personal que los Dioses otorgaban a cada uno, y su manifestación era también muy individual—, nos enseñaron e instruyeron incesantemente sobre la importancia de mantener una disposición bondadosa y una virtud pura. Subrayaron que el Poder Espiritual solo tiene verdadero significado y ejerce un efecto beneficioso cuando su poseedor tiene un corazón benevolente y sabe pensar en los demás. Fueron esas enseñanzas las que guiaron mi forma de ver y usar mi poder. Más importante aún, sembraron en mi corazón las semillas de la benevolencia, la justicia y un profundo sentido de responsabilidad hacia nuestros súbditos y el reino. Aprendí que la verdadera fuerza no reside en una capacidad de lucha superior, sino en un corazón que sabe amar y proteger a los débiles. El Poder Espiritual que poseíamos no era para enorgullecernos o para ostentar, sino para servir, para traer paz y felicidad a todos los seres que vivían bajo la protección de Coralía.

La vida matrimonial de nuestra gente-pep también tenía características muy especiales. Ya fuéramos de la realeza o plebeyos, todos valorábamos la fidelidad, un esposo y una esposa. Lo interesante era que los miembros de la realeza eran completamente libres de conocer y casarse con la persona que amaban, incluso si esa persona era de origen plebeyo. El amor sincero se valoraba por encima

de todo. Y había algo milagroso, considerado una bendición de la Madre Océano: si un plebeyo se casaba con un miembro de la realeza y, después de varios años de convivencia, esa persona mantenía una disposición bondadosa y virtuosa, gradualmente también podía recibir de los Dioses una porción de Poder Espiritual, aunque quizás no tan fuerte como el de su cónyuge real. Esto fomentaba aún más la armonía y el amor entre las clases sociales.

Yo mismo, el Príncipe Lyra, también albergaba un profundo amor en mi corazón en ese momento. Ella era una joven del pueblo de los tritones de Coral, que vivía en una pequeña aldea junto a los arrecifes del sur del reino. No tenía Poder Espiritual, ni pertenecía a un linaje noble, pero su belleza pura, su dulzura y su alma benévola habían conquistado mi corazón por completo. A menudo nos encontrábamos en secreto, explorando juntos cuevas misteriosas, o simplemente nadando en silencio entre bancos de peces de todos los colores. Nuestro amor era muy puro e intenso. Había planeado hablar pronto con el Padre Rey y la Reina para pedirles permiso oficial para casarme con ella, pero los grandes acontecimientos que estaban por suceder obligaron a posponer todos los planes.

Cuando crecí un poco, no me quedé solo en el palacio real. A menudo pasaba mucho tiempo nadando por todos los territorios del reino, desde los vibrantes

arrecifes de coral donde vivían los tritones de Coral, hasta las oscuras gargantas submarinas, hogar de los tritones de Escamas Negras. Me gustaba conversar (a nuestra manera) con la gente común, escuchar sus pensamientos, sus deseos y también sus dificultades. Si podía ayudar en algo dentro de mis posibilidades, por pequeño que fuera, nunca me negaba. Quizás por eso, aunque solo era un príncipe segundón y no el heredero al trono como mi hermana, aun así recibía el afecto y el respeto de la mayoría de los súbditos. Veían en mí no solo la fuerza de un guerrero potencial, sino también la cercanía y la virtud de alguien que siempre estaría de su lado.

La Amenaza de la Frontera:

La vida pacífica en Coralia, con mis días dedicados a entrenar mi Poder Espiritual y a cultivar en secreto mi amor por la joven de los tritones de Coral, transcurría así. Hasta que un día, terribles noticias de la frontera norte del reino comenzaron a llegar, trayendo consigo terror y caos. Se informó que una manada de Reyes Serpiente Marina, nunca antes vista, de decenas de individuos, había aparecido en esas aguas. A la cabeza de la manada iba una reina de las Serpientes Marinas, cuyo tamaño superaba con creces al de las demás; sus escamas no eran

del habitual color gris piedra, sino de un aterrador color rojo sangre, y sus ojos brillaban con una mirada gélida.

Esta manada de Reyes Serpiente Marina era extremadamente feroz y organizada. Ya no cazaban en solitario como antes, sino que se coordinaban para atacar las pequeñas aldeas pesqueras de los tritones de Coral y de Escamas Negras en la frontera. Destruían sus hogares —los cúmulos de coral donde vivía la gente—, mataban a muchos que no podían escapar y sembraban el terror en una vasta región. Los gritos y las desesperadas peticiones de ayuda comenzaron a llegar hasta el palacio real, rompiendo la quietud habitual.

Mi Padre Rey estaba sumamente preocupado. Convocó de inmediato a los ancianos de la familia real y a los comandantes del ejército de Guerreros para discutir una estrategia. El ejército de Coralia, compuesto principalmente por guerreros del linaje de los Guerreros, aunque valiente y aguerrido, estaba acostumbrado principalmente a la defensa territorial o a pequeñas escaramuzas con otros reinos menores o Reyes Serpiente Marina solitarios. Enfrentarse a una gran manada de Reyes Serpiente Marina, liderada por una astuta reina, era un desafío sin precedentes en la historia del reino. Los ancianos, que habían vivido muchos acontecimientos, también se mostraron extremadamente preocupados. Todo el reino de Coralia se sumió en una atmósfera de

tensión y miedo. Todas las actividades lúdicas y los cantos habituales parecieron cesar por completo.

El Príncipe al Frente:

Al ver el sufrimiento de los súbditos a través de los relatos de los afortunados que escaparon, al ver la profunda preocupación grabada en el rostro de mi Padre Rey, mi corazón ardía. No podía quedarme de brazos cruzados en el lujoso palacio mientras mis compatriotas se enfrentaban al peligro y a la muerte. El Poder Espiritual que la Madre Océano me había otorgado, la fuerza que había entrenado durante tanto tiempo, no era para disfrutarla, sino para proteger a los débiles.

En una reunión de emergencia en la corte, después de escuchar a los generales presentar la grave situación y las dificultades para hacerle frente, no dudé en dar un paso al frente y arrodillarme ante mi Padre Rey.

—Padre Rey —dije con voz resuelta—, ¡pido liderar la vanguardia, llevar al ejército más selecto del reino a la frontera norte, aniquilar a esa horda de Reyes Serpiente Marina y devolver la paz a nuestros súbditos!

Toda la corte se quedó en silencio. Mi Padre Rey me miró; en sus ojos había sorpresa y preocupación, pero

también un poco de orgullo. Conocía mi carácter, mi valentía y mi corazón. Pero también conocía el peligro de esta misión.

—Lyra, hijo mío —dijo el Padre Rey con calma—, tu valentía es digna de elogio. Pero esta manada de Reyes Serpiente Marina es muy inusual; son extremadamente feroces y están liderados por una reina. Esto no es una cacería ordinaria.

—Lo entiendo, Padre Rey —respondí—, pero es precisamente por eso que no puedo quedarme mirando. Si no los destruimos, continuarán su devastación, y el miedo se extenderá por todo el reino. La Madre Océano me ha otorgado poder, y juro usar ese poder para proteger a Coralia. ¡Por favor, confíe en mí, Padre Rey!

Mi hermana, la heredera al trono, también habló en mi apoyo. Muchos generales, que habían presenciado mi habilidad en los entrenamientos, también expresaron su confianza. Finalmente, después de una larga deliberación, al ver la firme determinación en mis ojos y el apoyo de la corte, mi Padre Rey asintió con la cabeza.

Se levantó, caminó majestuosamente hacia mí y me entregó personalmente la espada marina ancestral de la familia real. La hoja estaba hecha del diente gigante de una especie de tiburón antiguo extinto hace mucho tiempo, y era afilada e increíblemente dura. También me

concedió una armadura ligera pero resistente, hecha del caparazón de una tortuga marina gigante que se había fosilizado durante miles de años en el fondo del mar. Lo especial fue que, antes de entregármela, mi Padre Rey usó su propio y poderoso Poder Espiritual para bendecirla, infundiendo energía en cada fibra del caparazón, haciendo que no solo conservara su ligereza, sino que se volviera muchas veces más resistente, capaz de soportar ataques poderosos.

—Ve, hijo mío —dijo el Padre Rey, poniendo una mano en mi hombro, con voz profunda y resonante—. Lleva contigo la fuerza de Coralia y la bendición de la Madre Océano. Sé prudente y regresa a salvo.

Incliné la cabeza para aceptar la pesada responsabilidad, mi corazón rebosante de orgullo y una determinación de hierro. Ese día, yo, el Príncipe Lyra, entré oficialmente en una batalla a vida o muerte para proteger mi reino.

Las Batallas Feroce

Tras recibir la orden del Padre Rey, no demoré un instante y reuní de inmediato al ejército más selecto del reino. Eran los guerreros más valientes, en su mayoría del linaje de los Guerreros, junto con algunos tritones de Escamas Negras, ágiles y expertos en reconocimiento.

Todos habían pasado por muchas pruebas, tenían experiencia en combate y una lealtad inquebrantable a Coralia. El número no era muy grande, solo unos pocos miles, pero eran realmente la élite de la élite.

Partimos rápidamente hacia la frontera norte, donde la manada de Reyes Serpiente Marina sembraba el terror. La marcha fue rápida pero disciplinada. Al acercarnos a la zona devastada, la escena que se presentó ante nuestros ojos era desoladora. Los cúmulos de coral, que habían sido los hogares de la gente, estaban destrozados en muchos lugares. Las huellas de los brutales ataques seguían allí. El aire estaba cargado con el hedor de la muerte y el miedo. Esto solo sirvió para fortalecer la determinación de luchar en mí y en mis soldados.

La guerra con la manada de Reyes Serpiente Marina se prolongó más de lo que había previsto inicialmente, quizás varias semanas lunares. Fue una serie de batallas increíblemente feroces, llenas de dificultades y desafíos. Tuvimos que enfrentarnos a ellos en unas seis o siete grandes batallas, sin contar las innumerables escaramuzas menores.

Estos Reyes Serpiente Marina eran realmente aterradores. No solo eran numerosos, sino también muy astutos bajo el mando de la reina de escamas rojo sangre. Sabían cómo usar el complejo terreno del fondo marino, las profundas gargantas submarinas o los gigantescos y

densos bosques de algas para emboscar o para retirarse cuando estaban en desventaja. Su piel era gruesa y dura, y nuestras lanzas ordinarias apenas podían perforar sus escamas, a menos que diéramos en puntos débiles como los ojos o el vientre más blando.

Hubo batallas en las que, gracias a la valentía de los guerreros, la agilidad de los exploradores de Escamas Negras y, especialmente, mi Poder Espiritual, obtuvimos victorias importantes. Recuerdo una vez que usé mi velocidad fenomenal para cargar directamente en medio de su formación, mi espada marina golpeando sin cesar, hiriendo gravemente a varias serpientes grandes y obligándolas a retirarse temporalmente. En esos momentos, los vítores de los soldados resonaban por todo el mar, y su confianza y moral se fortalecían enormemente. También logramos matar a varios Reyes Serpiente Marina en esas batallas, reduciendo un poco la fuerza de la manada.

Pero también hubo batallas en las que nos enfrentamos a muchas desventajas y sufrimos no pocas bajas. Las serpientes eran demasiadas, atacaban desde múltiples direcciones, sus colas gigantescas azotaban el agua creando peligrosos remolinos, y el veneno de sus mordiscos era una amenaza verdaderamente mortal. Muchos de mis valientes guerreros perecieron o resultaron gravemente heridos, sin poder seguir luchando. Al ver caer a mis camaradas, mi corazón se

partía de dolor, pero tuve que reprimir ese dolor para seguir al mando, para seguir luchando.

Me di cuenta de que, aunque era un buen guerrero, con fuerza y valor, en términos de estrategia, de las complejas tácticas para enfrentarse a un enemigo tan astuto y numeroso, realmente tenía muchas deficiencias. A menudo tendía a confiar en la fuerza y la valentía para el enfrentamiento directo, lanzándome a los lugares más peligrosos. Eso podía inspirar a los soldados, pero a veces nos llevaba a situaciones desfavorables o a perder mejores oportunidades para destruir al enemigo con menos pérdidas. Mi hermana, si hubiera estado aquí, probablemente habría ideado planes de batalla mucho más inteligentes y efectivos.

Aun así, no retrocedimos. Cada vez que hacíamos retroceder a la manada de serpientes, avanzábamos un poco más, reclamando cada centímetro de mar para el reino. La guerra fue un tira y afloja, feroz, y cada vez más ardua.

La Trampa y la Muerte Heroica

Tras recibir la orden del Padre Rey, no me demoré. Según la información inicial de inteligencia recopilada por los exploradores de Escamas Negras, la manada de

Reyes Serpiente Marina que apareció en la frontera norte solo constaba de unos veinte individuos, aunque entre ellos había un líder que parecía más grande y astuto. Con esta información, confiaba en que una fuerza de élite sería suficiente para aniquilarlos por completo, incluso si tenían veneno. Por lo tanto, decidí llevar solo a los quinientos guerreros más valientes y aguerridos del reino, creyendo que con este número, podríamos lograr la victoria fácilmente.

Partimos rápidamente, con el ánimo por las nubes. Sin embargo, no teníamos ni idea de que se trataba de una información de inteligencia gravemente errónea. En realidad, esa manada de Reyes Serpiente Marina contaba con más de doscientos individuos. La reina de escamas rojo sangre era extremadamente astuta; había ordenado a su manada que se dividiera en muchos grupos pequeños, cada uno de menos de veinte, para operar y cazar por separado. Fue esto lo que engañó a nuestros exploradores, llevándolos a presentar un informe inexacto sobre la verdadera escala de la amenaza.

Cuando mi ejército se acercó a la zona fronteriza, efectivamente solo encontramos un grupo de Reyes Serpiente Marina con un número cercano a veinte, tal como se había informado. Parecían bastante "tímidos" al ver nuestra fuerza. Ordené a unos cien soldados que avanzaran para combatir. La batalla fue bastante rápida y obtuvimos una clara ventaja. Esa manada de serpientes,

después de unos pocos ataques débiles, comenzó a luchar mientras huía muy rápidamente hacia las traicioneras montañas submarinas.

El problema era que la velocidad de los Reyes Serpiente Marina cuando realmente querían huir era formidable. La mayoría de mis soldados, aunque valientes, difícilmente podían alcanzarlos en el complejo terreno del fondo marino. Solo unos pocos, incluyéndome a mí y a unos treinta de los guerreros más selectos —aquellos con un fuerte Poder Espiritual o habilidades de natación superiores—, teníamos una velocidad comparable o ligeramente superior a la de ellos.

Al ver a la manada de serpientes tratando de escapar, y no queriendo perder la oportunidad de destruirlas, surgió en mí una cierta impaciencia. Aunque sabía que separar un pequeño grupo para la persecución podía ser peligroso, tampoco se me ocurría ninguna otra estrategia viable para evitar que escaparan y se reagruparan. Tomé una decisión: yo mismo lideraría a este grupo de treinta hombres más rápidos, perseguiría a ese grupo de serpientes, mientras que el resto de la legión seguiría detrás como apoyo.

Fue una decisión fatal.

Ese grupo de casi veinte Reyes Serpiente Marina era en realidad solo un señuelo. Lograron atraer a nuestro

pequeño grupo, incluyéndome a mí, cada vez más profundo en un desfiladero oscuro y angosto entre las montañas submarinas. El terreno aquí era extremadamente traicionero, con innumerables cuevas y recovecos, un lugar ideal para una emboscada.

Justo cuando entramos en medio del desfiladero, un ruido repentino resonó desde todas las direcciones. Desde las cuevas, desde las sombras de los acantilados, cientos de otros Reyes Serpiente Marina salieron en masa, bloqueando todas las vías de escape. Su número era muchas veces mayor de lo que habíamos imaginado, debían de ser más de doscientos. Habíamos caído completamente en la trampa.

En ese momento, la reina de escamas rojo sangre, a quien solo habíamos visto de lejos, finalmente se reveló de verdad. Era más grande que cualquier Rey Serpiente Marina que hubiera visto, sus ojos rojo sangre me miraban fijamente, con una sed de sangre y una ferocidad que helaban la sangre.

Mis treinta valientes guerreros, aunque sabían que habían caído en una trampa mortal, no flaquearon. Inmediatamente cerraron filas a mi alrededor, preparándose para la batalla final. Pero la disparidad de fuerzas era demasiado grande.

La reina serpiente parecía tener como único objetivo a mí. Rugió con un estruendo que sacudió el agua y se lanzó directamente hacia mí como una flecha. Luché con toda mi fuerza y mi Poder Espiritual. Mi espada marina se alzó, golpeando sus escamas duras como la roca, haciendo saltar chispas en el agua turbia. La armadura que me dio mi Padre Rey, bendecida con Poder Espiritual, me ayudó a resistir muchos de sus coletazos y mordiscos venenosos. Le hice varias heridas y su sangre negra comenzó a extenderse.

Pero era demasiado fuerte, demasiado resistente, y el apoyo de su manada era demasiado abrumador. En un momento de descuido, mientras intentaba parar un ataque dirigido a un guerrero leal que estaba siendo atacado por otra serpiente por la espalda, la reina serpiente aprovechó la oportunidad. Lanzó un coletazo extremadamente poderoso que me arrojó por los aires, haciéndome chocar violentamente contra la afilada pared de roca. La armadura no se rompió, pero el impacto me dejó aturdido. Y antes de que pudiera recuperarme, sus fauces gigantes, con colmillos largos y afilados, se cerraron sobre mí.

Mi última sensación en la vida del Príncipe Lyra fue un dolor que desgarró todo mi cuerpo, y la oscuridad envolvió mi conciencia. Mi alma pareció escapar, viendo mi cuerpo ser devorado por el monstruo... No, no fue exactamente así de inmediato.

Antes de que mi conciencia se desvaneciera por completo, todavía podía sentir el caos a mi alrededor. Aunque gravemente herido por el coletazo de la reina serpiente y atrapado en sus fauces, aún no estaba muerto del todo. Algunos de mis más de treinta valientes guerreros, quizás menos de diez, también luchaban desesperadamente, tratando de formar un último y pequeño círculo a mi alrededor, aunque ellos mismos estaban cubiertos de heridas. El rugido de la manada de Reyes Serpiente Marina, el débil choque de las armas, los gritos de dolor de los que quedaban... todo se fundía en un sonido caótico y ensordecedor.

Fue en ese momento crítico, cuando estábamos casi completamente agotados, que el resto de la legión, más de cuatrocientos soldados, finalmente llegó a la entrada del desfiladero. Quizás habían oído el feroz combate, o habían sentido que algo iba mal. Al ver nuestra situación, al verme a mí, su príncipe, gravemente herido pero aún con un hilo de vida, rodeado por cientos de monstruos, no dudaron en lanzarse al rescate, con la tenue esperanza de poder liberarnos.

Pero fue verdaderamente un esfuerzo desesperado. No solo no pudieron romper el denso cerco de la manada de Reyes Serpiente Marina en pleno frenesí asesino, sino que se vieron arrastrados a una batalla desigual. Apenas tuve tiempo de ver a mis leales soldados luchar y caer,

antes de que la reina serpiente, con un último apretón, acabara por completo con mi vida.

Al final, solo quedaron algo más de cincuenta hombres de todo el ejército de rescate, guerreros agotados y cubiertos de heridas, que afortunadamente lograron escapar de ese cerco mortal, llevando de vuelta al reino la trágica noticia de mi sacrificio y el de casi todo el ejército de élite.

Mucho más tarde, cuando mi tianmu se abrió en esta vida actual, supe un detalle aún más trágico. La joven de los tritones de Coral a la que amaba, después de enterarse de que había perecido en esa batalla, lloró sin cesar durante tres días y tres noches. Y luego, en la más profunda desesperación, se quitó la vida, con el ferviente deseo de reunirse conmigo en una vida futura...

* * *

CAPÍTULO 3: EL DIOS DE LA MONTAÑA CHANGBAI

...

Tras la vida como el Príncipe Lyra en las profundidades del mar, con sus batallas heroicas y un amor inacabado, mi alma continuó su viaje de reencarnación. Pasé por muchas más vidas como humano con todo tipo de altibajos, alegrías y tristezas; a veces como funcionario, a veces como plebeyo, otras como un mercader errante... El recuerdo de esas vidas es algo más vago. Pero hubo una vida que recuerdo muy claramente, porque en ese entonces, yo no era un humano.

En esa vida fui un Dios de la Montaña, encargado de gobernar la majestuosa y sagrada región de la Montaña Changbai. (La Montaña Changbai es una montaña situada en la frontera actual entre China y Corea del Norte).

Esto sucedió hace mucho, mucho tiempo, quizás unos setenta mil años atrás, según el cálculo del tiempo de hoy. Esa época pertenecía a una civilización que existió incluso antes que las civilizaciones antiguas que conocemos. Su lenguaje y escritura, aunque diferentes, tenían similitudes y cercanía con el chino antiguo que conoceríamos más tarde. Quizás por eso algunos conceptos y nombres de esa época, como "Changbai", han logrado perdurar, aunque su significado pueda haber cambiado un poco. Mi mandato allí, como un Dios que gobierna la montaña, duró más de cien años del mundo de los vivos.

La Montaña Changbai de esa época no era como las montañas ordinarias. Era realmente un lugar que los antiguos llamaban "donde la energía espiritual se congrega, conectando el Cielo y la Tierra". Era como un pilar de energía colosal, que conectaba el Cielo y la Tierra, una tierra sagrada para los cultivadores y también para los demás seres vivos que habitaban en ella.

La Montaña Changbai – Un Reino Sagrado:

La belleza y la santidad de la Montaña Changbai hace setenta mil años son difíciles de describir plenamente con cualquier palabra de nuestro tiempo. Imaginen vastos bosques primigenios con árboles milenarios, tan grandes que varias personas no podían abrazar sus troncos, con un follaje tan frondoso que cubría el cielo entero. El aire allí era siempre puro y fresco, y flotaba una energía sagrada especial que, al inhalarla, hacía que todo el cuerpo se sintiera ligero y la mente despejada.

La cumbre de la Montaña Changbai en esa época era mucho más alta que hoy; recuerdo que debía superar los cuatro mil quinientos metros sobre el nivel del mar. La cima estaba cubierta todo el año por una gruesa capa de nieve blanca y resplandeciente, que brillaba bajo el sol o

se desvanecía en la niebla. Aún no existía un gran lago en la cima como el Lago Tianchi que la gente conocería más tarde. En su lugar, la cumbre era una majestuosa masa de granito, donde el viento y la nieve aullaban, creando un paisaje que era a la vez solemne y severo, pero también inmensamente puro y sagrado. Se creía que era el lugar más cercano para tocar el Cielo, donde los Dioses descendían a menudo para observar el mundo.

La Montaña Changbai en ese entonces también era el hogar de innumerables bestias espirituales raras, aves de plumaje resplandeciente y flores y hierbas exóticas que no se podían encontrar en ningún otro lugar. Lo más especial eran las plantas de ginseng de mil años. No eran simplemente una valiosa hierba medicinal; realmente tenían una espiritualidad muy elevada, capaces de sentir e incluso de moverse, escondiéndose de aquellos con corazones impuros.

Fue por esta santidad y abundante energía que la Montaña Changbai atrajo a muchos cultivadores del Tao de todas partes. Eligieron cuevas apartadas y sencillas ermitas de paja enclavadas en lo profundo del bosque para retirarse a cultivar, buscando la quietud para sus almas y absorbiendo la energía espiritual del cielo y la tierra para ayudar en su cultivación. También solían recolectar hierbas raras y preciosas en la montaña para la alquimia o para preparar medicinas que curaban enfermedades y salvaban vidas.

Mi Rol y Poderes (Como Dios de la Montaña):

Como el Dios a quien el Cielo le había encomendado el gobierno general de toda la región de la Montaña Changbai, mi responsabilidad era inmensa. Tenía que velar por el funcionamiento armonioso de la naturaleza dentro de mi dominio, desde una brizna de hierba, una rama de árbol, las bestias, hasta el flujo de la energía espiritual de la tierra. Mi misión era mantener el equilibrio general, proteger a los seres bondadosos, ayudar a los cultivadores genuinos que tenían una afinidad predestinada con la montaña sagrada y, a veces, también castigar a quienes cometían el mal o actos que dañaban la santidad de la montaña. Por supuesto, todas mis acciones debían basarse en la voluntad del Cielo; no podía actuar caprichosamente según mi propio deseo.

Los poderes de un Dios de la Montaña como yo también tenían ciertos límites; no eran ilimitados como muchos creen erróneamente. Dentro de la Montaña Changbai, podía crear brisas suaves para disipar el calor sofocante, o nieblas tenues para proteger a las criaturas débiles, o a veces para poner a prueba la voluntad de quienes llegaban por primera vez a la montaña. También podía invocar pequeñas lluvias para regar las plantas cuando

era necesario, o hacer que pequeñas rocas se movieran, cambiando el paisaje en un grado que no causara demasiada perturbación a la naturaleza. Podía aparecer en diferentes formas cuando era necesario, o volverse invisible para que nadie me viera. Una de mis habilidades importantes era ver a través de los corazones, el bien y el mal de aquellos que entraban en mi dominio, para saber quién merecía ayuda y de quién debía desconfiar.

Sin embargo, los grandes fenómenos meteorológicos como las tormentas que llegaban desde el mar o las sequías prolongadas en una vasta región, solían ser arreglos de Dioses de niveles superiores, aquellos que gobernaban regiones geográficas o elementos naturales a una escala mucho mayor. En esos casos, yo no tenía el poder de intervenir para cambiar las cosas; solo podía tratar de mitigar el daño dentro del alcance de mi montaña, si el Cielo lo permitía.

Bajo mi gobierno general, cada especie de criatura, cada área específica dentro de la Montaña Changbai, tenía otros dioses más pequeños y especializados, como un sistema jerárquico. Por ejemplo, estaba el Dios Tigre que gobernaba a todos los tigres de la montaña, asegurando que cazaran según las leyes de la naturaleza y no causaran daño gratuito a otros seres. Estaba el Dios Mono que cuidaba de su manada. Luego estaban los Dioses del Bosque que se ocupaban del crecimiento de

los árboles preciosos, los Dioses de la Roca que velaban por la estabilidad de las grandes rocas y los acantilados peligrosos, y muchos otros dioses más, cada uno con sus propias responsabilidades.

Este sistema operaba bajo reglas muy estrictas, basadas en la ley del karma y la voluntad del Cielo. Por ejemplo, si un Dios Tigre, por negligencia en su supervisión, permitía que su tigre atacara y devorara a un humano sin causa —no porque el humano hubiera invadido o provocado primero, o sin una causa kármica de una vida anterior—, ese Dios Tigre también sería reprendido por la Corte Celestial, e incluso castigado, por no haber cumplido con su deber. Todo en este universo tiene su justicia y su orden, incluso en el mundo de los Dioses. Mi mandato de más de cien años en la Montaña Changbai fue una larga serie de días cumpliendo esas responsabilidades, manteniendo la montaña sagrada siempre en paz y armonía.

Testigo del Flujo de Cultivadores y la Maravilla del Ginseng:

Durante más de cien años gobernando la Montaña Changbai, una de las cosas que más hacía era observar en silencio el flujo de cultivadores del Tao que venían

aquí. Venían de muchos lugares, con diferentes destinos y propósitos. Algunos buscaban la quietud para meditar, otros anhelaban la iluminación, y otros simplemente querían vivir una vida de reclusión, lejos del mundo secular. Hablaban un lenguaje antiguo que yo, como un Dios de esta tierra, podía entender, comprendiendo sus oraciones y sus pensamientos más íntimos.

A través de mi ojo divino, vi el corazón reverente de muchos, vi su perseverancia y tenacidad en el arduo camino de la cultivación. También vi las pruebas y tribulaciones demoníacas que enfrentaban, tanto desde el exterior como desde su propio interior. La mayoría de estos cultivadores, aunque podían tener ciertas percepciones del mundo sobrenatural, no podían detectar mi presencia con claridad. Podían sentir la santidad de la montaña, pero no sabían que un Dios de la Montaña los observaba en silencio y a veces los protegía.

Sin embargo, a lo largo de mi largo mandato, también tuve algunos encuentros y comuniones con sabios taoístas de un dao muy profundo y elevado. Eran personas que habían cultivado durante muchos años, que habían abierto su tianmu y poseían ciertos poderes divinos. Con estos sabios, no necesitábamos usar el lenguaje humano común para conversar. Nos comunicábamos a través del tianmu, a través de la transmisión del pensamiento, una forma de habilidad

que las generaciones posteriores podrían llamar "telepatía". Eran verdaderamente diálogos especiales, que trascendían los límites de las palabras. Podíamos intercambiar ideas sobre el Tao —un concepto que existía desde muy temprano en su cultura—, sobre el maravilloso funcionamiento del cielo y la tierra, sobre los misterios del universo. A veces, si la voluntad del Cielo lo permitía, también les daba pequeños consejos, advertencias sutiles en su camino de cultivación, ayudándolos a evitar trampas o a reconocer puntos en los que necesitaban abrirse paso. Tales encuentros no fueron muchos, pero cada uno dejó en mí una profunda impresión de la sabiduría y la firmeza de los verdaderos cultivadores.

Otra cosa que presenciaba con frecuencia era la búsqueda de las plantas de ginseng de mil años en la Montaña Changbai. Como dije, estas plantas de ginseng no eran meras hierbas medicinales. Habían absorbido la energía espiritual del cielo y la tierra durante cientos, miles de años, por lo que tenían una espiritualidad muy elevada, e incluso podían ser consideradas como seres vivos con cierto grado de inteligencia. Su forma era a menudo muy especial, con una raíz que se asemejaba a una figura humana, y emitían una cálida energía espiritual que se podía sentir. También tenían la capacidad de moverse y esconderse con gran astucia. Y, por supuesto, plantas de ginseng tan preciosas también

tenían Dioses del Bosque de nivel inferior, o espíritus del bosque, que las cuidaban y protegían.

A menudo usaba mi poder divino, o hacía señales a los Dioses del Bosque, para proteger estas preciosas plantas de ginseng. Cuando personas con corazones impuros, los codiciosos, o aquellos cuyo destino aún no había llegado, intentaban buscarlas, yo hacía que esas plantas "desaparecieran" ante sus ojos, o los desviaba hacia otras direcciones. Solo los cultivadores de alto dao, como los sabios taoístas con los que tuve la fortuna de comunicarme, o las personas comunes con corazones verdaderamente puros y una gran afinidad predestinada con el bosque, tenían la oportunidad de "ver" y "recibir" el ginseng. "Encontrar" un ginseng milenario no era simplemente buena suerte, sino que requería mi permiso, el consentimiento de los dioses guardianes y, a veces, incluso la "aceptación" del propio espíritu del ginseng. Recuerdo a algunos sabios taoístas de gran virtud que, al encontrar un ginseng precioso, no se apresuraban a tomarlo. Quizás sentían que la planta aún no había alcanzado su punto de "madurez" óptima, o querían dejarla para alguien con un destino más apropiado. En esos casos, a menudo usaban un poco de su magia para ocultar la planta aún mejor, esperando un momento más adecuado en el futuro.

Esas fueron las pinceladas en la vida de un Dios de la Montaña, las cosas que presencié y experimenté en la sagrada Montaña Changbai.

El Encuentro Fatídico:

Durante los largos años gobernando la Montaña Changbai, siempre intenté mantenerme dentro de los límites de la voluntad del Cielo, sin interferir demasiado en el destino de los humanos u otros seres. Entendía que todo en el mundo tiene su causa y efecto predestinados, su karma. Pero una vez, solo una vez, la compasión en mi interior se despertó con demasiada fuerza, haciéndome desviarme de ese principio. Y fue esa vez la que creó un gran punto de inflexión en mi vida como Dios de la Montaña.

Un día, mientras deambulaba por mi reino, observando todo el bosque, me fijé en una joven que subía con dificultad por las empinadas laderas de la montaña. Parecía alguien con cierta base de cultivación, y su corazón hacia el Tao parecía bastante sincero al principio, pero sentí que su fundamento era superficial y que su nivel de cultivación no era muy alto. El nombre de esa joven, si se tradujera al lenguaje moderno, tendría un significado cercano a **Ming Xin**.

Ming Xin no había venido a la Montaña Changbai para retirarse a cultivar o buscar su propia iluminación. Había venido con un propósito muy específico: encontrar un ginseng milenario para salvar a su anciana madre, que estaba gravemente enferma en su pueblo natal. Vi la imagen de su madre postrada en la cama, con una respiración débil, su vida como una vela al viento. También vi la piedad filial, la preocupación y el amor ilimitado que Ming Xin sentía por su madre.

Llevaba ya muchos días en la montaña. Cada día, desde el amanecer hasta el anochecer, Ming Xin recorría los bosques, trepaba innumerables laderas, buscando en cada grieta de las rocas, en cada arbusto. Su cuerpo estaba agotado, su ropa sencilla estaba raída en algunas partes, y sus pequeños pies probablemente sangraban por los golpes con las rocas afiladas. Pero en sus ojos aún brillaba una firme determinación, una tenue esperanza. Creía que si tan solo podía encontrar el ginseng espiritual, su madre se salvaría.

Observé a Ming Xin durante varios días. Vi la sinceridad en su corazón filial. Pero al mismo tiempo, también vi el plan celestial. Según el destino ya establecido, la vida de la madre de Ming Xin estaba llegando a su fin; era el karma que tenía que pagar por vidas anteriores. Y la propia Ming Xin, con su fundamento y virtud actuales, aún no tenía suficiente afinidad predestinada para poseer un ginseng milenario, una criatura espiritual del

cielo y la tierra. El hecho de que encontrara el ginseng en ese momento, aunque podría ayudar a su madre a prolongar un poco su vida, perturbaría el arreglo kármico que ya había sido establecido. Además, esa bendición era demasiado grande para lo que Ming Xin podía soportar en ese momento; podría incluso convertirse en una calamidad para ella más adelante.

Yo sabía eso. Pero cuando vi a Ming Xin, después de muchos días de búsqueda infructuosa, completamente agotada, sentarse en el suelo bajo un viejo árbol y romper a llorar, el llanto de una joven débil en medio del bosque salvaje fue tan desgarrador. Levantó el rostro al cielo, las lágrimas mezcladas con el sudor, rogando a los Dioses, rogando al Dios de la Montaña Changbai que tuviera compasión y le mostrara un camino. "¡Por favor, salve a mi madre! ¡Estoy dispuesta a ser un buey o un caballo para pagar la bondad!". Esas súplicas desesperadas, mezcladas con lágrimas de desesperación, tocaron lo más profundo de mi corazón.

La Compasión que Trascendió los Límites:

Al presenciar esa escena, el dolor y la desesperación de Ming Xin, mi corazón se conmovió de verdad. Una

compasión infinita surgió, abrumando todas las consideraciones sobre el plan celestial y las leyes que un Dios como yo debía acatar. Me dije a mí mismo: soy el Dios de esta montaña, tengo algo de poder, ¿cómo no voy a poder ayudar a una hija tan filial, que se encuentra en una situación tan desesperada? Solo un poco de ayuda, probablemente no causaría una gran perturbación. Una vida a punto de extinguirse, si pudiera prolongarse un poco más para estar con sus seres queridos, ¿no sería eso algo bueno?

En ese momento, mi compasión nubló mi razón. Olvidé que la compasión de un Dios debe seguir el principio celestial, debe situarse dentro de la armonía del universo, y no puede originarse en un sentimiento momentáneo, y mucho menos ir en contra de los arreglos predestinados del karma. Simplemente pensé que quería ayudar a Ming Xin, que quería aliviar su sufrimiento.

Y así, decidí intervenir.

Usé mi poder divino, influyendo sutilmente en las delicadas corrientes de energía del espacio, para crear una guía invisible. No me aparecí directamente ante Ming Xin, pero guíé hábilmente sus cansados pasos hacia una zona remota donde sabía que había un precioso ginseng de varios cientos de años, no del raro tipo milenario, pero con suficiente energía espiritual para obrar un milagro. Al mismo tiempo, también usé mi

intención para transmitir un suave mensaje al Dios del Bosque que cuidaba de esa planta de ginseng, y también a la conciencia espiritual del propio ginseng, haciendo que bajaran la guardia para que Ming Xin pudiera encontrarlo más fácilmente. Pensé que un ginseng de varios cientos de años probablemente no crearía un karma tan grande como uno de milenario.

Consecuencia Inmediata y Advertencia Celestial:

Efectivamente, poco después, Ming Xin, casi desesperada, vio de repente un suave halo de luz que emanaba de un denso matorral cercano. Se secó las lágrimas, se levantó con esfuerzo y se acercó. Y entonces, soltó un grito de alegría incontenible. Ante sus ojos, entre las hojas, había una raíz de ginseng de hermosa forma que desprendía una fragancia pura. Aunque no era del tipo milenario que tanto había anhelado, sintió la abundante energía espiritual que emanaba de ella. Desenterró cuidadosamente la raíz, la acunó en sus manos como un tesoro y se inclinó repetidamente en agradecimiento al cielo, a la tierra y al bosque. Luego, descendió apresuradamente de la montaña, con el corazón lleno de esperanza.

Justo cuando Ming Xin desapareció tras los árboles, llevando consigo el ginseng que yo le había "ayudado" a encontrar, sentí de repente una poderosa conmoción en el espacio que me rodeaba. El cielo sobre la cima de Changbai, que había estado azul y despejado, de repente se oscureció. Un rayo de luz dorada, solemne y algo severo, descendió desde las nueve capas de nubes directamente sobre donde yo estaba. El aire se quedó quieto, todos los sonidos del bosque enmudecieron.

En mi conciencia, una voz resonó, no un sonido emitido por la garganta, sino una transmisión directa y poderosa:

"¡Oh, Dios de la Montaña Changbai! ¡Has perturbado el principio celestial por un sentimiento personal, interfiriendo en el karma! ¿Acaso no sabes que tu acción de ahora, aunque nacida de la compasión, ha ido en contra del curso natural del destino? La compasión de un Dios debe seguir el principio celestial, debe basarse en la sabiduría, no puede transgredir las leyes del universo. Has alterado por tu cuenta lo que ya estaba predestinado, ¡y deberás soportar las consecuencias de este acto!".

Me quedé estupefacto, todo mi ser como congelado. Solo entonces desperté de verdad y me di cuenta de mi grave error. La compasión, si no va acompañada de sabiduría y obediencia absoluta a la voluntad del Cielo, no solo no trae el bien, sino que puede causar perturbaciones imprevistas, y uno mismo debe asumir la

responsabilidad. Un sentimiento de arrepentimiento y miedo se apoderó de mi corazón, pero ya era demasiado tarde. La advertencia del Cielo había sido muy clara.

El Juicio y una Decisión Compasiva:

Tras la severa advertencia del Cielo, supe que no podía escapar del juicio. Poco después, sentí una atracción invisible que sacó mi cuerpo espiritual de la Montaña Changbai y lo llevó a un reino solemne donde se reunían Dioses de nivel superior.

Ante la Corte Celestial, no negué mi culpa ni justifiqué mis acciones. Admití sinceramente mi error, reconociendo que había perturbado el plan celestial por un impulso de compasión, interfiriendo en el karma de otra persona. Acepté cualquier castigo.

Los Dioses de la Corte Celestial, tras examinar cuidadosamente el asunto, vieron claramente que mi acción, aunque errónea y en violación de las leyes, se originó en un corazón compasivo que deseaba ayudar a un ser consciente en apuros, y no por egoísmo o malicia. Además, mi intervención fue moderada, solo un ginseng de varios cientos de años, no lo suficiente como para causar una alteración demasiado grande en el destino.

Por lo tanto, el castigo que el Cielo me impuso, aunque severo, también contenía una compasión y un arreglo lleno de afinidad predestinada. Se me despojaría de una parte considerable de mi poder divino y, lo que es más importante, mi mandato como Dios de la Montaña Changbai terminaría antes de lo previsto. Tendría que descender al reino mortal y reencarnar como humano.

El propósito de este descenso, según entendí, no era simplemente un castigo. El Cielo quería que yo, al convertirme directamente en parte del flujo kármico en el que había interferido, especialmente la conexión kármica con la piadosa hija Ming Xin, experimentara y comprendiera más profundamente las consecuencias de ese acto por mí mismo. Al mismo tiempo, también era una oportunidad para perfeccionar aún más mi cultivación, de modo que mi compasión en el futuro siempre estuviera acompañada de sabiduría y un respeto absoluto por la voluntad del Cielo, en lugar de estar dominada por emociones momentáneas.

Despedida del Bosque y un Nuevo Comienzo:

Antes de que mi alma abandonara oficialmente el reino divino para prepararse para la reencarnación, se me

permitió volver a ver la Montaña Changbai por última vez. Desde lo alto, contemplando la vasta y majestuosa cadena montañosa donde había estado y que había protegido durante más de cien años, mi corazón se llenó de una nostalgia indescriptible. Sentí el apego de la hierba y los árboles, de las bestias, de los arroyos murmurantes, e incluso del ginseng espiritual que una vez había protegido. Parecía que ellos también sabían que su Dios de la Montaña estaba a punto de partir. Me despedí en silencio de todos, prometiendo que, si el destino lo permitía, algún día volvería.

Entonces, mi alma fue guiada por un Dios a través de diferentes niveles de espacio, entrando en la rueda de la reencarnación del reino humano. Y un arreglo verdaderamente inesperado, una maravillosa afinidad predestinada, fue establecido. Reencarné, no en una familia extraña, sino para convertirme en el hijo de Ming Xin, la hija piadosa a la que una vez, en la Montaña Changbai, me había compadecido y ayudado.

La Vida como Hijo de Ming Xin – Experiencia y Crecimiento:

Ming Xin, mi madre en esa vida, era una mujer inmensamente benévola, virtuosa y que amaba

profundamente a sus hijos. Quizás gracias a la pequeña bendición de su piedad filial hacia su anciana madre (la madre de Ming Xin en la vida anterior), junto con la energía espiritual del ginseng que le había "ayudado" a encontrar, su madre superó la grave enfermedad y vivió muchos años más, lo suficiente para ver nacer y crecer a su nieto.

Mi padre en esa vida (el esposo de Ming Xin) también era un hombre sencillo, de buen corazón, que amaba profundamente a su esposa e hijos. Nuestra familia vivía en un pequeño pueblo rural; la vida era algo dura, pero siempre estaba llena de risas y cuidado mutuo.

Desde muy pequeño, tuve percepciones vagas, sueños extraños sobre vastos bosques y montañas, sobre algo muy sagrado y majestuoso. Tenía una conexión especial con la naturaleza, me gustaba vagar por las colinas, escuchar el canto de los pájaros, observar las nubes pasar. Pero no podía recordar claramente mi vida pasada como un solemne Dios de la Montaña. Solo que, en mi conciencia, siempre hubo un respeto especial por los cultivadores, por las altas montañas y una vaga creencia en la existencia de Dioses y Budas.

Fui amado y cuidado por mis padres, quienes me dieron una buena educación. Al crecer, también demostré ser un hijo obediente y filial, diligente en mis estudios. Más tarde, también aprobé los exámenes y me convertí en un

pequeño funcionario local, quizás equivalente a un magistrado de distrito de hoy. Durante todos mis años como funcionario, siempre traté de vivir una vida recta y honesta, ayudando a la gente en la medida de mis posibilidades, tratando de traer justicia y prosperidad a la gente de la región que gobernaba. Quizás, en algún lugar de mi subconsciente, todavía quería hacer cosas buenas, como una forma de compensar lo que mi intervención irreflexiva como Dios de la Montaña podría haber causado, aunque no fuera consciente de ello con claridad.

En esa vida, como hijo de Ming Xin, realmente experimenté los altibajos de una vida humana: la alegría de las reuniones familiares, la tristeza de las despedidas, las preocupaciones por la comida y la ropa, la responsabilidad en el trabajo y en la sociedad. Comprendí que cada ser, sin importar quién sea, tiene su propio destino y sus propias cargas. También comprendí más profundamente el amor de los padres, su silencioso sacrificio. Y me di cuenta de que la intervención externa en la vida de alguien, por muy buena que sea la intención, debe ser extremadamente cuidadosa, porque nunca podemos prever todas las repercusiones y perturbaciones que puede causar en la ya muy compleja rueda del karma.

La vida como hijo de Ming Xin, aunque sencilla, me enseñó lecciones invaluable sobre la vida, sobre la

humanidad y sobre el funcionamiento del principio celestial. Fue verdaderamente una preparación necesaria para los siguientes viajes de mi alma.

* * *

CAPÍTULO 4: LOS SECRETOS CELESTIALES DE LOS TRES REINOS

...

Quizás hoy en día, mucha gente ha oído hablar de la época de los Tres Reinos de China, una era de batallas heroicas, estrategias asombrosas y lazos de hermandad que han sido elogiados por generaciones. Pero eso es solo una parte de la obra. Oculto tras las banderas que ondean al viento y el choque de las armas, existe otro mundo, un mundo de sabios taoístas ermitaños, de las artes de la adivinación, de aquellos que pueden ver el destino de antemano. Fue una era en la que la voluntad del Cielo y el karma se manifestaron con una claridad inusual.

Y en una de mis vidas, estuve allí, no como un general ilustre, sino como un observador silencioso.

Mi alma en ese entonces llevaba un nombre muy taoísta: Qingxu Zi.

Cultivé el Tao desde que era un niño en la Montaña de Wudang, una montaña sagrada envuelta en niebla durante todo el año. Mi maestro era un verdadero cultivador; no solo me enseñó medicina y las artes de la adivinación, sino que, más importante aún, me abrió el camino para sentir el funcionamiento del cielo y la tierra, lo que la gente del mundo llama la voluntad del Cielo. Gracias a una buena base innata y a sus enseñanzas, mi tianmu se abrió pronto, permitiéndome ver cosas que el ojo común no puede ver.

Cuando mi maestro alcanzó la consumación en el Tao y ascendió a los cielos, dejé la montaña y comencé mi viaje errante por el mundo de los mortales. Era una época en la que el imperio estaba en gran caos. La corte de la dinastía Han era solo una sombra de sí misma, los señores de la guerra surgían por todas partes, cada uno con el sueño de convertirse en un soberano. Yo, que entonces tenía más de cuarenta años, viajé por muchas tierras y vi muchas escenas de sufrimiento. En esos años de vagabundeo, conocí a muchos cultivadores del Tao que se ocultaban entre la gente común; algunos cultivaban en montañas famosas, otros se escondían en medio de los bulliciosos mercados. A menudo nos reconocíamos con solo una mirada, intercambiábamos algunas palabras sobre los asuntos del mundo, sobre el Tao, y luego cada uno seguía su camino.

Pero entre ellos, hubo algunos encuentros especiales, encuentros con personas que no solo tenían un dao muy profundo, sino también una conexión íntima con el destino de toda una era. Y fue a través de estos encuentros fortuitos que gradualmente comencé a ver la red invisible que envolvía a todo el imperio. El primer encuentro fue con el maestro Shuijing, Sima Hui...

Y así, el destino me llevó a la finca de Shuijing.

Encuentro con el maestro Shuijing:

La finca de Sima Hui no estaba en un lugar demasiado remoto, pero exudaba una atmósfera de singular aislamiento. Una escasa valla de bambú la rodeaba, unos cuantos pinos antiguos extendían sus ramas para dar sombra, y el murmullo del agua fluía desde un pequeño arroyo. No había grandes puertas ni altos muros, ni sirvientes ajetreados. Entré y solo vi a un joven acólito barriendo hojas secas bajo un ciruelo. Al ver a un visitante, el acólito no preguntó mi nombre, solo inclinó la cabeza a modo de saludo y me guio hacia el interior.

Bajo un sencillo alero de madera que daba a un estanque, un anciano de barba y cabellos canos, vestido con una túnica de tela burda, estaba sentado solo frente a un tablero de Go. Las piezas blancas y negras se encontraban en una compleja situación de tensión. El anciano no levantó la cabeza, pero su voz resonó, grave, cálida y clara.

—Compañero taoísta, traes contigo la bruma de la Montaña de Wudang. En el tablero de este pobre taoísta hay una posición difícil, te invito a que la examinemos juntos.

Sabía que él era el maestro Shuijing, y él también sabía quién era yo. Entre los cultivadores del Tao, la comunión

espiritual a veces es más rápida que las palabras. Sonreí y me senté frente a él.

—Maestro —dije—, en esta partida, aunque el bando blanco está en desventaja y asediado, todavía tiene un camino de vida en la esquina. Solo que ese camino es demasiado estrecho y requiere una jugada milagrosa para romper el cerco. Me temo que una persona común difícilmente podría verlo, y aunque lo viera, no tendría el coraje de hacerlo.

El maestro Shuijing levantó la cabeza en ese momento, sus ojos tan claros como un lago de otoño, me miró y asintió levemente. Agitó la manga y barrió las piezas del tablero.

—Parece que tú y este pobre taoísta ya no necesitamos hablar de Go. Por favor, toma un poco de té.

El acólito trajo una tetera humeante. El aroma del té era sutil y puro. Nos sentamos en silencio durante un largo rato, con solo el susurro del viento y el murmullo del agua.

—Compañero taoísta, que viajas por todas partes —comenzó el maestro Shuijing—, ¿qué has visto en la gran partida de este imperio?

—He visto dragones y serpientes entremezclados, ciervos y gamos compitiendo —respondí—. Pero no he visto al verdadero dragón. El dragón de la dinastía Han, su energía se ha agotado, su linaje de dragón se ha roto, y solo queda una sombra vacilante.

El maestro Shuijing suspiró, un suspiro que parecía contener la tristeza de cuatrocientos años. —Así es. El linaje de dragón se ha roto. Por lo que luchan los señores de la guerra, en realidad, es solo el cadáver de un dragón sin alma. Yuan Shao en Hebei, de una familia de cuatro generaciones de altos ministros, parece un tigre feroz, pero su fortuna es mixta; fuerte por fuera, débil por dentro. Es un tigre de papel, una fuerte lluvia lo deshará.

—¿Y qué hay de Cao Cao en Xuchang? —pregunté—. Veo que la energía de este hombre es profunda e insondable; tiene el aura de un rey, pero también la de un villano heroico. Es muy complejo.

—No te equivocas en tu apreciación —dijo el maestro Shuijing, tomando un sorbo de té—. Cao Cao es un jiaolong, un dragón de las inundaciones. Un jiaolong puede dominar ríos y mares, agitar las nubes y la lluvia, pero no es un zhenlong, un verdadero dragón. Puede actuar en nombre del Cielo por un período, pero no puede convertirse en el Cielo. Su destino es poner fin a una era antigua, no inaugurar una nueva dinastía que pueda perdurar. Es el látigo del Cielo, usado para azotar

el cadáver del dragón muerto, para despejar el escenario para otros actores.

Sus palabras me despertaron. "El látigo del Cielo". Esa expresión era demasiado precisa.

—¿Y qué hay de los descendientes de la familia Sun en Jiangdong? —continué—. Ese lugar usa el gran río como línea de defensa, la tierra es fértil, y la gente es leal, parece un reino aparte.

—Jiangdong tiene el aura de un emperador, pero es el aura de un rey que se contenta con su posición —respondió el maestro Shuijing—. Pueden mantener su patrimonio, pero no tienen el destino de unificar el imperio. Son como un tigre que ocupa una montaña; pueden ser los amos de una región, pero nunca bajarán a la llanura para competir con una manada de leones.

Nos quedamos en silencio de nuevo. Lo que decíamos, si una persona común lo hubiera oído, probablemente lo habría considerado una charla ociosa. Pero yo sabía que era lo que realmente "veíamos", era el funcionamiento del destino, del mandato del Cielo.

Miré la superficie tranquila del lago. Pensé en Liu Bei, descendiente de la familia imperial, que vagaba por todas partes, sin haber logrado aún su gran ambición.

Como si leyera mis pensamientos, el maestro Shuijing dijo en voz baja: —Hay otro hombre, que lleva en sí un poco del verdadero qi de la dinastía Han, pero es demasiado débil. Este hombre tiene un exceso de benevolencia y rectitud, pero le falta la fortuna de los tiempos. Es como una buena semilla, pero que ha caído en un invierno gélido; es muy difícil que germine y se convierta en un árbol centenario.

—Maestro —pregunté—, entonces este imperio, ¿acaso permanecerá en el caos para siempre?

El maestro Shuijing no respondió de inmediato. Se levantó, cruzó las manos a la espalda, se acercó al borde del porche y observó las ondas en la superficie del lago.

—No. Todo escenario debe llegar a su fin. Después de la gran agitación, llegará el momento en que el polvo se asiente. Surgirán hombres de talento que ayudarán a que la partida tenga una conclusión temporal. Pero solo será una conclusión temporal. Compañero taoísta, ¿sabes que hay un joven en Longzhong?

—¿El maestro Wolong? —respondí.

—Sí —dijo el maestro Shuijing, volviéndose, con un brillo complejo en sus ojos, una mezcla de admiración y pesar—. El talento de este hombre puede compararse con el de Jiang Ziya o Zhang Zifang. Pero, por desgracia, no

nació en el momento adecuado. Jiang Ziya conoció al Rey Wen cuando la dinastía Shang estaba en su ocaso, por lo que pudo ayudar a la dinastía Zhou a establecer un legado de ochocientos años. Zhang Zifang conoció al Emperador Gaozu de Han cuando la dinastía Qin había llegado al extremo de la tiranía, por lo que pudo ayudar a la dinastía Han a gozar de cuatrocientos años de paz.

Hizo una pausa, y luego dijo una frase que recordaría para siempre.

—En cuanto a Wolong, encontró a su señor, pero lo encontró cuando el mandato celestial de la dinastía ya se había agotado. Es como el mejor médico del mundo, pero que es invitado a tratar a un paciente cuyos órganos internos están todos dañados. Puede prolongar un poco su vida, puede hacer que sus últimos días sean menos dolorosos, pero no puede devolverle la vida. Esa es su tragedia, y también la tragedia de esta era.

Sus palabras fueron como un martillazo en mi mente, aclarando mis pensamientos confusos. Me levanté y le hice una profunda reverencia.

—Gracias por su instrucción, maestro. Qingxu Zi lo ha entendido.

Cuando me fui, todavía oía el eco de su suspiro. Sabía que, en poco tiempo, Liu Bei vendría aquí, y el maestro

Shuijing le hablaría de Wolong y Fengchu. Pero el núcleo del secreto celestial, el "no nacer en el momento adecuado", probablemente lo guardaría para sí en un suspiro.

Encuentro con Zhuge Liang:

Al dejar la finca de Shuijing, las nubes de confusión en mi mente sobre la situación política parecían haberse disipado un poco. Las palabras del maestro sobre "el mejor médico" y "el paciente cuyos órganos internos están todos dañados" resonaban en mi cabeza, instándome a ir a Longzhong. Quería ver a este "Wolong" con mis propios ojos, no para medir su talento, sino para sentir el alma de un hombre que se encontraba ante una elección fatídica.

La choza de paja de Zhuge Liang estaba en una colina en Longzhong, desde donde se podía contemplar una vasta extensión de tierra. A diferencia de la etérea y aislada finca de Shuijing, este lugar emanaba una atmósfera diferente. Seguía siendo la sencillez de un ermitaño, pero en la quietud se escondía el movimiento. Vi campos de cultivo cuidadosamente arados, hileras de verduras de un verde exuberante, y algunos modelos de mapas de batalla hechos con tierra y guijarros dispuestos

meticulosamente en el patio. Este no era el lugar de alguien que quería escapar por completo del mundo, sino de alguien que esperaba su momento.

Fui allí con Cui Zhouping, un amigo común tanto mío como de Zhuge Liang. Cuando entramos, vi a un joven, de poco más de veinte años, sentado junto a la ventana, con un libro antiguo en la mano, pero su mirada no estaba en el libro, sino que seguía las nubes que flotaban en el cielo. Ese joven era alto, de aspecto erudito, pero sus ojos brillaban de una manera inusual, como si pudieran ver a través del corazón de los demás. Era Zhuge Kongming.

Dejó el libro, se levantó y nos saludó juntando las manos, con un aire de calma y elegancia. Cui Zhouping me presentó como un sabio taoísta de la Montaña de Wudang. Zhuge Liang me miró, sus ojos se entrecerraron ligeramente, una mirada inquisitiva pero en absoluto descortés. Supe que él también me estaba "mirando", y no solo con sus ojos físicos.

Nos sentamos y al principio solo hablamos del tiempo, de la agricultura, las charlas ociosas de amigos que no se han visto en mucho tiempo. Pero gradualmente, la conversación derivó hacia la situación del imperio.

Cui Zhouping era un hombre directo, y le preguntó a Zhuge Liang: —Kongming, eres un hombre de gran

talento, ¿por qué sigues arando la tierra en este lugar remoto? ¿Por qué no sales a ayudar al mundo y a forjarte una carrera?

Zhuge Liang solo sonrió, abanicándose con su abanico de plumas. —Hermano Zhouping, el momento aún no ha llegado, ¿para qué apresurarse? Un pájaro sabio elige su rama para posarse, un ministro capaz elige a su señor para servirle. Si el señor no ha aparecido y el momento no ha llegado, salir no sería más que como una polilla que se lanza a la llama, desperdiciando una vida en vano.

Al escuchar esa respuesta, supe que no era un hombre que anhelara la fama común. Estaba esperando a un "señor" digno de su talento. Entonces intervine: — Maestro, usted dice que 'el momento no ha llegado', pero ¿podrá usted esperar hasta que 'el momento llegue'? ¿O es que pretende crear usted mismo 'el momento'?

Mi pregunta pareció tocar la fibra sensible de sus pensamientos. Los ojos de Zhuge Liang me miraron más profundamente.

—El venerable taoísta ha dado en el clavo —respondió, su tono ya no era de charla ociosa—. El momento lo decreta el Cielo, la situación la crean los hombres. Los hombres pueden crear una 'situación', pero no pueden ir en contra del 'momento'. La dinastía Han ha durado cuatrocientos años, su fortuna se ha agotado; ese es 'el

momento'. Los señores de la guerra compiten, el pueblo sufre; esa es 'la situación'. Un hombre de talento en estos tiempos, a lo sumo, solo puede seguir 'la situación' para crear un nuevo escenario, pero ¿cómo podría aferrarse a un 'momento' que ya ha pasado?

Nuestra conversación se adentró cada vez más en los principios del I Ching, del arte de la astrología. Habló del movimiento de las estrellas, de la correspondencia entre los fenómenos celestes y los asuntos mundanos con una claridad y precisión que no eran las de un erudito que aprende de los libros, sino las de alguien que ha observado y experimentado por sí mismo. Supe que este joven también era un cultivador del Tao, alguien que había abierto su sabiduría a un nivel muy alto.

Cuando la conversación llegó a su punto más íntimo, me concentré en él. Y fue entonces cuando una extraña visión apareció ante mi tianmu.

La imagen del joven y refinado erudito se desvaneció gradualmente, superpuesta por otra imagen de un pasado mucho más lejano. Vi un campo de batalla envuelto en humo y llamas. En una plataforma elevada, un general estaba sentado en una silla de ruedas, su rostro cubierto de cicatrices y los tatuajes de un criminal. Sus piernas parecían estar intactas, pero le habían quitado las rótulas, dejándolas flácidas e inútiles, impidiéndole ponerse de pie para siempre. Su mirada

era fría como el acero, sus manos daban órdenes continuamente, dirigiendo a sus tres ejércitos como una máquina perfecta. Decenas de miles de soldados obedecían al instante, formando patrones de batalla siempre cambiantes, atrapando al enemigo en una trampa mortal. Lo reconocí. Era Sun Bin, el brillante pero trágico estratega militar del estado de Qi durante el período de los Reinos Combatientes. La imagen fue fugaz, luego desapareció, devolviéndome la imagen de Zhuge Liang sentado frente a mí, sano y completo.

En un instante, lo había entendido todo.

El alma desafortunada de Sun Bin, después de soportar la cruel traición de Pang Juan, había regresado ahora, en un cuerpo intacto, con una inteligencia aún más aguda que antes. Y su posterior costumbre de sentarse en un carro de cuatro ruedas cuando iba a la batalla no era ostentación, sino una marca indeleble de una vida pasada, un recordatorio de los años que tuvo que pasar en una silla de ruedas para dirigir a sus tropas.

Miré a Zhuge Liang, y mi mirada debió de haber revelado algo. Él también me miró, y luego pareció sentir lo que yo había visto. No dijo nada, solo extendió la mano en silencio para servirme más té.

—El venerable taoísta ha venido de la Montaña de Wudang, seguramente ha visto muchas cosas —dijo en

voz baja, como si hablara consigo mismo—. Este Zhuge Liang es solo un simple granjero, que espera pasar sus días en paz. Solo temo que, aunque el árbol desee la quietud, el viento no cese.

Sabía que estaba siendo modesto. —Usted no es un árbol, maestro —respondí—. Usted es un gran viento. Solo que este viento está esperando, sin saber si soplar hacia el este o hacia el oeste. Pero veo que, en poco tiempo, habrá otro viento, un viento que lleva el verdadero qi de la dinastía Han, aunque débil, que vendrá aquí para unirse al viento del maestro.

Había predicho la llegada de Liu Bei.

Al oír esto, Zhuge Liang no mostró alegría ni sorpresa. Dejó la taza de té y miró por la ventana, donde las nubes seguían flotando perezosamente. No dijo nada, pero oí su suspiro. Un suspiro muy suave, casi inaudible, pero que contenía una inmensa aceptación.

No era un suspiro de vacilación. Era el suspiro de alguien que sabía de antemano que el camino que estaba a punto de tomar estaría lleno de espinas, que sabía de antemano que el resultado sería trágico, pero que aun así lo aceptaba, como parte de su misión, como parte del destino que su alma debía cumplir. En ese momento, ya no vi al estratega Kongming, sino a un alma grandiosa, enfrentándose en silencio a su propia tragedia.

Encuentro con el divino médico Hua Tuo:

Tras mi encuentro con Wolong, no me quedé mucho tiempo en Xiangyang. Continué mi viaje errante, dirigiéndome hacia el este, donde había montañas famosas por sus muchas y preciosas hierbas medicinales. Quería encontrar un lugar verdaderamente tranquilo para reflexionar sobre lo que había visto. Y fue en ese camino donde tuve otro encuentro fortuito.

En la ladera de una montaña desolada, cuando la niebla de la mañana aún no se había disipado, vi a un anciano de barba y cabellos canos, con una cesta de medicinas a la espalda, que se abría paso con cuidado por un acantilado escarpado para recoger una extraña rama de planta. Sus movimientos eran ágiles y firmes, no como los de un hombre de setenta años. Lo reconocí, no por su fama, sino por el aura pura y pacífica que emanaba de él. Era el divino médico Hua Tuo.

No me acerqué para no molestarlo, simplemente me senté en una roca cercana, observando en silencio. Un rato después, cuando terminó de recoger lo que necesitaba, se dio la vuelta y me vio. No se sorprendió, solo sonrió amablemente y se acercó.

—Este viejo ha sido codicioso, queriendo tomar un poco de la energía espiritual del cielo y la tierra, y no esperaba encontrar a un compañero taoísta aquí —dijo, con voz sonora.

—El maestro toma la energía espiritual del cielo y la tierra para salvar a los seres vivos; eso es seguir el Tao, no hay codicia en ello —respondí.

Nos sentamos juntos en la roca. Sin necesidad de muchas palabras, pude sentir que éramos compañeros en el mismo camino, solo que la forma en que nos manifestábamos en el mundo era diferente. Yo cultivaba el Tao para buscar la sabiduría para mí mismo, mientras que él usaba el Tao para sanar a otros.

Miré su cesta de medicinas y vi hierbas extremadamente raras que solo crecían en lugares donde la energía de la tierra se concentraba. Comprendí que su habilidad médica no provenía solo de los libros o de la experiencia acumulada. Su habilidad médica, en esencia, era una especie de poder divino.

Cuando me concentré en mirarlo, mi tianmu lo percibió. Vi que cada vez que diagnosticaba a un paciente, una suave luz emanaba del punto entre sus cejas, penetrando la piel del paciente, permitiéndole ver claramente cada órgano interno, ver el funcionamiento de los meridianos, ver dónde se obstruía el qi y la sangre, e incluso los

gérmenes de las enfermedades y los tumores ocultos. Por eso podía realizar cirugías que la gente común consideraba milagrosas. Y supe que esa era también la razón por la que podía ver el tumor en el cerebro de Cao Cao, algo que ninguna habilidad médica ordinaria podría haber hecho.

—La habilidad médica del maestro ha alcanzado un nivel de perfección trascendente —dije—. Es una lástima que haya enfermedades que no pueden curarse con medicinas o bisturíes.

Hua Tuo asintió levemente, su mirada se dirigió hacia el lejano norte, donde Cao Cao tenía su base. —Así es, compañero taoísta. Las enfermedades del cuerpo pueden tratarse. Pero las enfermedades de la mente, las enfermedades del destino, ante ellas la habilidad de este viejo es impotente. Hay personas cuya mente suspicaz se ha convertido en un tumor aún más grande que el que tienen en el cerebro. Para curarlos, primero hay que extirpar esa mente. Pero eso es imposible.

En un momento de silencio, él y yo parecimos ver la misma escena. Vi cómo era arrestado por orden de Cao Cao, en un ataque de ira y sospecha. Lo vi sentado en una oscura prisión, organizando con calma las últimas páginas de sus libros de medicina antes de aceptar su muerte. Hua Tuo, con sus habilidades, evidentemente también veía su propio destino. Pero en su rostro no

había ni un ápice de miedo u odio, solo una serena aceptación.

—Cada persona que viene a este mundo trae consigo sus propias deudas, compañero taoísta —dijo en voz baja—. Este viejo ha pasado su vida curando a los enfermos y salvando vidas, pero también hay deudas que deben pagarse con esta misma vida. Esa es la justicia del cielo y la tierra.

Junté las manos y le hice una reverencia. Respetaba su habilidad médica, pero respetaba aún más su corazón que seguía el mandato del Cielo. Nos despedimos en silencio, cada uno siguiendo su propio camino, pero supe que nuestras almas se encontrarían de nuevo en lugares más elevados.

El encuentro con Hua Tuo, junto con lo que había visto en el maestro Shuijing y en Zhuge Liang, me impulsó a buscar una respuesta final, una respuesta a toda la tragedia de esa era. Encontré una cueva tranquila en la montaña, comencé a meditar, decidido a ver la raíz de todo.

Cuando mi mente se calmó, cuando todas las nociones mundanas se desvanecieron, mi tianmu se abrió a un espacio más profundo. Mi conciencia pareció trascender el tiempo, volando hacia el pasado. Cuatrocientos años,

un largo período para una vida humana, pero solo un parpadeo en el flujo del universo.

Y lo vi.

Vi a un majestuoso Emperador Gaozu de Han, Liu Bang, pero en sus ojos brillaba la sospecha y la envidia hacia los meritorios generales que habían compartido con él la vida y la muerte. Vi la imagen de Han Xin, el gran general que había ganado cien batallas, siendo engañado para entrar en el palacio y ejecutado, y antes de morir, mirando al cielo y lamentándose con resentimiento: "Lamento no haber escuchado el consejo de Kuai Che, y haber sido engañado por una mujer. ¿No es esta la voluntad del Cielo?".

El aura de su resentimiento no se disipó, sino que se condensó, atravesando cuatrocientos años de historia, para entrar en el cuerpo de un niño que más tarde se llamaría Cao Cao.

Vi a Peng Yue, un rey leal, ser acusado falsamente de traición y sometido a una cruel ejecución, con toda su familia exterminada. El resentimiento de él y de su familia también se convirtió en un aura negra, que se alejó volando para encontrar un alma que más tarde reencarnaría como Liu Bei.

Luego vi a Ying Bu, otro valiente general, acorralado hasta el punto de suicidarse. Su resentimiento tampoco se disipó, sino que se dirigió a la región de Jiangdong, esperando el día de reencarnar como Sun Quan.

La escena más aterradora apareció al final. Vi el alma del Emperador Gaozu de Han, Liu Bang, que después de morir tuvo que pasar por muchas reencarnaciones para pagar su karma. Y en esta vida, había reencarnado en su propia familia imperial, convirtiéndose en el Emperador Xian de Han, el último emperador de la dinastía Han.

En este punto, todo se volvió espeluznantemente claro.

Nada era una coincidencia. Era un pago de deudas kármicas perfectamente orquestado. La deuda de antaño era demasiado grande; ahora se necesitaba todo un imperio para pagarla. Los tres meritorios generales que fueron asesinados injustamente regresaron, convirtiéndose en las tres fuerzas más poderosas, dividiendo y despedazando el mismo legado que el antepasado de su verdugo había construido. El Emperador Xian de Han, la encarnación de Liu Bang, tuvo que pagar el precio presenciando el colapso de su imperio con impotencia, convirtiéndose en una marioneta en manos de los descendientes de los mismos hombres que él había asesinado.

Este era el "destino celestial", una gigantesca e invisible red de karma de la que nadie podía escapar. Al comprender esto, ya no vi los Tres Reinos como una contienda de héroes, sino como un sangriento y trágico pago de deudas. Y todos los personajes en él, desde Cao Cao, Liu Bei, Sun Quan, hasta Zhuge Liang, Zhou Yu y Sima Yi, eran solo piezas de ajedrez, desempeñando sus papeles en un tablero kármico que había sido dispuesto cuatrocientos años antes.

Los Asuntos del Mundo son como una Obra de Teatro:

Al comprender que toda esta era era una gran obra para saldar deudas kármicas, comencé a ver los eventos posteriores con otros ojos. Ya no veía solo las estratagemas de los hombres, las victorias o derrotas en el campo de batalla, sino que también veía la mano invisible del Cielo arreglando todas las cosas. Lo que las generaciones posteriores consideraron misterioso, afortunado o milagroso, a los ojos de un cultivador del Tao, se volvió increíblemente claro.

Recuerdo vívidamente la historia del caballo Dilu de Liu Bei. Se decía que era un caballo que traía la muerte a su dueño, y que quien lo montara seguramente encontraría

la desgracia. Cuando Liu Bei estaba en Jingzhou, Cai Mao quiso hacerle daño, y tuvo que huir solo a caballo. Frente a él estaba el arroyo Danxi, de varias decenas de metros de ancho y con una corriente rápida, y detrás de él, las tropas que lo perseguían ya estaban cerca. En una situación desesperada, el caballo Dilu de repente dio un salto extraordinario, volando al otro lado de la orilla y salvando a Liu Bei de una muerte segura. La gente lo consideró una suerte extraordinaria, o pensó que Liu Bei tenía una gran fortuna y por eso había escapado del desastre.

Pero cuando observé ese evento en meditación, vi una escena completamente diferente.

Vi a Liu Bei, en su desesperación, espoleando su caballo hacia la orilla del arroyo. Sabía que no tenía escapatoria. En ese momento de vida o muerte, cuando su voluntad de sobrevivir estalló con la mayor fuerza, un rayo de luz dorada descendió directamente del cielo, envolviendo tanto al hombre como al caballo. Esa luz era cálida y llena de poder. Supe que era la bendición del poder divino de los Seres Celestiales que lo protegían. Liu Bei era un personaje importante en esta obra de karma; su papel era aún muy largo, ¿cómo podría terminar aquí?

Bajo la bendición del poder divino, el aterrorizado caballo Dilu de repente se volvió increíblemente tranquilo. Sus ojos brillaron intensamente. El miedo se

desvaneció, reemplazado por una valentía inusual. Todos sus músculos se llenaron de una fuente de energía sobrenatural. Su salto no fue simplemente la fuerza de un animal, sino la manifestación de la voluntad del Cielo. Voló sobre el arroyo, tan ligero como una hoja, y aterrizó a salvo en la otra orilla. No fue suerte; fue la protección inevitable para alguien que llevaba un verdadero mandato, alguien cuyo papel aún no había llegado a su fin.

Y luego estaba la historia de Zhuge Liang. Como dije, él sabía muy bien que el destino de la dinastía Han estaba sellado, sabía muy bien que no podía ir en contra del mandato del Cielo. Entonces, ¿por qué decidió aun así dejar su choza de paja y bajar de la montaña para ayudar a Liu Bei, embarcándose en un camino que sabía de antemano que no tendría un resultado final?

Las generaciones posteriores lo elogiaron por su lealtad, por el espíritu de "hacer lo que se sabe que no se puede hacer". Lo vieron como la más alta expresión de un gran ministro totalmente leal a su rey y devoto a su país. Eso es cierto, pero es solo la superficie de la historia, la cáscara que la gente común puede percibir y admirar.

En un nivel más profundo, entendí que Zhuge Liang, como alguien que se había cultivado, había aceptado su papel en esta tragedia. No bajó de la montaña para cambiar el resultado. Bajó de la montaña para cumplir su

misión. ¿Cuál era esa misión? Hacer que el concepto de "Rectitud" (Yi) de la época de los Tres Reinos fuera más glorioso y rico. Dejar a la posteridad un ejemplo inmortal de lealtad, de la profunda amistad entre señor y súbdito, de una devoción hasta el último aliento. Sabía que fracasaría en la restauración de la dinastía Han, pero que tendría éxito en crear una historia para la posteridad, una lección sobre la que la gente seguiría reflexionando miles de años después.

Su vida, desde el momento en que Liu Bei visitó su choza tres veces hasta su muerte en las llanuras de Wuzhang, fue la lección más vívida. Sin él, la historia de Liu Bei habría sido solo la historia de un tío imperial benévolo pero incompetente. Sin él, la "Rectitud" entre Liu, Guan y Zhang no habría tenido terreno para brillar. El Cielo necesitaba un personaje como él para que la obra fuera perfecta, para que los valores espirituales centrales fueran llevados a su punto culminante.

Zhuge Liang aceptó ese papel trágico. No estaba tratando de luchar contra el destino, sino que estaba siguiendo el destino para desempeñar su papel hasta el final, un papel grandioso y solitario.

Las anécdotas sobre Zhuge Liang:

Las anécdotas místicas sobre Zhuge Liang también son así; no son nada místicas para quienes estaban involucrados. Las generaciones posteriores, al leer las historias y ver las obras de teatro, a menudo se asombran y admiran, pensando que era un inmortal celestial con poderes mágicos que llegaban al cielo. Pero en realidad, fue solo el uso de las habilidades que un cultivador puede alcanzar cuando su xinxing y su sabiduría se han abierto a un cierto nivel.

Por ejemplo, la historia de "tomar prestadas flechas con barcos de paja".

La gente solo ve el resultado: en una noche de niebla, Zhuge Liang se sentó tranquilamente en un barco, tocando su instrumento y bebiendo vino, mientras recolectaba más de cien mil flechas de Cao Cao, resolviendo el dilema que Zhou Yu le había planteado para hacerle daño. Piensan que fue una estratagema suprema, una audacia extraordinaria. Pero no saben que, para Zhuge Liang, no fue audacia, sino un cálculo seguro.

Unos días antes, lo había estado observando. Vi que no solo examinaba la topografía del río, no solo analizaba la psicología suspicaz de Cao Cao. Vi que cada noche salía en silencio al exterior, levantaba el rostro para mirar las estrellas, movía los dedos en cálculos y murmuraba frases que la gente común no podía entender. No solo estaba observando la astronomía de la manera habitual.

Estaba usando las artes de la adivinación, combinadas con su capacidad de percepción, para calcular con precisión el movimiento de la energía del cielo.

Sabía con certeza que en la tercera noche, durante la quinta vigilia, habría una niebla densa sin precedentes en el río Yangtsé. Tan densa que no se podría ver la cara de alguien a unos pocos pasos de distancia. Ese era el "Momento Celestial" (Tian Shi). También sabía que Cao Cao era un hombre suspicaz y que, en tales condiciones de niebla, no se atrevería a enviar su armada a la batalla, sino que solo se atrevería a ordenar a sus arqueros que dispararan flechas para defenderse. Esa era la "Armonía Humana" (Ren He), o más bien, la comprensión de la psicología del oponente. Y sabía que la topografía de ese tramo del río era favorable para desplegar y retirar los barcos. Esa era la "Ventaja Terrenal" (Di Li).

Una vez que tuvo los tres factores —Momento Celestial, Ventaja Terrenal y Armonía Humana— en sus manos, tomar prestadas las flechas era solo una cuestión de ejecución. No fue un milagro, sino el resultado de comprender y aplicar las leyes de la naturaleza, una habilidad que un cultivador puede alcanzar. Para la gente común, era una estrategia divina. Para él, era simplemente actuar de acuerdo con la naturaleza.

La historia de la Batalla de los Acantilados Rojos es aún más dramática. La gente se asombró sobre todo por el

hecho de que construyera un altar de las siete estrellas y rezara por un viento del este durante tres días y tres noches. Realmente creían que podía invocar el viento y la lluvia, cambiando el cielo y la tierra.

Pero la verdad era más sutil.

Zhuge Liang, a través de la observación de los fenómenos celestes y el cálculo mediante métodos secretos, ya sabía desde el principio que en el solsticio de invierno de ese año, la energía yang comenzaría a surgir. La interacción de las corrientes de aire sobre una vasta extensión de agua como el río Yangtsé, combinada con la topografía específica, crearía un fenómeno meteorológico inusual: un viento del sureste se levantaría durante varios días, justo en medio del invierno, cuando el viento normalmente solo sopla desde el norte.

Él no "creó" el viento. Simplemente "sabía de antemano" que el viento vendría.

La construcción del altar para rezar por el viento fue, en esencia, una obra de teatro elaboradamente montada. Tenía múltiples propósitos. Primero, para elevar su propio estatus, haciendo que la facción de Wu Oriental, especialmente Zhou Yu, lo respetara y no se atreviera a subestimarle. Segundo, para engañar a todos, creando una razón legítima para poder permanecer en el altar de las siete estrellas, separado de la vigilancia de Zhou Yu,

quien siempre tuvo la intención de asesinarlo justo después de que el ataque con fuego tuviera éxito. Tercero, y lo más importante, era para ganar tiempo. Había acordado en secreto con Zhao Yun, dándole instrucciones detalladas de que, justo el día en que se levantara el viento, enviara un barco para recogerlo en la orilla sur.

El día en que la batalla estaba a punto de ocurrir, yo no era el único cultivador del Tao presente. Muchos otros sabios taoístas ermitaños también habían llegado a la zona alrededor de los Acantilados Rojos. Nadie nos había convocado, pero todos sentimos que una gran obra de la voluntad del Cielo estaba a punto de representarse. Nos escondimos en las colinas, en las orillas remotas del río, no para participar, sino para observar en silencio. Vimos la bandera en el altar de las siete estrellas de Zhuge Liang comenzar a ondear hacia el noroeste. Vimos la mirada de suficiencia en los ojos de Zhou Yu. Y también vimos la preocupación de Cao Cao al mirar los barcos de guerra encadenados, un error fatal que Pang Tong le había metido en la cabeza.

Luego, cuando el viento del este comenzó a levantarse, suave al principio y luego más fuerte, lo vimos todo. Vimos los barcos de fuego de Huang Gai lanzarse a toda velocidad hacia el campamento naval de Cao. Vimos el mar de llamas elevarse hasta el cielo, los gritos de agonía. Y vimos un pequeño barco, bajo la escolta de Zhao Yun,

alejarse silenciosamente de la orilla del río, llevándose a Zhuge Liang antes de que Zhou Yu pudiera darse cuenta.

Toda la Batalla de los Acantilados Rojos fue una coordinación perfecta entre la estrategia humana y el arreglo del Cielo. Los hombres solo pueden tener éxito cuando sus acciones siguen el "momento" y la "situación" que el cielo y la tierra ya han predeterminado. Zhuge Liang, Zhou Yu, Pang Tong, Huang Gai... todos fueron actores excelentes, pero el verdadero guionista y director de esta obra fue la voluntad del Cielo.

La batalla final:

Pero Zhuge Liang también era humano. Y los humanos, cuando se sumergen demasiado en sus papeles, a veces no pueden evitar cometer errores, no pueden evitar que la mentalidad de lucha del mundo secular domine la serenidad de un cultivador del Tao.

A lo largo de su carrera, fui testigo de muchas ocasiones en las que utilizó su extraordinaria sabiduría para dirigir tropas y cambiar el curso de los acontecimientos. Pero nunca antes su "mentalidad de lucha" se había manifestado de forma tan clara y poderosa como en la batalla final en el Valle de Shangfang.

Desde mi reino, observé todo el valle como si fuera un tablero de Go. Vi claramente cada movimiento de Zhuge Liang. Había preparado esta trampa con una perfección aterradora. El Valle de Shangfang era una bolsa mortal, con acantilados escarpados a ambos lados, una entrada estrecha y una salida casi inexistente. Hizo que sus soldados se disfrazaran de campesinos, transportando grano falso de un lado a otro día tras día, permitiendo deliberadamente que los espías de Sima Yi lo vieran. Sabía que Sima Yi era un viejo zorro, desconfiado, y que no caería fácilmente en la trampa. Por lo tanto, representó pacientemente esa obra durante muchos días.

Luego envió a Wei Yan a la batalla, para que luchara unas cuantas rondas y luego fingiera la derrota, abandonando estandartes y equipo, y huyendo directamente al Valle de Shangfang. Sima Yi, después de muchos días de observación y de ver la desastrosa derrota de Wei Yan, finalmente dejó que la codicia nublara su prudencia. Pensó que era una oportunidad de oro para capturar a Wei Yan con vida y obtener un gran mérito. No tenía ni idea de que lo que estaba persiguiendo era la guadaña de la muerte.

Vi a Sima Yi y a su hijo, junto con el gran ejército de Wei, precipitarse con entusiasmo en el valle. Cuando todo el ejército enemigo estuvo dentro de la bolsa, Zhuge Liang dio la señal. Al instante, enormes rocas y troncos gigantes rodaron desde los dos acantilados, bloqueando

la salida. Al mismo tiempo, carros llenos de leña seca, azufre y salitre fueron empujados hacia abajo, bloqueando la entrada. En un instante, el valle se convirtió en un gigantesco ataúd de madera, listo para ser incendiado.

Sima Yi, al darse cuenta de que había caído en la trampa, palideció. Miró hacia el acantilado y vio a Zhuge Liang sentado tranquilamente en su carro de cuatro ruedas, abanicándose con su abanico de plumas, mirándolo con ojos fríos. En ese momento, sentí la desesperación absoluta de Sima Yi. El viejo zorro que había cazado toda su vida, ahora había caído en una trampa sin salida.

Y entonces, el fuego estalló.

Se arrojaron antorchas que prendieron en la leña seca y el salitre, creando un terrorífico mar de llamas. Los gritos de agonía del ejército de Wei resonaron por todo el bosque. Las llamas rojas lamían las armaduras, convirtiendo a los valientes guerreros en antorchas humanas. Vi a Sima Yi y a su hijo abrazarse, llorando desesperadamente al cielo: "¡Hoy, padre e hijo moriremos aquí!".

En la cima de la montaña, Zhuge Liang seguía sentado, observando en silencio. Su rostro no mostraba ni un ápice de la alegría de un vencedor. Estaba tenso, y había en él algo muy obstinado. Sentí que, en ese momento, se

había sumergido demasiado en su papel de Primer Ministro "totalmente devoto". No solo quería ganar; realmente quería matar a Sima Yi, quería usar este ataque de fuego cataclísmico para intentar ir en contra de la voluntad del Cielo, para recuperar una pequeña esperanza para el estado de Shu Han. Una intensa y fría intención asesina emanaba de él, una intención asesina que nunca había visto en todos los años que lo había observado.

Fue entonces cuando el Cielo intervino.

El destino había decretado que Sima Yi no podía morir allí. El legado de la dinastía Jin debía surgir de esta familia. El destino también había decretado que la dinastía Shu Han debía terminar su papel.

Cuando las llamas ardían con más fuerza, el cielo despejado de repente se oscureció. Nubes negras se congregaron de la nada, justo sobre el Valle de Shangfang. El viento comenzó a aullar. Y entonces, un aguacero repentino cayó como una cascada.

Las gotas de lluvia eran grandes y pesadas, y azotaban directamente el mar de llamas, creando un espeluznante chisporroteo y columnas de humo blanco que se elevaban. La lluvia solo duró el tiempo que tarda en quemarse una barrita de incienso, pero fue como un gigantesco cubo de agua de los Dioses, arrojado

directamente sobre la ambición de Zhuge Liang. El fuego se apagó, la leña se mojó, y las armas del ejército de Shu también se volvieron inútiles. Sima Yi y su hijo, de vuelta del borde de la muerte, se apresuraron a guiar a sus tropas diezmadas para abrirse paso y escapar.

Miré a Zhuge Liang. Estaba sentado en su carro, atónito. Su abanico de plumas se le había caído al suelo en algún momento. Levantó el rostro al cielo, sus ojos, antes brillantes, ahora estaban llenos de estupor e impotencia. Luego, un suspiro de profundo y amargo dolor escapó de su pecho, un suspiro más doloroso que mil flechas atravesando la carne.

—El hombre propone, el Cielo dispone —murmuró—. ¡No se puede resistir!

Dicho esto, una bocanada de sangre fresca brotó de su boca, tiñendo de rojo el cuello de su túnica.

Supe que lo había entendido. Esa lluvia no fue una coincidencia. Era la voluntad del Cielo, la advertencia más severa. Este intento de ir contra el Cielo, aunque solo fuera en su papel, junto con la matanza de tantas vidas a lo largo de su carrera militar, especialmente el incendio que mató a tantos soldados con armaduras de vid en la captura de Meng Huo por séptima vez, dañó gravemente su mérito kármico. En esencia, era un cultivador del Tao, pero usó su sabiduría y conocimiento

para involucrarse demasiado en las luchas de la gente común, creando un karma de matanza excesivo. Esta lluvia no solo apagó el fuego en el valle, sino también la vacilante llama de su propia vida.

La consecuencia fue que su vida se acortó doce años, y no pudo alcanzar el Tao y convertirse en un Inmortal en esa vida. Esta fue también una lección que el Cielo quiso dejar para la posteridad: por muy talentoso que uno sea, no se puede vencer a la voluntad del Cielo. El karma de la matanza es algo extremadamente aterrador, incluso para un cultivador.

Pero fue precisamente por ese fracaso que Zhuge Liang pudo sublimarse.

Después de la batalla del Valle de Shangfang, su salud se deterioró, abandonó por completo toda lucha y aceptó el mandato del Cielo. El estado de su mente en sus últimos días alcanzó un gran avance. Cuando el "yo" luchador desapareció, cuando ya no intentó cargar con el peso de restaurar la dinastía Han, su tianmu se volvió más claro que nunca. Pudo ver el futuro del mundo durante casi dos mil años.

En sus últimos días en las llanuras de Wuzhang, mientras su cuerpo se marchitaba, lo visité por última vez. No en carne y hueso, sino en un encuentro dentro de la conciencia.

Vi que ya no era el preocupado Primer Ministro, sino un alma preparándose para un nuevo viaje, con la mente clara y serena. En el espacio de la conciencia, no necesitábamos palabras.

"Compañero taoísta, ya lo has visto, ¿verdad?". Su pensamiento me llegó, sereno y sin una sola onda.

Y supe de qué estaba hablando. En ese momento de comunión, no solo volví a ver su vida pasada como Sun Bin, sino que también vi una corriente más grandiosa. Vi su alma desde la época de Jiang Ziya a orillas del río Wei, hasta Sun Bin en los campos de batalla de los Reinos Combatientes, y luego hasta él mismo, Zhuge Liang de la dinastía Shu Han. Vi el arreglo del Cielo, que esta era un alma con una misión, que en cada momento crucial de la historia descendía al mundo para ser un asistente, para ayudar a cambiar el universo.

—Lo he visto —respondí con el pensamiento—. Y veo también que tu misión aún no ha terminado. En más de mil años, cuando otra dinastía de un pueblo extranjero esté a punto de caer, descenderás una vez más al mundo, con el nombre de Liu Bowen, para ayudar a un Señor Iluminado de origen humilde a establecer un nuevo legado.

Zhuge Liang "sonrió" suavemente en la conciencia. Era una sonrisa de comprensión y aceptación. No se sorprendió. Lo había visto todo por sí mismo.

Fue en ese estado de sabiduría, habiendo abandonado por completo todos los apegos de esta vida y comprendiendo tanto el pasado como el futuro, que escribió el "Ma Qian Ke", uno de los libros de profecías más precisos de la historia de China. No fue producto de la estrategia, sino el legado de alguien que había visto claramente el plan celestial, cumpliendo la misión del papel de Zhuge Liang, antes de prepararse para otro papel.

La época de los Tres Reinos, después de todo, fue un gran escenario para mostrar a la posteridad el concepto de "Rectitud", la complejidad del karma y una verdad que nunca cambia: los seres humanos son muy pequeños, y es difícil ir en contra de la voluntad del Cielo. Solo la cultivación, la comprensión del destino y el seguimiento del Tao es el camino más sabio.

* * *

CAPÍTULO 5: SIGUIENDO A JESÚS EN JERUSALÉN

El recuerdo esta vez me transporta a una tierra de polvo y sol, un lugar donde la fe y la duda siempre coexistieron,

con la misma intensidad. Era la antigua tierra de Judea, en el preciso momento en que Jesús apareció y predicó el Evangelio.

Mi nombre en esa vida era Simón. No era un erudito, ni un hombre de poder. Era solo un carpintero común en Jerusalén, tenía una familia, y mi vida giraba en torno a tallar maderos, al sonido del martillo y la sierra. La madera no abundaba en Jerusalén; a menudo teníamos que usar maderas importadas de la región de Galilea o preciosas maderas de cedro traídas del Líbano. El aroma de esas vetas de madera me acompañó durante toda la vida. En ese entonces, tenía más de cuarenta y cinco años, unos quince años más que Jesús. A esa edad, uno ya ha pasado por suficientes altibajos, y mi fe en ese momento se basaba en lo que mis ojos veían y mis oídos escuchaban, en las vetas de madera en mis manos, en las monedas ganadas con el sudor para mantener a mi esposa e hijos.

Un día, mis amigos y vecinos comenzaron a hablar con agitación sobre un hombre llamado Jesús de Nazaret. Contaban sobre sus extrañas enseñanzas, sobre los milagros que había realizado. Al principio, no le presté mucha atención. Había oído demasiadas historias sobre hombres que se autoproclamaban profetas, que venían y se iban como ráfagas de viento en el desierto. Para un hombre que había vivido casi la mitad de su vida, tenía

cierto escepticismo hacia lo que no había verificado con mis propios ojos.

Pero la curiosidad, y también la deferencia ante la insistencia de un amigo cercano, finalmente me llevaron a un lugar donde Jesús estaba predicando. Era una tarde de sol abrasador, una multitud se congregaba en la ladera de una colina, con el polvo flotando en el aire. Me quedé a distancia, con los brazos cruzados sobre el pecho, con la actitud de un observador.

Aquel hombre no parecía un rey ni un general. Su vestimenta era tan sencilla como la de cualquier otra persona. Pero cuando alzó la voz, toda la multitud enmudeció de repente. Su voz no era estruendosa, pero tenía un poder extraño que penetraba hasta lo más profundo del corazón de cada uno.

Habló de cosas muy extrañas, cosas que iban en contra de todo lo que yo había conocido sobre la supervivencia y la forma de vida. Dijo que los humildes de espíritu, los pobres, eran los bienaventurados, porque de ellos era el Reino de los Cielos. Dijo que amáramos a nuestros enemigos, que oráramos por quienes nos perseguían.

Esas palabras, al principio, sonaban contradictorias, pero tocaron un lugar profundo dentro de mí, respondiendo a preguntas que nunca había sabido cómo formular. Veía a los ricos a mi alrededor; lo tenían todo, pero sus mentes

nunca estaban en paz. Veía a los poderosos; podían dar órdenes a otros, pero no podían ordenar la paz en sus propios corazones. Las palabras de Jesús eran como una corriente de agua fresca, que lavaba lentamente las capas de polvo mundano que se habían adherido a mi mente durante tantos años.

Pero lo que realmente me sometió no fue solo la enseñanza. Fue lo que presencié con mis propios ojos mientras lo seguía en el camino al salir de la ciudad de Jericó.

Había un mendigo que toda la región conocía, su nombre era Bartimeo. Era ciego y pasaba los días sentado al borde del camino, viviendo de la compasión de los transeúntes. Cuando nuestro grupo pasó, al oír el alboroto, Bartimeo preguntó qué sucedía. Cuando supo que era Jesús de Nazaret, comenzó a gritar, un grito que partía el alma: "¡Jesús, Hijo del Rey David, ten compasión de mí!".

Muchos en la multitud nos dimos la vuelta para regañarlo, diciéndole que se callara, que no molestara al Maestro. Pero cuanto más le gritaban, más fuerte clamaba él. Su grito contenía toda la desesperación de una vida sumida en la oscuridad.

Y entonces, Jesús se detuvo. Se volvió y dijo una simple frase: "Llamadlo".

La gente llamó a Bartimeo. Él, lleno de alegría, arrojó su manto, se puso de pie y se acercó a tientas a Jesús. Yo me quedé allí, entre la multitud, conteniendo la respiración, observando.

—¿Qué quieres que haga por ti? —preguntó Jesús, su voz completamente serena.

—¡Maestro, que yo vea! —sollozó Bartimeo.

Jesús lo miró, sus ojos llenos de compasión. Dijo: "¡Anda, tu fe te ha salvado!".

En el instante en que terminó de hablar, sucedió algo inimaginable. Los ojos de Bartimeo, antes apagados y sin vida, de repente volvieron a brillar. Parpadeó, y luego parpadeó de nuevo, como si no pudiera creer lo que estaba sucediendo. Luego levantó la vista, miró a Jesús, miró a la multitud, miró al cielo azul. Por primera vez en su vida, veía la luz.

Nunca olvidaré su rostro en ese momento. Se transformó de la desesperación al asombro absoluto, y luego estalló en una felicidad que no se puede describir con palabras. Ya no gritaba, sino que reía, una sonrisa radiante, mientras las lágrimas corrían por su rostro. Se arrodilló, no para suplicar, sino para dar gracias. Y luego, se levantó, no para volver a su puesto de mendigo, sino para unirse silenciosamente al grupo, siguiendo a Jesús.

Mi corazón en ese momento latía como un tambor de guerra. Fue el instante en que todo mi escepticismo se derrumbó por completo. Un carpintero como yo solo podía hacer que un trozo de madera fuera útil. Pero Él, Él podía traer la luz a una vida entera.

Ahora, siendo un cultivador en esta era, entiendo que no fue magia en el sentido en que la gente suele pensar. Cada ser tiene su propio destino y sus propias deudas kármicas, dispuestas de manera justa por los Dioses en diferentes niveles. El hecho de que Bartimeo fuera ciego tampoco fue una coincidencia; era parte de su plan para pagar sus deudas kármicas.

Cuando Jesús intervino para sanarlo, no estaba rompiendo el arreglo de otros Dioses. Él sabía que no podía borrar unilateralmente esa deuda. En cambio, hizo algo mucho más grandioso y trágico: eligió tomar esa deuda kármica sobre sí mismo.

Cada persona sanada, cada alma salvada, su karma era transferido a Él. Como un padre compasivo que, al ver a su hijo abrumado por las deudas, se presenta ante los acreedores y dice: "Todas sus deudas, déjenme pagarlas a mí".

Y el precio a pagar por soportar una carga kármica tan enorme fue la Pasión posterior. El dolor extremo que tuvo que soportar en la Cruz, tanto física como

espiritualmente, fue el momento en que usó su propia vida y sufrimiento para saldar todas las deudas que había asumido en nombre de sus seguidores. Los milagros de sanación que yo (Simón) presencié fueron solo un "anticipo" de su compasión. Su muerte en la Cruz fue cuando pagó el precio de esa compasión.

Ese fue el camino de salvación que Él eligió, un camino de sacrificio supremo.

Desde ese día, ya no fui Simón, el carpintero que solo creía en lo que podía tocar. Me convertí en Simón, un discípulo común entre la multitud, siguiendo silenciosamente su luz, escuchando cada enseñanza y grabando en mi corazón la compasión y la majestad que había presenciado. No fui uno de los doce apóstoles principales; solo era una pequeña gota en el océano de los creyentes. Pero esa gota había presenciado la grandeza del océano, y nunca más podría volver a ser una gota de agua estancada como antes.

Mi vida cambió por completo a partir de entonces. El taller de carpintería seguía allí, el sonido del martillo y la sierra seguía resonando cada día, pero mi mente ya no se limitaba a las vetas de la madera y los pedidos. Cada vez que tenía la oportunidad, iba a los lugares donde Jesús enseñaba, me paraba en silencio entre la multitud, escuchando y reflexionando.

Poco a poco, se formó una comunidad pequeña pero muy unida a su alrededor. Nosotros, los creyentes, veníamos de todas las clases sociales: había sencillos pescadores de Galilea, recaudadores de impuestos despreciados por la sociedad, mujeres virtuosas y también artesanos comunes como yo. No teníamos iglesias ni templos magníficos. Nuestra "iglesia" era cualquier lugar donde el Maestro se detuviera a enseñar: en la ladera de una colina, a la orilla de un lago, o en el patio de alguien con un corazón devoto.

Aprendimos a amarnos y a compartir los unos con los otros. Quien tenía más, ayudaba a quien tenía menos. Cuando alguien de nosotros se encontraba en dificultades, los demás se unían para orar y ayudar. Había una calidez, una hermandad sincera que nunca antes había sentido en ningún otro lugar. Vivíamos juntos, esperábamos juntos y creíamos juntos en un Reino de los Cielos que el Maestro había prometido.

Pero el camino hacia la luz nunca es un camino llano.

Pronto tuvimos que enfrentarnos a la oposición. Los sacerdotes y los escribas de las grandes sinagogas comenzaron a ver a Jesús como una amenaza. Sus enseñanzas sobre la humildad del alma, sobre el hecho de que Dios no reside solo en templos de piedra sino en el corazón de cada persona, desafiaban directamente su autoridad y su estatus. Lo consideraban un blasfemo, un

sacrílego que se atrevía a llamarse a sí mismo Hijo de Dios.

Nosotros, los que lo seguíamos, también sufrimos las consecuencias. Los vecinos que antes eran amables comenzaron a mirarnos de otra manera. Cuchicheaban, cotilleaban, pensando que habíamos sido hechizados, que seguíamos una secta herética. Algunos ya no querían comprar mis trabajos de madera. Otros rompieron lazos con amigos con los que habían crecido. Fuimos ridiculizados, rechazados y, a veces, incluso amenazados.

El gobierno romano, aunque no le interesaban las disputas religiosas de los judíos, también comenzó a vigilarnos. Temían que la multitud que seguía a Jesús pudiera convertirse en una revuelta política. Todas nuestras actividades eran vigiladas.

Ahora entiendo que todas esas dificultades no fueron una coincidencia. Eran las pruebas que el Cielo reserva para quienes desean recorrer el camino de la cultivación. Cuando se transmite una Ley Verdadera, los demonios también vendrán a interferir, a probar si la fe de una persona es verdaderamente firme. Esas pruebas son como un tamiz, para filtrar las mejores semillas de la fe, aquellos que realmente pueden perseverar hasta el final.

Y entonces, llegó la prueba más grande y dolorosa.

Todavía recuerdo como si fuera ayer esa semana fatídica en Jerusalén. Una atmósfera de tensión envolvía toda la ciudad. Oí la noticia de que el Maestro había sido traicionado por uno de sus discípulos más cercanos, Judas. Luego, la noticia de que había sido arrestado por la noche en el huerto de Getsemaní. Mi corazón se encogió.

Al día siguiente, estuve entre la multitud, observando impotente cómo lo llevaban por las calles. El hombre que yo había visto sanar al ciego, multiplicar los panes para alimentar a miles, ahora llevaba una corona de espinas, era golpeado e insultado. Vi a las mismas personas que pocos días antes lo habían aclamado, ahora gritando para que lo crucificaran.

Y estuve allí, en la colina del Gólgota, desde la distancia, presenciando todo.

Vi cómo clavaban los toscos clavos de hierro a través de sus manos y pies. Vi cómo levantaban la Cruz. Lo vi suspendido entre el cielo y la tierra, con la sangre y el sudor corriendo por su cuerpo. El dolor y la angustia que sentí en ese momento eran indescriptibles. Mi fe fue puesta a prueba hasta el extremo. ¿Por qué, por qué un Dios lleno de poder tenía que sufrir un final tan trágico y humillante? Por un momento, la duda regresó, carcomiendo mi alma.

Pero entonces, oí sus últimas palabras antes de expirar: "Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu".

En esa frase no había ni una pizca de resentimiento, solo aceptación y serenidad absolutas. Y en ese instante, lo comprendí de repente. No era una derrota. Era una consumación. Era el sacrificio supremo del que había oído hablar, pero que nunca había entendido del todo. Él estaba cumpliendo su misión.

Después de la muerte del Maestro, el miedo se apoderó de nuestra pequeña comunidad. Ya no nos atrevíamos a reunirnos abiertamente; solo nos encontrábamos en secreto en casas con las puertas cerradas, susurrando oraciones y consolándonos mutuamente.

Entonces, una noticia se extendió entre nosotros como un rayo en la noche oscura: ¡el Maestro había resucitado! María Magdalena y algunas otras mujeres habían ido a visitar la tumba y la habían encontrado vacía. Luego, los apóstoles también lo habían visto de nuevo.

Al principio, no me atreví a creerlo. Temía que fuera solo una historia inventada para consolar a las almas destrozadas. Pero entonces, esa creencia creció día a día, extendiéndose de persona a persona, no por pruebas, sino por una extraña fuerza interior. Una alegría y una fuerza nunca antes sentidas surgieron en el corazón de

cada uno de nosotros. Comprendimos que el Maestro había vencido incluso a la muerte.

Fue esa fe en la Resurrección la que nos transformó. El miedo fue reemplazado por el coraje. Empezamos a reunirnos de nuevo, con más audacia, para compartir juntos lo que había sucedido.

Y fue entonces cuando la guadaña de la represión cayó de verdad.

Una noche, mientras yo y una decena de personas más estábamos reunidos en casa de un amigo, los soldados romanos irrumpieron. Nos arrestaron a todos. Sin muchas preguntas, sin un largo juicio. Fuimos acusados de seguir la "secta herética" de Jesús y de perturbar el orden público.

Cuando me esposaron, ya no sentí miedo. Mi corazón estaba extrañamente sereno. La imagen del Maestro en la Cruz y la noticia de su Resurrección aparecían constantemente en mi mente. Sabía que había elegido el camino correcto.

Fui arrojado a una mazmorra oscura y húmeda junto con mis hermanos. El aire estaba cargado de un olor nauseabundo y de desesperación. Pero, extrañamente, ninguno de nosotros se quejó ni lloró. Nos sentamos juntos, en silencio, recitando de vez en cuando en voz

baja las enseñanzas del Maestro que recordábamos. En la oscuridad de la prisión, una extraña paz nos envolvió.

No nos torturaron ni nos engatusaron. Este arresto parecía ser solo un acto de intimidación, para aplastar nuestro movimiento de raíz. Querían un castigo rápido y definitivo.

Al día siguiente, un carcelero vino a abrir la puerta de mi celda. No dijo nada, solo me hizo una seña para que lo siguiera. Supe que mi hora había llegado. Miré a mis hermanos por última vez. Me miraron, y en sus ojos no había compasión, solo comprensión y un silencioso aliento. Asentí hacia ellos y seguí al soldado con paso firme.

Me llevó a un pequeño patio detrás de la prisión. Allí solo estaban él y un verdugo con cara de piedra, que sostenía una gran espada. Comprendí que iba a ser decapitado.

El carcelero me hizo una última pregunta: "¿Renuncias a tu fe en Jesús de Nazaret? Si lo haces, serás libre".

Lo miré directamente a los ojos. La imagen del Maestro en la Cruz, el rostro de Bartimeo al ver la luz por primera vez, los panes multiplicados para miles de personas... todo pasó por mi mente como una película. Había visto,

había creído y había sentido la verdad. ¿Cómo podría renunciar a ella?

Negué con la cabeza, y una suave sonrisa se dibujó en mis labios.

Esa sonrisa no era de desafío o desprecio. Era de serenidad. Era de aceptación. Era la alegría de alguien que sabe que está a punto de volver a casa, de reunirse con su Maestro en un lugar donde ya no hay dolor ni lágrimas. Era la consumación de un discípulo común que había mantenido su fe intacta hasta el último momento.

El carcelero vio mi sonrisa, frunció ligeramente el ceño, como si no lo entendiera. Hizo un gesto al verdugo.

Mi última sensación en esa vida fue un destello de luz fría ante mis ojos, y un dolor agudo en el cuello.

Luego todo se sumió en la oscuridad.

Pero no era la oscuridad del final. Inmediatamente después, mi alma se liberó, ligera como una pluma. Vi mi cuerpo caer, y vi un camino de luz resplandeciente abrirse ante mí. Supe que había elegido correctamente.

La vida como Simón, el carpintero de Jerusalén, me enseñó una lección inestimable sobre la fe. La fe no es algo reservado solo para los santos o las personas

extraordinarias. Puede brotar en el corazón de la persona más común y, una vez arraigada, puede darle la fuerza para enfrentarse incluso a la muerte con una sonrisa.

Y también comprendí que cualquier camino de cultivación siempre va acompañado de pruebas y tribulaciones. La elección entre vivir en la falsedad y morir por la Verdad es una prueba a la que muchos cultivadores a lo largo de la historia han tenido que enfrentarse. Esa elección, en última instancia, determinará a dónde irán sus almas.

* * *

CAPÍTULO 6: ECOS DE LA PIRÁMIDE

(El niño, River, se sentó frente a mí, sus ojos claros mirando a lo lejos, como si estuviera viendo una vieja película que solo él podía ver. Su voz se volvió más grave, con una solemnidad impropia de su edad.)

...

Esta vez, el recuerdo me transporta a una era aún más remota, quizás hace unos ochenta millones de años, según su forma de contar el tiempo. Era un mundo donde la Tierra era muy diferente, un mundo de gigantes...

En esa vida, yo era un general llamado **Solon**. Nombres como Solon, o Trung Thien Quoc, Mona, Canla... que mencionaré a continuación, son solo las transcripciones fonéticas más cercanas que puedo encontrar en el lenguaje actual. Nuestro lenguaje en esa época era completamente diferente; era más simple y directo, y portaba más la energía del sonido que la de los caracteres.

El Mundo y su Gente:

Nuestro mundo en ese entonces era un cuadro majestuoso. Nuestra gente, los gigantes, solía tener una altura promedio de más de cinco metros. Nuestros cuerpos eran robustos, pero nuestras almas eran muy puras y sencillas. Vivíamos en armonía con la naturaleza, una naturaleza que ustedes hoy en día difícilmente podrían imaginar. Los dinosaurios no eran monstruos, sino compañeros de viaje. Las grandes y pacíficas especies de dinosaurios voladores eran domesticadas por

nosotros como medio de transporte entre las ciudades. Otras especies gigantes herbívoras, con una fuerza sin igual, nos ayudaban a arrastrar materiales pesados en las obras de construcción.

Nuestra sociedad era muy armoniosa y pacífica; todos teníamos una profunda fe en los Dioses y Budas. Mi reino se llamaba el Reino del Cielo Medio, gobernado por un joven rey sabio y benévolo llamado **Mala**.

El Papel de Solon:

En ese período de paz, yo era el Capitán de la Guardia Real. Mi trabajo en el país era bastante tranquilo, porque la gente era muy pura y rara vez había grandes disputas. Sin embargo, el ejército del Reino del Cielo Medio siempre estaba entrenado para ser de élite. No usábamos esa élite para la agresión, sino para demostrar virtud y poder.

Recuerdo una vez que un reino vecino tuvo la intención de iniciar hostilidades. Todos sabían que el Rey Mala y la Princesa **Mona** eran ambos cultivadores del Dharma búdico desde la infancia, y poseían un temperamento y una virtud extraordinarios. En una decisión algo sorprendente, los dos hermanos lideraron personalmente un ejército a la región fronteriza.

Cuando nuestro ejército apareció, la fuerza y la disciplina de los soldados aterrorizaron al oponente. Pero lo que realmente desintegró su voluntad de luchar fue la imponente presencia del Rey Mala. Sentado en su carro de guerra, sin necesidad de decir una palabra, el aura majestuosa y recta de un verdadero cultivador y un emperador se elevaba hasta el cielo, haciendo que el enemigo se sintiera pequeño e incapaz de atreverse a enfrentarlo. La presencia de la Princesa Mona, con su belleza etérea y su temperamento sereno, realzó aún más la santidad y la rectitud de nuestro ejército.

Aquel rey, al enfrentarse a esa imponente majestad, fue completamente subyugado. Él mismo ordenó la retirada de sus tropas y se apresuró a enviar un mensajero para pedir la paz. Así es como manteníamos la paz, no con espadas y lanzas, sino con la virtud de nuestros líderes.

La Construcción Sagrada:

En esa vida, fui testigo de la creación de una gran Pirámide. No era una tumba. Absolutamente no. En nuestra percepción de entonces, esta obra tenía una misión sagrada: era para venerar a un Gran Buda. También era un portal para conectar con los Dioses y Budas, y un Testigo histórico para el futuro.

El diseño de esta gran obra no fue concebido por la inteligencia humana. Sabía que los "arquitectos" más talentosos del reino habían recibido sugerencias e instrucciones directas de los Dioses y Budas en sueños o en estados de meditación profunda. Los números, las proporciones, la disposición interior... todo contenía secretos celestiales. Cuáles eran esas instrucciones específicas, ni siquiera alguien en mi posición lo sabía. Mi tarea y la de la guardia era simplemente garantizar la seguridad absoluta para que ese proceso sagrado se llevara a cabo.

Desde mi posición de Capitán de la Guardia Real, fui testigo y protector de todo el proceso.

La selección de los trabajadores para la obra no se basaba únicamente en la fuerza física. Se emitió un edicto en todo el Reino del Cielo Medio, reclutando solo a jóvenes fuertes y solteros, y lo más importante, debían tener una buena cualidad moral y un corazón reverente hacia los Dioses y Budas. Decenas de miles de personas acudieron con entusiasmo a la capital, considerando que contribuir a la construcción de la torre era el mayor honor de sus vidas. Pero los elegidos para construir directamente se limitaron a casi 1000 personas; el resto se encargaba principalmente de extraer los bloques de piedra según los requisitos y transportarlos al lugar de la construcción.

Durante todo el tiempo de construcción de esa primera Pirámide, todo el reino parecía latir al unísono. El Rey Mala dedicó toda su energía a dirigir la obra. En cuanto a la Reina, no estaba al lado del rey. Cada día, ella rezaba devotamente a Buda, orando por el buen desarrollo de la obra y por la paz y prosperidad del reino. Los príncipes, altos ministros y todo el pueblo siguieron su ejemplo. La atmósfera del Reino del Cielo Medio en ese momento era increíblemente pura. Nuestra gente era muy sencilla; los hombres eran refinados y corteses, las mujeres eran virtuosas y modestas. No había disputas, solo una unidad de corazón hacia un objetivo noble.

Y lo más asombroso era la forma en que construíamos. La construcción de la torre se hizo enteramente con fuerza humana. Los grandes bloques de piedra, algunos de los cuales pesaban dos o tres toneladas según los cálculos de hoy, no eran una carga. Recuerdo muy claramente la imagen de cuatro o seis hombres robustos, hombro con hombro, levantando juntos un bloque de ese tipo rítmicamente sin mostrar un esfuerzo excesivo. No usaban palancas complejas, sino la fuerza combinada y algún tipo de poder espiritual.

Bajo sus pies llevaban zapatos especiales, tejidos con gran destreza y firmeza a partir de un tipo de hierba que solo se encontraba en las montañas cercanas. Este tipo de zapato de hierba tenía una extraña capacidad de agarre. Cuando transportaban los pesados bloques de piedra por

los empinados escalones de la Pirámide, veía que sus pasos eran increíblemente firmes. Muchos de ellos contaron que, con cada paso, sentían como si una fuerza invisible estuviera levantando suavemente sus pies, haciendo que sus pasos fueran inusualmente ligeros. Llamaron a este fenómeno "caminar sobre las nubes", y todos creían que era porque los Dioses estaban ayudando a aquellos con corazones reverentes.

El ambiente en el lugar de la construcción no era en absoluto pesado ni agotador. Los músicos y cantantes más talentosos de todas las regiones se reunieron aquí. Consideraban este lugar como una fuente inagotable de inspiración para componer las mejores piezas musicales y canciones. Y el tema más importante y sagrado de sus obras era alabar la grandeza y la compasión de los Dioses y Budas, y solo después, alabar la devoción del rey y del pueblo que habían seguido la voluntad del Cielo para crear esta obra.

No solo cantaban, sino que también realizaban danzas de una belleza exquisita. Esas danzas eran a la vez gráciles y nobles, y contenían fuerza y magnificencia. La música combinaba armoniosamente la grandeza de una gran orquesta con la delicadeza melódica de los instrumentos individuales.

(El niño sonrió de repente, una sonrisa a la vez lejana y familiar.)

Al recordar esas escenas, una imagen de esta vida mía aparece de repente con claridad. El año pasado, mis padres me llevaron a ver una actuación de la compañía de artes escénicas Shen Yun. Sé que esta compañía tiene su sede en Nueva York, pero realizan giras por todo el mundo, y ese día, fuimos a Los Ángeles para ver su espectáculo. Desde el momento en que se levantó el telón, sentí una familiaridad indescriptible. Desde el vestuario, la coreografía, hasta la resonancia de la música, todo me evocaba un recuerdo profundo que en ese momento no podía nombrar. Ahora lo entiendo. Las danzas y canciones que vi en el Reino del Cielo Medio en la época de los gigantes, llevaban el mismo estilo, el mismo espíritu que lo que la compañía de artes Shen Yun presenta hoy en día. Parece que lo que se llama cultura genuina inspirada por lo divino comparte una misma fuente, una misma alma, sin importar cuántos millones de años pasen.

(La voz del niño volvió al flujo de sus recuerdos.)

Cada vez que llegaba la hora del descanso, los sirvientes traían amablemente cestas de fruta dulce y jugosa y agua fresca de manantial de la cima de la montaña. Y entonces, las claras melodías volvían a elevarse. El canto se mezclaba con el viento, disipando todo el cansancio, haciendo que el ánimo de todos se volviera alegre y animado.

Por la noche, después de un día de trabajo, no había fiestas ruidosas. Decenas de miles de trabajadores se sentaban juntos de nuevo, en la posición de loto en silencio. Meditaban durante aproximadamente una hora, recitando en silencio el nombre de Buda, limpiando los pensamientos desordenados, manteniendo el cuerpo y la mente siempre puros.

Nunca olvidaré el momento en que se colocó el último bloque de piedra. Era una piedra puntiaguda, pulida a la perfección. El propio Rey Mala, que todavía era muy joven, se quitó sus vestiduras reales y, junto con los cuatro hombres más fuertes, llevó personalmente esa piedra a la posición más alta de la Pirámide. Al pie de la torre, decenas de miles de personas contenían la respiración observando. Cuando la piedra fue colocada perfectamente, toda la multitud se inclinó en reverencia silenciosa. Ni un solo aplauso, solo una absoluta devoción ofrecida a los Dioses y Budas.

(El niño River se detuvo un momento, su mirada perdida en la distancia, y luego continuó hablando como el narrador en el presente.)

Actualmente, cuando uso mi tianmu para mirar, me doy cuenta de que la obra cuya construcción presencié en ese entonces es precisamente la segunda pirámide más grande, situada en el centro de las tres grandes construcciones de Giza hoy en día. Aunque es la

segunda pirámide más grande en tamaño, fue la primera en ser construida en ese plan general.

También veo que las pirámides restantes se construyeron más tarde, cuando yo, Solon, ya no estaba en este mundo. Cada obra se inició con unos diez años de diferencia. Quizás porque fue la primera Pirámide construida, con un corazón tan puro y el más alto grado de unidad, hasta el día de hoy, su ápice se ha conservado relativamente intacto, como un testigo silencioso de una edad de oro olvidada.

Mirando hacia atrás ahora, me doy cuenta de que todo el complejo fue planeado por los Dioses desde el principio, con un propósito inmensamente grande. La pirámide más grande, construida más tarde, fue para venerar a otro Gran Buda, que simboliza la compasión infinita. Y la pirámide más pequeña se dedicó a venerar a un Buda que simboliza la Majestad.

Y guardando el frente de este complejo sagrado está la estatua de la Esfinge. No es la imagen de un rey, sino la imagen de un Dios Marcial celestial, cuya tarea es vigilar y proteger las Pirámides y esta tierra santa contra todos los demonios malignos.

DESTINO CELESTIAL Y MISIÓN DE PROTECCIÓN

El final de la construcción de la Pirámide coincidió con un giro decisivo en mi vida como Solon.

El Rey Mala tenía una hermana menor, la Princesa Mona. Sus padres habían fallecido cuando eran pequeños, por lo que el Rey Mala no solo era su hermano, sino también como un padre, que la amaba y protegía inmensamente. Ahora, la Princesa Mona había llegado a la edad de casarse. No solo poseía una belleza pura que hacía que las flores se inclinaran, sino que, más importante aún, tenía un corazón benévolo y una virtud innata. Su fama no solo se extendió por el Reino del Cielo Medio, sino que también llegó a los reinos vecinos.

Al oeste, había un poderoso reino llamado el Reino del Extremo Occidental, gobernado por un joven rey llamado **Dalac**. El Rey Dalac también era una persona benévola y talentosa, que siempre deseaba construir un país pacífico y próspero. Los mensajeros que iban y venían llevaban consigo retratos pintados por los artistas más talentosos. Cuando el Rey Dalac contempló el retrato de la Princesa Mona, y cuando la Princesa Mona vio la imagen del Rey Dalac, ambos sintieron de inmediato una profunda conexión. No solo se sintieron atraídos por su apariencia, sino que, a través de los trazos del pincel, parecieron ver el alma y la virtud del otro.

Su relación predestinada no fue solo un arreglo político, sino también la armonía de dos corazones benévolos, nacida de una admiración sincera.

El matrimonio entre la Princesa Mona y el Rey Dalac se celebró rápidamente. Fue un acontecimiento trascendental, que trajo alegría y esperanza de una paz duradera para ambos reinos. Tanto el Reino del Cielo Medio como el Reino del Extremo Occidental se sumieron en las festividades. Todavía recuerdo la imagen de la Princesa Mona con su suntuoso atuendo real, su rostro brillando de felicidad, pero también con un atisbo de tristeza al tener que dejar pronto a su hermano y a su amada patria.

Antes de que la princesa partiera, el Rey Mala me llamó a palacio en privado. Me miró, con una mirada a la vez confiada y solemne, que contenía también el amor de un hermano. Dijo:

—Solon, de entre todos los generales, eres en quien más confío por tu lealtad y tu valor. Mona es mi única hermana, la joya más preciosa del Reino del Cielo Medio. Ahora, irá a brillar a una tierra lejana. Te encomiendo una misión más importante que la de proteger este palacio. Lidera una tropa de élite, escolta a la princesa al Reino del Extremo Occidental, y quédate allí como comandante de la guardia de la Reina. Protégela con tu vida.

Me arrodillé, inclinando la cabeza para aceptar la orden. Comprendí que esto no era solo una orden, sino un encargo sagrado, la confianza de un hermano depositada en el protector de su hermana.

GUERRA, SACRIFICIO Y TRANSFORMACIÓN

Mi vida en el Reino del Extremo Occidental transcurrió en paz durante varios años. El Rey Dalac y la Reina Mona se amaban inmensamente y gobernaban juntos el país. Pero entonces, la guerra surgió desde el norte.

El Reino del Norte, liderado por un rey belicoso y cruel llamado **Canla**, lanzó una invasión sorpresa. Eran como una inundación repentina, que arrasaba y destruía fortalezas, saqueaba y masacraba. El objetivo final de Canla era la capital del Reino del Extremo Occidental.

El Rey Dalac, con la valentía de un monarca, lideró personalmente a sus tropas a la batalla para proteger el país. En las primeras batallas, las fuerzas de ambos bandos estaban bastante igualadas. El ejército del Reino del Extremo Occidental, bajo el mando del Rey Dalac, luchó con tenacidad y repelió muchos de los ataques del enemigo.

Pero el Rey Canla no solo era feroz, sino también muy astuto y artero. Al ver que no podía ganar rápidamente por la fuerza, ideó un plan malvado. Hizo que sus tropas fingieran una derrota, abandonando provisiones y retirándose a un desfiladero traicionero. El Rey Dalac, demasiado ansioso por aniquilar a los invasores y algo confiado después de varias victorias, no se dio cuenta de que era una trampa. Lideró a sus tropas en la persecución, y cuando todo el ejército se había adentrado en el desfiladero, las tropas de Canla los emboscaron desde ambos flancos de la montaña.

En esa batalla desesperada, el Rey Dalac luchó hasta el último aliento y murió heroicamente en medio del cerco enemigo.

La noticia llegó a la capital como un rayo en un cielo despejado. Al oír la terrible noticia, la Reina Mona se derrumbó. Se encerró en su habitación, llorando a su amado esposo durante dos días y dos noches. Su llanto lastimero y desconsolado hizo que todo el palacio, ya de luto, se volviera aún más sombrío.

Pero después de esos dos días, la Reina dejó de llorar. Salió de su habitación, su rostro todavía con un profundo rastro de tristeza, pero ya contenía una calma inusual. Parecía que había aceptado y transformado su dolor en algún tipo de fuerza interior.

Mientras tanto, la capital había comenzado a desintegrarse. Cuando se extendió la noticia de que las tropas de Canla se acercaban a la ciudad, el caos llegó a su punto álgido. Muchos funcionarios civiles y militares, aquellos que en tiempos normales pregonaban su lealtad a voz en grito, fueron ahora los primeros en recoger sus riquezas y abandonarlo todo para huir en la noche.

Unos pocos altos ministros con algo de honor corrieron al palacio, se arrodillaron ante la Reina Mona, que ahora estaba completamente serena, y suplicaron: "¡Reina, la situación está perdida! ¡Por favor, tome el pasadizo secreto y váyase de aquí, salve su vida! ¡El enemigo está a las puertas, quedarse es solo la muerte!".

La Reina Mona los miró, su mirada serena pero llena de poder. Solo respondió con un firme movimiento de cabeza. No iría a ninguna parte.

Mientras los cobardes huían, vi en la gran plaza frente al palacio real que se desarrollaba otra escena heroica. Los leales generales del Reino del Extremo Occidental, los que se negaron a huir, estaban reuniendo a los soldados restantes. Su fuerza ascendía a algo más de mil hombres, y sus rostros estaban marcados por una determinación suicida. Lucharían para proteger la capital hasta el último aliento.

Me di la vuelta y miré hacia los escalones que conducían al palacio principal donde se encontraba la Reina. Mi guardia, los hermanos que me habían seguido desde el Reino del Cielo Medio, éramos menos de diez. No necesitamos decirnos ni una palabra; una mirada bastó para entendernos. Nuestra misión no era proteger toda la capital. Nuestra misión estaba aquí, en estos escalones, ser el último escudo para la Reina.

La promesa que le hice hace años al Rey Mala resonó en mi mente. Donde estuviera la Reina, ese era nuestro campo de batalla.

Y entonces, cuando ella salió para enfrentarse a la batalla final, yo, Solon, un general que solo había conocido la espada y la lanza toda su vida, quedé una vez más atónito ante su cambio.

Todo el temple de la Reina parecía haberse sublimado. La calma de los últimos días se había transformado ahora en una majestad y una compasión inconmensurables. Sus ojos eran claros y brillaban de una manera extraña, reflejando una profunda benevolencia que nunca había visto en nadie. Su belleza se volvió de repente más radiante que nunca, pero no era la belleza del mundo terrenal, sino una belleza trascendente, sagrada, tan transparente como el jade. Parecía que un halo invisible emanaba de ella, haciendo

que cualquiera que la mirara sintiera una reverencia instintiva.

Cuando dio un paso, su andar fue firme y elegante. Ya no era una Reina de un país perdido enfrentándose al peligro, sino que parecía una Diosa, una Inmortal caminando por el mundo mortal. Yo y todos los presentes en el gran salón nos quedamos atónitos, conteniendo la respiración. Sabíamos que algo increíblemente sagrado había ocurrido.

Ante mis ojos ya no estaba la afligida Reina Mona, sino una imagen sagrada, a la vez compasiva y majestuosa, un Bodhisattva manifestado en el mundo humano.

El rugido del ejército enemigo estaba muy cerca. Había llegado el momento. La gran batalla estalló en todas las calles que conducían al palacio real. Mi pequeña guardia y yo nos mantuvimos firmes como una roca justo delante de la puerta principal del gran salón. No nos enfrentamos a todo el ejército de Canla, pero sus tropas de vanguardia más selectas intentaban entrar para capturar a la Reina.

Luchamos como leones, usando nuestros cuerpos para formar un pequeño pero impenetrable muro de acero. Uno caía, otro ocupaba su lugar. La sangre tiñó de rojo los escalones. Pero eran demasiados. Sentí un dolor agudo en el pecho cuando una lanza atravesó mi

armadura. Caí, justo en el umbral del palacio. Todo ante mis ojos se volvió borroso.

Pero entonces, me sentí ligero como una pluma. Mi alma escapó de mi cuerpo, flotando cerca. Ya no sentía dolor, solo una extraña serenidad. Vi al Rey Canla, el feroz conquistador, pasar por encima de mi cuerpo sin vida sin siquiera mirarme. Inmediatamente, como un impulso instintivo, mi alma lo siguió, atravesando la gran puerta hacia el interior del palacio.

Y allí, vi la escena final. El Rey Canla, con su espada aún manchada de sangre, entraba impetuosamente en el gran salón, donde la Reina Mona lo esperaba.

Él era un conquistador, acostumbrado a ver el miedo, las lágrimas, las súplicas. Pero al enfrentarse a la Reina Mona, se quedó atónito, se detuvo en seco. Toda la ferocidad de su rostro se desvaneció, reemplazada por una expresión de asombro, un poco de confusión y también de reverencia. Nunca había visto una belleza así, un temple así. Se quedó inmóvil, pareciendo olvidar incluso el propósito por el que había venido.

En medio del tenso silencio, la voz de la Reina Mona resonó. Su voz no temblaba, no había resentimiento, sino que era clara y serena como el sonido de una campana de templo en las montañas silenciosas:

—Rey, has viajado sin parar hacia el sur. He oído lo que tus ejércitos han hecho. Quiero saber, ¿qué más necesitas hacer?

Esa simple pregunta, junto con el aura majestuosa y compasiva de Mona, golpeó directamente la poca conciencia que quedaba en el alma de Canla. De repente sintió que la espada en su mano era terriblemente pesada, y los crímenes que había cometido aparecieron vívidamente en su mente. Tartamudeó, perplejo, su voz ya sin arrogancia:

—Aseguro que mis tropas no ofenderán más al pueblo. Quiero garantizar la seguridad de la capital.

Dicho esto, como para demostrar sus palabras, el Rey Canla se dio la vuelta y ordenó en voz alta a todo su ejército que se retirara de la ciudad.

El ejército invasor, perplejo, no entendía por qué su rey Canla había tomado tal decisión, pero aun así obedecieron la orden y se retiraron en silencio. La masacre había terminado, no por un ejército más fuerte, sino por el poder de una compasión inconmensurable fusionada con la majestuosidad sagrada de una mujer.

Mi alma, el alma de Solon, fue testigo de todo. Una sensación de plenitud y serenidad total me envolvió. Había cumplido mi promesa al Rey Mala. Había

protegido a la Reina, no solo con mi vida, sino que también había presenciado un poder más grande que cualquier espada. Con una sonrisa de satisfacción, mi alma se desvaneció lentamente, poniendo fin a la vida de un general.

(El niño River permaneció en silencio durante un largo rato después de terminar la historia. Parecía que todavía estaba inmerso en la plenitud y la heroicidad de ese momento. Luego, suspiró suavemente, su mirada volvió a la realidad, me miró y continuó.)

ECOS DEL PASADO

La vida de Solon, aunque breve, me enseñó una profunda lección sobre la lealtad y el sacrificio. Vivió y murió para cumplir su promesa. Pero lo que realmente se grabó en mi alma, lo que hasta el día de hoy todavía me conmueve, es el poder de la Reina Mona. Ese poder no provenía de la autoridad o del ejército, sino de la compasión que se había sublimado en la adversidad. Podía transformar tanto la violencia como el odio.

Pero la historia no termina ahí.

Con mi tianmu, vi que la civilización de los gigantes tampoco pudo escapar después a la ley del universo de

formación, estasis, degeneración y destrucción. Unas quince generaciones de reyes después de la época del rey Mala en el Reino del Cielo Medio, un último rey se corrompió, dejó de creer en los Dioses y Budas, e incluso cometió actos de blasfemia contra lo divino. Y como castigo, o más bien como una señal que presagiaba el fin, una noche, una estatua de un Gran Buda inmensamente grande, creada en la misma época que las Pirámides, desapareció sin dejar rastro. Los Dioses y Budas ya no protegían a un pueblo que había perdido su propia fe. No mucho después, toda una edad de oro fue borrada de la historia por terribles cataclismos geológicos.

Las grandes Pirámides y la estatua de la Esfinge permanecieron allí, desafiando el paso del tiempo. Pero las civilizaciones posteriores, al no comprender ya su propósito sagrado original, las utilizaron arbitrariamente para sus propios fines. Especialmente los faraones del antiguo Egipto. Tuvieron el deseo de que sus momias fueran colocadas en su interior, convirtiendo un lugar que originalmente era un templo, un portal para conectar con los Dioses y Budas, en una tumba para mortales.

Este acto profanó la santidad de la Pirámide. Y vi que esas almas de los faraones, por este pecado de blasfemia, tuvieron que sufrir un castigo extremadamente severo, siendo arrojadas a los niveles más profundos del infierno después de morir.

Por lo tanto, lo que vemos hoy son solo construcciones silenciosas. Llevan en sí el glorioso recuerdo de una época en que los humanos y los Dioses aún se comunicaban, llevan la tristeza de una civilización en decadencia, y llevan también las gruesas capas de polvo de la incomprensión y la blasfemia a través de muchas eras. Siguen allí, como ecos de un pasado lejano, esperando el día en que la humanidad pueda comprender de nuevo su verdadero significado.

* * *

CAPÍTULO 7: EL OCASO DE LA ATLÁNTIDA

(River permaneció en silencio durante un largo rato, como si intentara ordenar un recuerdo complejo y pesado. Finalmente, el niño alzó la voz, un tono lejano, teñido de nostalgia y una melancolía palpable.)

Esta vida me transporta a una tierra cuyo nombre aún resuena en las leyendas de ustedes hasta el día de hoy: la Atlántida. Pero la Atlántida en la que viví ya no era un imperio en su apogeo. Era un mundo hermoso que comenzaba a mostrar fisuras, señalando la llegada de un largo y doloroso ocaso.

La Atlántida en la que viví, en mi vida como un Sumo Sacerdote llamado **Lygus**, no siempre fue una entidad unificada. En los antiguos pergaminos que han sobrevivido, se cuenta que hubo épocas en que este continente se dividió en muchos reinos, cada uno con su propio carácter, a veces en paz y armonía, otras en conflicto. Al igual que el sistema político, hubo un tiempo en que el Rey era supremo, y otras veces en que el Consejo Religioso era el poder más grande. Tuvo que pasar por muchos avatares y los esfuerzos de muchos antepasados para que la Atlántida se unificara gradualmente como en nuestra era, bajo la dirección de un Consejo Supremo. Pero incluso en esa unidad, las huellas de una época de división parecían persistir.

La decadencia de la Atlántida no fue un evento repentino. Fue un proceso, un veneno que se filtró lentamente a través de generaciones. Y yo, Lygus, me encontraba en la etapa crucial de ese proceso.

Es difícil describirles el favor que nuestra tierra había recibido. La Atlántida no era solo un continente, sino un centro de energía del planeta, un lugar especialmente bendecido por los Dioses y Budas, abundantemente agraciado con poder divino. Gracias a esta energía sagrada, toda la vida allí se desarrolló de manera superior. Nosotros, los atlantes, que ya teníamos una gran inteligencia, nos volvimos aún más lúcidos, saludables y con una esperanza de vida mucho mayor que la de otros pueblos. Los árboles eran inusualmente frondosos, las frutas abundantes, llevando en sí una energía pura. Incluso los animales eran más grandes y robustos. La misma raza de caballos, pero los que crecían en la tierra de la Atlántida podían ser una vez y media más grandes, con crines brillantes, y su fuerza e inteligencia también superaban con creces a las de sus congéneres en otros continentes.

Fue por este favor que nuestros antepasados tuvieron una profunda fe y un gran respeto por los Dioses y Budas, considerándolos la fuente de toda prosperidad. Nuestra ciencia también se originó a partir de ahí. No seguimos el camino de la mecánica, de quemar combustibles. En cambio, aprendimos a comprender y utilizar la propia energía cósmica disponible. Dominamos la tecnología de los cristales a un alto nivel, usándolos para proporcionar energía limpia a ciudades enteras, operar vehículos que se deslizaban suavemente

por el aire, curar enfermedades, comunicarnos a larga distancia... Todo era armonioso y reflejaba la conexión entre el hombre y lo divino. La sociedad atlante de entonces estaba claramente estratificada, desde el Consejo Supremo y la élite noble, los Sumos Sacerdotes como yo que desempeñábamos un papel espiritual, hasta la clase de los "Maestros de los Cristales" y los ricos comerciantes, y luego los artesanos y los trabajadores. Todos se beneficiaban de un entorno puro y próspero.

Pero entonces, comenzó el desvanecimiento. Cuando las generaciones posteriores nacieron teniéndolo ya todo, la prosperidad y la comodidad de la tecnología se convirtieron en algo natural. La gratitud y la reverencia iniciales hacia los Dioses y Budas se enfriaron gradualmente. Una parte de la población y la élite comenzaron a ver su superioridad como resultado de la propia inteligencia de los atlantes, y no como una gracia de reinos superiores. Esa fue la semilla de la arrogancia, lo que carcomió nuestra civilización desde dentro.

Comenzaron a abusar del conocimiento y la tecnología. En lugar de usar la energía de los cristales para servir a la vida de manera armoniosa, buscaron explotarla para crear comodidades para el disfrute cada vez más sofisticadas, herramientas de control e incluso armas poderosas. Dentro del mismo Consejo Supremo, la división comenzó a aparecer de forma latente. Por un lado estaba nuestra facción, los que todavía

intentábamos mantener la reverencia a los Dioses y la moral tradicional. Por otro lado estaba la facción que tendía cada vez más al "materialismo" y al pragmatismo, liderada por un maestro en tecnología energética llamado **Magnus**. Creían que el hombre atlante era el señor de su propio destino.

Como Sumo Sacerdote, reconocí el peligro mortal de este cambio de pensamiento. Comprendí que una vez que la Atlántida perdiera su reverencia y conexión con los Dioses y Budas, perdería la fuente misma de su fuerza y protección. La gracia puede ser otorgada, pero también puede ser retirada. A menudo alcé la voz en el Consejo, advirtiendo que alejarse de los principios espirituales y sumergirse en la arrogancia y el disfrute material ofendería a los Dioses y, finalmente, llevaría a que esta tierra ya no fuera bendecida. Presidía ceremonias para purificar la energía de los cristales maestros, intentando reconectar con fuerzas espirituales superiores, y enseñaba a las generaciones más jóvenes sobre la gratitud.

Pero mis advertencias fueron rechazadas por la facción de Magnus. Sostenían que "Dioses y Budas" eran solo conceptos abstractos, no tan importantes como la capacidad humana. El verdadero poder estaba en manos de los científicos, en los cristales de energía, en las tecnologías que podían fabricar. Querían desarrollar armas de energía de última generación para afirmar su

estatus y poder, propagando encubiertamente que los atlantes podían dominar completamente su destino. Era la arrogancia suprema, la negación de su propio origen.

Y yo, con mi prestigio e influencia espiritual, me convertí en el mayor obstáculo en su camino.

No se atrevieron a enfrentarme directamente, por lo que eligieron un método más sutil y cruel. Comenzaron una campaña encubierta para derrocar me, no con violencia, sino debilitándome desde dentro.

Empecé a sentir que mi salud decaía de forma extraña. Mi mente ya no estaba tan lúcida como antes, mi cuerpo estaba a menudo cansado y mi capacidad de concentración también disminuía. Al presidir las ceremonias, sentía que mi conexión espiritual se debilitaba notablemente; las oraciones parecían ya no tener la misma fuerza que antes. Al principio, pensé que era solo por la edad, o por el "karma colectivo" de toda la Atlántida en decadencia que me afectaba. No sospeché en absoluto que hubiera una conspiración dirigida contra mí.

Mucho más tarde, en los últimos momentos de mi vida, comencé a darme cuenta vagamente. La facción de Magnus, con su conocimiento de la energía y de compuestos especiales, me había estado "envenenando" en secreto. Quizás fue cambiando el entorno energético

de mi estudio con dispositivos que emitían frecuencias perturbadoras. Quizás fue a través de las cosas que comía y bebía a diario. No eran venenos mortales, sino compuestos que disminuían gradualmente la lucidez mental y la vitalidad física.

Cuando mis signos de debilidad se hicieron más evidentes —a veces hablaba de forma menos coherente, otras veces olvidaba asuntos importantes—, la facción de Magnus comenzó a actuar. Difundieron rumores entre la élite, susurrándose unos a otros que el Sumo Sacerdote Lygus "ya no gozaba del favor del Cielo", que yo "había perdido mi conexión espiritual" y que "ya no tenía la lucidez suficiente para guiar el espíritu de la Atlántida". Crearon hábilmente situaciones que me hacían parecer impotente o que me llevaban a tomar decisiones equivocadas en las reuniones del Consejo.

Mi prestigio se fue erosionando gradualmente. Las personas que una vez me respetaron comenzaron a mirarme con recelo. Mis propuestas en el Consejo ya no tenían suficiente peso; eran fácilmente ignoradas o rechazadas. Mi salud se deterioraba cada vez más. Ocasionalmente, tenía síntomas similares a los de un derrame cerebral leve, con cierta dificultad para hablar y movimientos más lentos.

Finalmente, cuando vieron que el momento era oportuno, la facción pragmática propuso oficialmente en el Consejo

que yo debería "descansar" por motivos de salud, para "preservar el honor" de un Sumo Sacerdote que había hecho muchas contribuciones. La decisión se aprobó fácilmente, entre lamentos fingidos y la indiferencia de una mayoría que había sido influenciada. Fui obligado a abandonar mi puesto, quedando en realidad bajo arresto domiciliario en mi propia mansión, sin ningún poder.

Pero ese no fue el golpe más doloroso.

El golpe mortal, lo que realmente me destruyó desde dentro, vino de la persona a la que más amaba y en la que más confiaba.

Tenía un único hijo, llamado **Elara**. Él era mi esperanza, la persona en la que había puesto todo mi amor y dedicación en su educación, esperando que un día continuara mi camino espiritual. Pero era demasiado joven, y quizás el mundo exterior tenía demasiadas tentaciones.

Desde que yo todavía estaba en mi puesto pero ya mostraba signos de debilidad, la facción de Magnus había comenzado a acercarse a Elara. Lo invitaban a reuniones de la élite, a fiestas lujosas con comidas y bebidas exóticas, a formas de entretenimiento con luces y sonidos que podían estimular todos los sentidos. Le mostraron un mundo de poder y placer que nunca había conocido. Bajo el pretexto de la "libertad", comenzaron a

surgir locales de ocio disoluto en los barrios ricos. Allí, la gente usaba tecnologías energéticas para crear ilusiones, sonidos estimulantes e incluso sustancias adictivas que hacían olvidar la realidad. A través de los sirvientes que aún me eran leales, supe con dolor que Elara, mi hijo, había visitado esos lugares no solo una o dos veces. Se estaba deslizando por el camino que yo más temía.

Y entonces, le presentaron a una hermosa mujer llamada **Lyra**. Era de una belleza aguda, inteligente y siempre sabía decir lo que Elara quería oír. Admiraba el talento de Elara, simpatizaba con su "sofoco" y le pintaba un futuro en el que podría convertirse en una figura importante en el nuevo orden. Elara, un joven sin experiencia, se sumergió rápidamente en la embriaguez del amor y la fama.

Cuando fui depuesto oficialmente, Elara, con el "apoyo" de Lyra y la facción de Magnus, recibió un puesto en el Consejo de Ciencia y Técnica. Era un cargo con nombre pero sin poder real, sin autoridad para decidir sobre asuntos importantes, pero que le permitía aparecer en lugares elegantes y ser aclamado por la gente. Elara apoyó públicamente a la facción de Magnus, e incluso criticó veladamente las opiniones "anticuadas" de su padre. Escuché esas palabras a través de los sirvientes, y mi corazón se sintió como si alguien lo estuviera estrujando.

Fue la propia Lyra quien me traía a menudo "tónicos" de los maestros de la energía. Le decía a Elara que me ayudarían a calmarme y a recuperar la salud. Y Elara, en su inocencia y su deseo de demostrar que era un hijo filial de una manera diferente, me los traía personalmente. No sabía que esas cosas, esos téis de hierbas y esos pequeños cristales de energía, eran precisamente lo que estaba destruyendo lentamente mi mente y mi salud. Cada vez que lo veía traer la "medicina", mi corazón se retorció de dolor. No me atrevía a revelar la verdad porque sabía que lo devastaría, pero guardar silencio era como beber veneno yo mismo.

El período en que Elara fue "valorado" duró unos pocos años. Fueron años en los que vivió en una ilusión de poder. Pero yo todavía podía sentir la inquietud y el vacío en su alma cada vez que venía a visitarme. Evitaba mirarme directamente a los ojos, hablaba de historias vacías sobre el "desarrollo" de la Atlántida y se marchaba apresuradamente.

Y entonces, sucedió lo inevitable. Cuando mi prestigio se había desvanecido por completo, cuando yo era solo un anciano enfermo que vivía precariamente, Elara también dejó de ser útil. La facción de Magnus comenzó a excluirlo de las reuniones importantes. Argumentaban que "su experiencia aún es inmadura", que "este puesto requiere a alguien con una visión más estratégica". Lyra

también se volvió gradualmente distante y finalmente lo abandonó por otra figura de poder.

Elara fue expulsado del puesto del que una vez estuvo orgulloso, de una manera humillante y cruel. Perdió tanto la fama como el amor. En una noche de lluvia, vino a mí, se arrodilló y lloró amargamente. Fue entonces cuando despertó, cuando se dio cuenta de que solo había sido un peón en el juego de otros. Miré al hijo derrumbado frente a mí, mi corazón dividido entre la ira, la compasión y la pena por una inocencia que había pagado un precio demasiado alto. No dije nada, solo levanté mi mano temblorosa para acariciar su cabeza. Su tragedia era también mi tragedia, y también la tragedia de toda una generación de atlantes que habían sido engañados por promesas deslumbrantes.

Mientras tanto, yo y los demás Sumos Sacerdotes que aún manteníamos la fe, no nos quedamos de brazos cruzados esperando la muerte. Nos dimos cuenta de que nuestras advertencias ya no surtían efecto. El "barco" de la Atlántida había cambiado de rumbo y se dirigía hacia un mar de tormentas. En reuniones secretas, disfrazadas de sesiones de oración, discutimos un plan final. Ya no teníamos la esperanza de salvar a una sociedad que le había dado la espalda a lo divino, sino que solo esperábamos poder preservar las mejores semillas para el futuro.

Comenzamos a planificar en secreto los preparativos para una evacuación. El plan incluía la construcción de naves gigantescas, utilizando las tecnologías más avanzadas que aún poseíamos, para que pudieran cruzar océanos embravecidos y resistir las catástrofes que presentíamos que se avecinaban. Era una tarea inmensa que debía llevarse a cabo en el más absoluto secreto, porque si la facción de Magnus lo descubría, seguramente la sabotearían. En cuanto a mí, debido a mi confinamiento y a mi debilitada salud, solo podía contribuir con consejos y oraciones.

Tras la caída de Elara, me retiré aún más en mi mansión, pero no podía ignorar los terribles cambios que ocurrían fuera. El proceso de erosión moral iniciado por la facción de Magnus se había extendido como una epidemia, carcomiendo el alma de la Atlántida desde la raíz. Lo vi en la degeneración del arte.

(El niño River se detuvo, mirándome directamente a mí, Casey, y su mirada se volvió extrañamente aguda.)

¿Sabe una cosa? Esto me hace pensar en nuestra época actual. Cuando recuerdo las extrañas pinturas abstractas de la Atlántida, me vienen a la mente las obras de Picasso o Van Gogh que la gente de hoy elogia, pagando cientos de millones de dólares por formas distorsionadas y caóticas. Incluso leí en el periódico sobre una "obra de arte" que era simplemente un plátano real pegado a una

pared con cinta adhesiva, y que también se vendió por un millón de dólares. Los atlantes de esa época eran iguales. Elogiaban cosas absurdas e ilógicas, y lo consideraban "creatividad". Algunos pintores fueron aún más lejos, llegando a pintar imágenes demoníacas y escenas espeluznantes. Lo llamaban el arte del "yo libre", pero yo solo veía en ello una energía extremadamente negativa, una burla hacia lo sagrado.

(El niño me miró seriamente, como si quisiera compartir un secreto importante.)

¿Sabe una cosa? Esas cosas no son solo pinturas. Llevan consigo la energía de quien las creó. Si una persona entra hoy en una galería de arte 'moderno' o 'abstracto', y al mirar esas pinturas, siente que son realmente muy hermosas, muy atractivas, e incluso percibe su valor de cientos de millones de dólares, eso es muy peligroso. Significa que la frecuencia de su alma está en sintonía con esas pinturas, es decir, está en sintonía con la energía caótica, mutada e incluso demoníaca que hay detrás de ellas. Y cuando una persona ha simpatizado con lo demoníaco, entonces, en el juicio final del universo, también será considerada parte de ello, y se enfrentará a ser eliminada por los Dioses.

Por el contrario, si esa misma persona entra, pero al mirar las pinturas, siente que no entiende nada, e incluso se siente incómoda, mareada, con dolor de cabeza, o

tiene una clara percepción de que 'estas cosas son extrañas', eso es una buena señal. Demuestra que su alma aún conserva su pureza, que todavía está conectada con los estándares primordiales del bien y del mal que los Dioses establecieron para la humanidad. Y es esa pureza la que será el boleto para tener la esperanza de recibir la protección de los Dioses y Budas cuando llegue la calamidad.

(La voz del niño volvió al flujo de sus recuerdos de la Atlántida.)

La música tampoco escapó de esa espiral. Eso también es muy parecido a ahora, ¿no cree? Cuando tantos jóvenes admiran con fervor a grupos de cantantes vestidos de forma extraña, que gritan letras sin sentido en el escenario. Los atlantes de esa época eran iguales. Las melodías melodiosas y nobles, las danzas tradicionales y elegantes fueron siendo cada vez más desplazadas. En su lugar, los locales de ocio se llenaron de una música de ritmo fuerte, trepidante, ensordecedor. Ya no bailaban danzas hermosas, sino danzas con movimientos extraños y sugerentes. Decían que era una forma de "liberar energía", pero yo veía que solo estaba agitando los deseos más bajos del ser humano.

Ambas épocas, la de Lygus y la nuestra, están recorriendo un camino muy similar. Es el camino en el que la cultura genuina inspirada por lo divino es

desechada, dando paso a cosas mutadas y feas controladas y dirigidas por demonios desde las sombras. Su propósito es solo uno: hacer que la gente se aleje cada vez más de los estándares morales que los Dioses han establecido, haciendo que la gente ya no pueda distinguir lo verdadero de lo falso, el bien del mal, lo bueno de lo malo. Y cuando la humanidad haya perdido por completo su conexión con lo divino, la calamidad llegará muy rápido.

(River suspiró, como si llevara sobre sus hombros la tristeza de ambas épocas, y luego continuó con la historia inconclusa.)

Y así, sobre la base de una sociedad tan podrida en su cultura y moral, la facción materialista de la Atlántida hizo realidad su más oscura ambición.

Crearon un tipo de arma de mano, con el eufemístico nombre de "Báculo de Luz Divina", pero nosotros, los sacerdotes restantes, la llamábamos por su verdadero nombre: "Báculo de la Destrucción". Tenía la forma de un bastón corto, con un cristal especial engarzado. Cuando se apuntaba a un objetivo y se activaba, emitía un rayo de energía capaz de romper los enlaces moleculares, haciendo que el objetivo se desintegrara en polvo casi al instante, sin dejar rastro.

La producción de esta arma era extremadamente costosa y requería los cristales más raros. Por lo tanto, no era un

arma común, sino un artículo de superlujo. Su precio era equivalente a poseer una isla privada entera de los superricos de hoy en día. Aun así, la facción materialista continuó produciéndolas y vendiéndolas por sus enormes beneficios, convirtiéndolas en un símbolo de poder absoluto y riqueza. Quien tuviera suficiente dinero —generalmente la élite depravada o las grandes organizaciones criminales— podía poseer la capacidad de aniquilar a otros. Esto sembró un terror silencioso. La ley se volvió inútil, y el valor de la vida fue despreciado al extremo.

Yo y los demás sacerdotes genuinos mirábamos esos "Báculos de la Destrucción" con horror y pena. Para nosotros, no eran un símbolo de poder, sino una señal de la máxima decadencia. La mano de un cultivador está para sostener, no para destruir.

(La voz del niño River pareció quebrarse, estaba reviviendo la emoción de Lygus en ese momento.)

Mi alma en la vida de Lygus sintió claramente la impotencia y el dolor de ver los valores que había protegido toda mi vida ser pisoteados, y se sintió aún más destrozada al saber que mi propio hijo amado estaba, sin saberlo, ayudando a los malvados. Mi cuerpo se debilitaba día a día, mi mente ya no estaba clara, y solo podía ver a la Atlántida deslizarse por el camino del que tanto había intentado advertir. Crearon armas terribles

que podían convertir a una persona en polvo en un abrir y cerrar de ojos. Pero esa arma no estaba al alcance de todos; era tan rara y cara como una fortuna entera. Por eso, cuando alguien desaparecía de repente sin dejar rastro, todos entendían tácitamente que quien estaba detrás debía ser una fuerza intocable. Era un miedo generalizado, una impotencia al saber que había quienes podían borrarle en cualquier momento solo porque tenían suficiente dinero para comprar ese poder.

No fue una muerte en el campo de batalla, sino una lenta decadencia de toda una civilización, que comenzó con la podredumbre moral, con la traición de los seres más queridos. Y lo aterrador es que mucha gente lo aclamaba como "desarrollo", como "libertad".

Aunque Lygus fracasó en detener el declive de la Atlántida en su tiempo, sus esfuerzos y su firmeza no fueron en vano. Sembró una semilla, una advertencia para quienes pudieran escuchar, aunque fuera en vidas posteriores. Y mi alma aprendió que el colapso de una civilización no siempre es ruidoso, con espadas y fuego. A veces, comienza cuando la gente abandona los estándares morales, persigue los deseos y la libertad sin restricciones, se considera a sí misma el centro y niega a los Dioses y Budas.

A lo largo de dos o tres generaciones después de la época de Lygus, la sociedad atlante se depravó cada vez más;

los males que antes eran casos aislados se volvieron comunes. La gente perdió su conexión con lo divino, creyendo solo en una ciencia y tecnología egoístas y en las armas de destrucción que ellos mismos habían creado. Fue esta podredumbre interna, la acumulación del inmenso karma a lo largo de muchas generaciones en las que la gente ofendió a lo divino y perdió su propia gracia, la causa profunda que condujo a la gran catástrofe que más tarde hundiría todo el continente. Las políticas egoístas, el desarrollo de armas energéticas cada vez más terribles y el abuso de las tecnologías de control de la naturaleza por parte de la facción pragmática y sus descendientes, basados en un fundamento moral completamente derrumbado, finalmente llevaron a la Atlántida al abismo. Ese fue el precio a pagar por la arrogancia y por darle la espalda a lo divino.

* * *

CAPÍTULO 8: EL ESPÍRITU PRIMORDIAL SECUNDARIO DE NAPOLEÓN

(Esta vez, River no miraba a lo lejos como las veces anteriores. El niño me miró directamente a mí, Casey, con una extraña complejidad en sus ojos, como si estuviera contando algo muy cercano, muy personal, pero también inmensamente ajeno. Su voz era más grave y lenta.)

Hay vidas en las que mi alma existe como un ser independiente. Pero hubo una vida en la que mi existencia estuvo ligada a otro destino, un destino que sacudió al mundo entero. No fui una persona, sino parte de una persona. Fui un espíritu primordial secundario que acompañó a Napoleón Bonaparte.

(Nota del transcriptor – Casey Vale: Sobre el concepto de “espíritu primordial secundario” que menciona River, se refiere a la situación en la que un ser humano no solo tiene una única alma, sino que múltiples almas residen en un mismo cuerpo. Entre ellas, un alma que actúa como principal se llama “espíritu primordial principal”, mientras que las otras almas se llaman “espíritus primordiales secundarios”. Son conciencias independientes, porciones de alma separadas. El espíritu primordial secundario puede observar, sentir e incluso intentar hacer sugerencias, pero no tiene el poder de decisión final. Ese poder pertenece al espíritu primordial principal. En muchos casos, el espíritu primordial principal ni siquiera es

consciente de la existencia de estos espíritus primordiales secundarios. River dice que, en esa vida, él fue una de esas conciencias acompañantes.)

No es que yo fuera Napoleón, ¿entiende? Sino que una parte de mi conciencia fue dispuesta para acompañarlo, como una sombra de su alma, para ser testigo, para reflexionar y, quizás, para tratar de equilibrar el karma y las elecciones de un alma llena de ambición, pero también llena de tragedia.

Esta vida mía fue aún más especial. No fui el único espíritu primordial secundario. En el reino sutil de su alma, además del poderoso espíritu primordial principal, estábamos yo y otros espíritus primordiales secundarios. Éramos como observadores silenciosos, y teníamos corrientes de conciencia separadas pero unidas a un gran destino. Cada uno de nosotros tenía sus propias percepciones y esfuerzos para influir a su manera, pero al final, todos fuimos impotentes ante el torrente de la ambición y, como me di cuenta más tarde, también ante las manipulaciones externas.

Desde que Napoleón era joven, ya sentía su fuerte energía, su extraordinaria voluntad y alguna "misión" que lo impulsaba. Pero entonces, ocurrió un evento aterrador que lo cambió todo.

Fue alrededor de julio de 1794. En ese momento, Napoleón tenía unos 25 años y era un joven oficial de artillería que ya había demostrado un talento excepcional. Una noche, mientras estaba solo en su tienda de campaña o en alguna otra circunstancia solitaria, de repente sentí una fuerte "intrusión" desde el exterior. Una corriente de energía extraña, fría y completamente no humana envolvió la conciencia de Napoleón, haciéndolo caer en un coma profundo.

En ese instante, sentí claramente la presencia de seres no humanos: extraterrestres. No tenían una forma clara en mi conciencia, solo una noción de la existencia de una forma de alta tecnología, sin emociones. No solo el espíritu primordial principal de Napoleón fue suprimido, sino que yo y los otros espíritus primordiales secundarios también sentimos una presión invisible. Mi capacidad de percepción fue como cubierta por una densa capa de niebla; aunque no estaba completamente aturdido como el espíritu primordial principal, tampoco podía ver ni comprender todos los detalles del evento.

Aun así, a través de lo que pude percibir de forma intermitente, supe que se habían llevado a Napoleón, posiblemente a una de sus naves. Y fue en ese breve período, mientras nuestras conciencias estaban parcialmente inhibidas, que le implantaron un microchip en el cerebro. Todo el proceso fue rápido, preciso y frío como una operación quirúrgica.

Cuando Napoleón despertó, solo se sintió un poco mareado, su mente un poco aturdida. Podría habérselo explicado a sí mismo como cansancio después de días de estrés o una fiebre ligera y pasajera. El recuerdo de ese evento fue deliberadamente alterado. Pero yo, como espíritu primordial secundario, a pesar de experimentar ese "aturdimiento", todavía recordaba vagamente la naturaleza de ese aterrador evento.

Inmediatamente después, comencé a sentir la existencia de un "objeto extraño" en el cerebro de Napoleón. No controlaba directamente sus pensamientos, pero actuaba como un catalizador extremadamente poderoso. Amplificaba lo que ya existía en él: la ambición, el orgullo, la desconfianza. Al mismo tiempo, silenciaba las voces más débiles: la compasión, la vacilación, la conciencia. La verdadera tragedia radicaba en que el espíritu primordial principal de Napoleón, al no ser un cultivador y no ser consciente de los asuntos espirituales, siguió por completo esa amplificación. Le gustaba la sensación de decisión fría, la alta concentración en el objetivo que le proporcionaba el chip. Él lo eligió.

Precisamente por no ser un cultivador, Napoleón no podía reconocer el conflicto interno. No sabía que había momentos en los que yo y otra porción de alma intentábamos sembrar en él un pensamiento benévolo, mientras que otra porción de alma, excitada por el chip, se deleitaba con planes audaces. Todas esas batallas

internas, para él, probablemente solo se manifestaban externamente como las deliberaciones y cálculos estratégicos de un líder.

Su carrera militar comenzó a florecer brillantemente en la campaña de Italia. Fui testigo de cómo trazaba planes militares que ningún general parecía poder concebir. La agudeza y la lógica extraordinaria de su pensamiento me asombraron. Pero venía acompañada de una frialdad aterradora. Las vidas de miles de soldados, para él, parecían ser solo números en un mapa estratégico, herramientas necesarias para lograr la victoria.

Luego vino la campaña de Egipto en 1798. Sentí un fuerte impulso, casi instintivo, que lo atraía a esa tierra antigua. No solo por razones estratégicas, sino también por una curiosidad, una extraña pasión por explorar las ruinas, las grandes Pirámides. Paseaba al pie de ellas, su mirada llena de pensamientos, como si intentara recordar algo olvidado hace mucho tiempo. Pero al no ser un cultivador, no podía explicar esa conexión invisible. Simplemente lo consideró la admiración de un conquistador por una gran civilización del pasado.

Al regresar de Egipto con una fama ilustre, su ambición creció aún más. En el golpe de estado del 18 de Brumario, fui testigo de su determinación, audacia e incluso de la temeridad extrema con la que tomó el poder. Sentí que el chip en su cerebro parecía funcionar con más fuerza,

amplificando su confianza hasta un nivel extremo, haciéndole creer que había nacido para gobernar.

Y entonces, la cúspide de la arrogancia llegó el día de su coronación como Emperador en 1804. En la Catedral de Notre Dame de París, ante la presencia del Papa Pío VII, que tuvo que viajar desde Roma, Napoleón no permitió que el Papa le pusiera la corona en la cabeza. Él mismo la tomó y se la colocó. En ese momento, sentí la satisfacción suprema del espíritu primordial principal y la "alegría" del chip. No fue solo un acto político, sino una declaración al mundo entero: "He ganado este poder con mi propio talento. Esta gloria me pertenece".

Después de la coronación, el poder de Napoleón parecía absoluto. Pero el poder absoluto también conlleva una desconfianza absoluta. Y el chip no perdió la oportunidad de amplificar ese miedo. Esto se manifestó más claramente en la ejecución del Duque de Enghien poco después. Cuando se extendieron los rumores de un complot monárquico, Napoleón sospechó inmediatamente de este duque, aunque no había pruebas claras.

Cuando la decisión de secuestrar y juzgar al duque se estaba formando, intenté por todos los medios disuadirlo. Sembré en su mente dudas sobre la veracidad de la información, imágenes de un juicio justo, y evoqué el temor al juicio de la historia si se condenaba

injustamente a un miembro de la realeza. Pero todo fue en vano. La ira, el miedo al asesinato y, sobre todo, sentí una fuerte "activación" del microchip, que lo impulsaba a "actuar con absoluta decisión", a "sofocar la amenaza de raíz" para dar ejemplo. La decisión se tomó con frialdad. El juicio fue rápido y el duque fue fusilado. Después de recibir la noticia, sentí una "quietud" espeluznante por parte del chip, como si estuviera satisfecho de haber eliminado un "obstáculo" y de haber consolidado el poder de su anfitrión mediante el miedo.

Después de eliminar las amenazas internas con mano de hierro, Napoleón se volvió hacia el exterior. Las gloriosas victorias en Austerlitz, en Jena... hicieron que toda Europa se sometiera y le hicieron creer que era verdaderamente invencible. Pero yo, en su interior, sentía una tristeza y una impotencia crecientes. Se embriagaba cada vez más con el poder, considerando la vida humana cada vez más a la ligera. Mis esfuerzos por disuadirlo eran cada vez más débiles, ahogados por los gritos de victoria y la autocomplacencia constantemente amplificadas por el chip.

Y fue esa confianza ciega la que condujo al primer error estratégico fatal: la invasión de España en 1807. Derrocó a la dinastía de allí y colocó a su hermano en el trono, creyendo que todo saldría tan bien como en otros países.

Cuando este plan comenzó a gestarse, intenté advertirle. Le transmití imágenes de un pueblo orgulloso y devoto que nunca aceptaría a un rey extranjero. Le mostré las escarpadas montañas, los campesinos con armas rudimentarias pero con miradas llenas de odio: una guerra popular que ningún ejército regular podría ganar por completo. Pero Napoleón, en la cima de su arrogancia, lo descartó todo. Consideró esas premoniciones como cobardía. El chip lo impulsó de nuevo, convencándolo de que la familia Bonaparte merecía gobernar toda Europa. No previó que esa decisión desencadenaría una sangrienta guerra de guerrillas, una "úlceras española" que desangraría su imperio sin cesar durante muchos años, costando innumerables vidas y recursos.

Esa "úlceras española" desangró el imperio sin cesar. Pero en lugar de aprender la lección sobre los límites del poder militar, la arrogancia de Napoleón, animada por el chip, lo impulsó a buscar una victoria aún mayor para reafirmar su autoridad absoluta. Y fue entonces cuando miró hacia Rusia.

(El relato del espíritu primordial secundario continúa, con un tono más pesado.)

La mayor tragedia, el evento que marcó el comienzo del colapso de todo un imperio, fue la decisión de invadir Rusia en 1812.

Cuando ese plan comenzó a gestarse en la mente de Napoleón, sentí una terrible inquietud. Toda mi conciencia recta, y quizás también la de esa débil porción de alma compasiva, clamaba por disuadirlo. En sus sueños inquietos, intenté crear las visiones más realistas posibles: interminables campos de nieve blanca, ejércitos hambrientos y helados acurrucados en ventiscas, y sangre roja y oscura sobre la nieve blanca. Intenté hacerle sentir la inmensidad desesperante de Rusia, la resistencia extrema de su gente y el frío que podía congelar la propia voluntad.

Pero todo fue en vano. Su arrogancia en ese momento había llegado a su punto máximo. Creía que nada era imposible para su Grande Armée. Y el chip, sentí que funcionaba más fuerte que nunca; impulsaba incesantemente una "gran audacia", sembraba en su mente imágenes de una gloriosa victoria final que pondría a toda Europa a sus pies. Toda disuasión, ya fuera de sus mariscales en la vida real o de voces silenciosas internas como la mía, fue descartada por él como cobardía y pesimismo.

Y entonces, el desastre ocurrió tal como lo había previsto. Su poderoso ejército fue devorado por el invierno ruso y la valentía de su gente. Tuve que presenciar a través de sus ojos la escena de los leales soldados muriendo congelados en la retirada, la escena de los caballos cayendo por agotamiento y la desesperación extrema en

los rostros de los supervivientes. Era un infierno en la tierra. E incluso entonces, su arrogancia no le permitió admitir completamente su error.

El colapso posterior se produjo como una consecuencia inevitable. La derrota en Rusia sacudió los cimientos de su imperio hasta la médula. Las naciones subyugadas comenzaron a rebelarse, los antiguos enemigos se reagruparon. Aunque todavía obtuvo algunas victorias brillantes después, todo fue solo un último esfuerzo para salvar un barco que ya se estaba hundiendo.

Finalmente, fracasó y fue exiliado a la isla de Elba. Durante este período, cuando el poder y la gloria se habían perdido, sentí que la actividad del microchip disminuía considerablemente. Quizás esa fuerza externa consideró que el "experimento Napoleón" había llegado a su fin y ya no tenía valor intervenir.

El "silencio" del chip creó un espacio poco común. Las reflexiones de Napoleón durante esos días se volvieron más "claras" y genuinas. Sin la fuerte perturbación, nuestras voces de la conciencia podían conectar más fácilmente con él. Comenzó a enfrentarse realmente a sí mismo, a reflexionar sobre los errores, sobre las decisiones que lo habían llevado a esa situación.

Pero entonces, un último rayo de esperanza de la ambición volvió a brillar. Escapó de Elba y regresó a

Francia para unos cien días gloriosos pero breves. Sentí que el chip "despertaba" de nuevo, y la máquina de guerra se puso en marcha una vez más. Pero fue solo la última luz de una vela a punto de extinguirse. La batalla de Waterloo puso fin a todo.

El segundo exilio a Santa Elena, una isla desolada en medio del océano, fue verdaderamente el final de su vida. Allí, en la más absoluta soledad, sin campos de batalla, sin ejércitos, sin aclamaciones, el chip se silenció casi por completo. Se había convertido en un objeto inerte.

Fue entonces cuando realmente pude "hablar" con su espíritu primordial principal. No con palabras, sino a través de profundas corrientes de pensamiento. Juntos, repasamos toda una vida de turbulencias. Comenzó a tener pensamientos vagos sobre el destino, sobre las fuerzas invisibles que parecían haber guiado su vida, aunque no pudiera nombrarlas. Se arrepintió, se atormentó. Lo había tenido todo, pero al final lo perdió todo.

El día que murió, presencié cómo su alma abandonaba su cuerpo. Cansada, pesadamente cargada de karma, pero también con una cierta serenidad por haber sido finalmente liberado de las ambiciones, los conflictos y las cadenas de un cuerpo agotado. Al mismo tiempo, también sentí la separación de mí mismo y de los demás espíritus primordiales secundarios restantes. Nuestra

misión de acompañamiento había terminado. La vida como la sombra de un gran hombre trágico había llegado a su fin.

(River se detuvo, terminando la historia de su vida como espíritu primordial secundario. Dejó escapar un largo suspiro, luego levantó la vista hacia mí; sus ojos habían vuelto a la claridad de un niño de diez años, pero contenían una sabiduría que superaba con creces su edad.)

Esa fue la historia que mi espíritu primordial secundario experimentó. Pero cuando me cultivé y miré hacia atrás con mi tianmu, vi cosas que ni siquiera el espíritu primordial secundario de entonces sabía.

El espíritu primordial principal de Napoleón, en una vida muy, muy lejana, fue el cuarto Sumo Sacerdote del Reino del Cielo Medio, la civilización de gigantes que construyó las Pirámides. Quizás fue esta relación predestinada la que lo impulsó, inconscientemente, a emprender una expedición a Egipto.

Y esa campaña tenía una misión oculta. En un raro sueño mientras estaba en Egipto, fue iluminado por un Dios. El Dios le dijo que un sacerdote malvado de una civilización posterior había puesto un hechizo en el entrecejo de la Esfinge, bloqueando la energía protectora del Dios Marcial. Siguiendo las instrucciones del Dios, Napoleón ordenó a su artillería que disparara a ese

punto exacto, rompiendo con éxito el hechizo. Sin saberlo, había cumplido una misión sagrada.

La verdadera voluntad del Cielo en las conquistas de Napoleón, según lo que vi, era romper el viejo y podrido orden feudal de Europa y, en el proceso, preservar muchos legados culturales espirituales de la destrucción. Ejecutó el plan de los Dioses correctamente. Pero su tragedia radicaba en que, debido a que el chip amplificó su orgullo, se atribuyó todo el mérito. Creía que todas las hazañas militares se debían a su propio talento, y no a un arreglo o gracia divinos. Fue esa mentalidad egocéntrica y arrogante la que le hizo crear un karma inmenso, y finalmente tuvo que soportar un final trágico.

Y lo que realmente me conmocionó, Casey, fue que cuando comencé a cultivar Dafa y a abrir una porción de mi sabiduría, gradualmente me di cuenta de que todos nosotros —el espíritu primordial principal de Napoleón y los espíritus primordiales secundarios— habíamos reencarnado como personas que viven en esta misma era. Yo estoy aquí, un niño estadounidense contándote esta historia. En cuanto a los otros tres, siento que están en diferentes países de la Tierra.

Sé exactamente quiénes son en esta vida, pero no estoy seguro de si recuerdan algo de ese pasado glorioso pero también lleno de pecados. Pero creo que el hecho de que todos aparezcamos juntos durante el período de la

difusión de Dafa no es una coincidencia. Quizás, esta es la oportunidad para que todos nosotros purifiquemos verdaderamente el karma que hemos sembrado, para redescubrir nuestro verdadero ser y para elegir un camino completamente diferente: el camino de regreso a Verdad-Benevolencia-Tolerancia.

* * *

CAPÍTULO 9: TESTIGO DEL POLVO

(River dejó escapar un suave suspiro, con la mirada fija en un punto indefinido de la pared de enfrente. Parecía que con cada historia tuviera que revestirse de una capa del polvo del tiempo,

y esta vez, ese polvo llevaba un tono carmesí de desolación y una tristeza que se extendía a lo largo de millones de años.)

El Ocaso de un Mundo Dorado

En una vida, no estuve en la Tierra como la conocen hoy. Fue en otro ciclo de civilización, hace unos 40 millones de años. En aquel entonces, yo era una mujer de casi 30 años, una artesana de cerámica tradicional. Mi nombre, si se pronunciara en un idioma moderno, sonaría parecido a Aria. Nuestro lenguaje de aquella época también era muy diferente; se basaba más en frecuencias sonoras y resonancia que en caracteres escritos.

Mi mundo de entonces, visto desde fuera, era la cúspide del desarrollo. Las ciudades estaban construidas con aleaciones relucientes que reflejaban la luz del sol, creando estelas de arcoíris móviles. Naves aéreas silenciosas se deslizaban suavemente entre los rascacielos. La humanidad ya había logrado viajar fuera del sistema solar con facilidad. Pero detrás de esa fachada glamurosa se escondía un vacío aterrador. El ambiente social era frío e insensible. La gente estaba inmersa en el materialismo y los placeres creados por la tecnología, alejándose cada vez más de la naturaleza y los valores espirituales.

Yo, Aria, vivía como un oasis en medio de ese mundo. Mi taller de cerámica se encontraba en un barrio antiguo, donde todavía se conservaban los edificios de piedra. Cada día, encontraba alegría y paz mientras mis manos se manchaban de arcilla. Podía sentir el alma en cada fibra de la arcilla, podía escuchar sus historias mientras el agua y el fuego se entrelazaban. Pero el mundo exterior ya no valoraba eso. Preferían los productos "perfectos" fabricados en serie por máquinas, industrialmente bellos pero completamente desalmados. Las ventas del taller disminuían día a día, y solo podía trabajar para unas pocas almas nostálgicas que aún acudían a mí para encargarse de piezas con la calidez del toque humano. Muchas veces, en la quietud de mi taller, me sentía perdida y llena de dudas, preguntándome si el camino que seguía tenía todavía algún sentido.

Y entonces, un día, nuestro mundo entero se estremeció.

Un anuncio de emergencia del Consejo Inter-Naciones fue transmitido por todo el planeta. Era una organización que reunía a representantes de casi 50 naciones de la Tierra de entonces, con el papel de coordinar los asuntos globales, de forma similar a las Naciones Unidas de hoy. La voz fría e insensible del Presidente del Consejo resonó desde todas las pantallas, informando de un "incidente diplomático" en un sistema estelar lejano.

Pero la verdad no pudo ocultarse por mucho tiempo. La información comenzó a filtrarse por canales no oficiales, extendiéndose como una ola de pánico. No era un "incidente". Era un ataque catastrófico. Una ambiciosa flota de búsqueda de recursos de la Tierra, un proyecto aprobado por el propio Consejo Inter-Naciones, había invadido el territorio de otra raza y había sido completamente aniquilada. Y lo peor de todo, esa raza extraterrestre, con una civilización mucho más avanzada que la nuestra, había declarado que nos perseguiría hasta el final y aniquilaría toda la vida en la Tierra como represalia.

El caos y el pánico se apoderaron de todo. Las naciones miembros del Consejo comenzaron a culparse mutuamente. Los líderes materialistas, que siempre se habían enorgullecido y confiado ciegamente en el poder de su tecnología, se enfrentaban ahora por primera vez a una impotencia absoluta.

Tras muchas reuniones tensas y llenas de disputas, el Consejo Inter-Naciones anunció un plan final, un plan desesperado llamado "Preservación de la Semilla". Seleccionarían a individuos sobresalientes de diversos campos de las naciones miembros para que abordaran naves estelares colosales y evacuaran a bases secretas en otros planetas del sistema solar, con la esperanza de preservar la raza humana en el peor de los casos.

Me quedé absolutamente sorprendida cuando recibí la notificación de que había sido elegida. La razón que dio mi nación, y que el Consejo aprobó, fue que yo era una de las pocas artesanas tradicionales cualificadas que quedaban, una representante del "patrimonio cultural" que debía ser preservado. Qué irónico, el arte que consideraban "obsoleto" y casi olvidado, ahora era visto como un tesoro precioso que debía llevarse en la huida.

El día de la partida, me paré frente a mi taller de cerámica por última vez. El horno aún estaba tibio, algunas piezas inacabadas reposaban en el torno. Tenía que dejarlo todo. Mi vida entera y mi pasión se quedaban allí. Solo se me permitió llevar una pequeña caja de herramientas, las que me habían acompañado desde que aprendí el oficio. Mis lágrimas cayeron, no solo por miedo, sino por el dolor de abandonar lo que había sido mi alma.

El Secreto del Planeta Rojo

El viaje a Marte transcurrió en un silencio tenso. A bordo de la enorme nave estelar, miles de personas permanecían sentadas, inmóviles, sin que nadie dijera una palabra. Miré a mi alrededor y vi a un científico famoso, que solía aparecer en los medios con una

expresión de confianza, ahora con la mirada perdida en el vacío. Vi a una familia adinerada, que siempre alardeaba de su fortuna, ahora abrazándose y sollozando. Todo el orgullo, la fama y el dinero se habían vuelto insignificantes ante la aniquilación inminente. Todos tenían la vista pegada a las ventanas, observando cómo nuestro hermoso planeta azul se hacía cada vez más pequeño, desvaneciéndose hasta convertirse en un simple punto de luz en el vasto universo. Era una sensación de pérdida indescriptible.

Nuestra nave estelar no aterrizó abiertamente en la superficie. Voló hacia un cañón profundo y desolado, y entonces una puerta gigante, perfectamente camuflada como la pared de un acantilado, se abrió lentamente, revelando un túnel que se adentraba en las profundidades de la tierra.

Cuando salimos de la nave, toda la gente corriente como yo se quedó atónita. Ante nosotros había un mundo completamente diferente. Una ciudad subterránea colosal, iluminada por un sol artificial en la altísima bóveda del techo, que emitía una luz suave y tenue. Había frondosos bosques de vegetación y ríos subterráneos de aguas cristalinas que fluían con un suave murmullo. El aire era puro y agradable. Esta base podía sustentar fácilmente a varios millones de personas.

Mientras seguíamos asombrados, noté que los rostros de los científicos y oficiales de nuestro grupo parecían bastante tranquilos. Más tarde supe que conocían la existencia de esta base desde hacía años gracias a las sondas espaciales. Sabían cómo encontrar y abrir su puerta secreta. Por eso Marte había sido elegido como uno de los puntos de evacuación. Pero conocer su existencia era una cosa, y comprenderla, otra muy distinta.

Pronto se dieron cuenta de que esta magnífica estructura no había sido creada por nuestra civilización. Era demasiado antigua, su estilo arquitectónico y su tecnología de funcionamiento eran completamente ajenos. Eran simplemente los descubridores de un legado olvidado, pero no podían descifrarlo.

Los científicos de nuestro grupo nos llevaron al archivo central de la base. Dijeron que habían encontrado este lugar en exploraciones anteriores, pero que habían sido completamente incapaces de acceder a la información. La información aquí no estaba almacenada en ninguna forma de escritura o datos digitales. Estaba sellada dentro de grandes cristales transparentes. Habían intentado todos los métodos tecnológicos para extraer los datos, pero habían fracasado. Finalmente, plantearon la hipótesis de que tal vez requería una interacción espiritual, una conexión de la conciencia.

Y por eso acudieron a mí y a algunas otras almas sensibles, artistas, poetas. Querían "probar suerte". Cuando puse mi mano sobre un gran cristal, de inmediato, un torrente de información, imágenes, sonidos y emociones inundó mi mente como una tormenta. Ya no era Aria. Estaba reviviendo la vida de otra civilización, una que había existido 90 millones de años antes de mi tiempo.

Lo que vi superaba toda imaginación. Su tecnología era muchísimo más avanzada que la de nuestra civilización. Si nosotros apenas estábamos dando los primeros pasos fuera del sistema solar, ellos consideraban toda la Vía Láctea su patio trasero. Vi flotas inmensas de naves estelares, que usaban motores de energía cuántica, capaces de curvar el espacio para viajar de forma casi instantánea. Habían conquistado, gobernado o se habían aliado con dos tercios de los sistemas estelares de toda la Galaxia. Su "imperio interplanetario" no era solo un nombre, sino una entidad poderosa que abarcaba el cosmos.

Pero entonces, esas imágenes gloriosas dieron paso a escenas que me hicieron estremecer de asco. Con un poder sin rival, habían caído en la más absoluta depravación. Me vi de pie en medio de un lujoso gran salón. Nobles genéticamente modificados disfrutaban de una música que podía manipular directamente las emociones. Vi pasar a una mujer hermosa, y el aroma a

rosas de su cuerpo se esparció por el espacio. Pero sus ojos estaban vacíos, sin alma. En otro rincón, una jaula de energía encerraba a un ser de extraña forma de otro planeta, que temblaba de miedo mientras la multitud lo señalaba y se reía. En su conquista de 2/3 de la Galaxia, habían cometido innumerables atrocidades, esclavizando a incontables razas.

Sentí repugnancia, pero también reconocí una aterradora similitud en el núcleo de esa depravación: la arrogancia extrema, el considerarse el centro del universo, y un vacío existencial tan profundo que debía llenarse con placeres depravados. Un imperio tan poderoso, pero su moralidad se había podrido desde dentro.

Y entonces, vi su final. Cuando intentaron conquistar el tercio restante de la Galaxia, se toparon con una fuerza que ni siquiera ellos pudieron resistir: una raza de seres mitad humanos, mitad bestias de la constelación de Capricornio. El colapso fue rápido, total. Un imperio que una vez gobernó el cosmos fue aniquilado en poco tiempo.

El torrente de recuerdos terminó. Caí al suelo, jadeando, con el cuerpo empapado en sudor. Lo había entendido. La historia se estaba repitiendo.

La Historia se Repite y el Despertar

Traté de contarles a todos lo que había presenciado. Cuando terminé la historia, toda la sala de control central se sumió en el silencio. Un silencio aún más aterrador que los gritos. Nadie dudó de mis palabras. Porque la tragedia de una civilización de hace 90 millones de años era un reflejo perfecto de nuestro propio destino.

Y entonces, la historia se repitió de forma despiadada. El sistema de alarma de la base sonó con estruendo. Una flota masiva había entrado en la órbita de la Tierra. En la pantalla principal, nosotros, los supervivientes en Marte, fuimos obligados a presenciar el día del juicio de nuestro planeta natal. Vimos sus aterradoras armas de energía disparar hacia la Tierra. Nuestro hermoso planeta azul se retorció en explosiones silenciosas. En solo unas pocas horas, todo había terminado. La Tierra, de ser una vibrante esfera azul llena de vida, se había convertido en una esfera carbonizada y sombría.

El dolor y la desesperación alcanzaron su punto álgido. Un viejo general que había luchado en mil batallas se desplomó en el suelo. Un científico que antes era el más seguro de sí mismo, ahora se cubría la cabeza y lloraba como un niño. En cuanto a mí, no lloré. Solo sentí un vacío helado, porque ya había "visto" este desenlace a través de los recuerdos de la antigua civilización.

En medio del pánico, se dio la orden: sellar todas las entradas de la base. Nos adentramos aún más en las profundidades de la tierra, preparándonos para lo peor. El aire en la base se volvió sofocante. La comida se racionó estrictamente. El silencio lo envolvía todo, incluso los niños ya no jugaban. Esperamos con miedo. Pasó un día. Luego dos.

Pero entonces, al tercer día, ocurrió algo increíble. La flota enemiga, después de dar unas vueltas más alrededor de Marte, se reagrupó y... se fue. Simplemente desaparecieron en el profundo vacío, como si nuestra existencia no les interesara en absoluto.

La base se sumió en un silencio atónito. Nadie entendía lo que había sucedido. Y en medio de ese silencio, una conciencia colectiva comenzó a extenderse en la mente de cada persona. Habíamos sido protegidos por una fuerza superior. Habíamos sido salvados no por la tecnología, sino por Dioses y Budas.

Este evento milagroso, junto con la historia repetida que yo había presenciado, se convirtió en un despertar impactante para toda la comunidad. Se celebró una asamblea general en el salón más grande de la base. Por primera vez, yo, una simple artesana, me levanté para hablar ante miles de personas. No solo relaté la historia, sino que también expresé mi reflexión sobre la ley de causa y efecto, sobre los peligros de la arrogancia y el

camino materialista. Mis palabras sinceras, junto con la verdad innegable que todos acababan de experimentar, tuvieron un poderoso efecto conmovedor. Los científicos, los líderes, después de experimentar la impotencia más absoluta, admitieron públicamente los errores del camino que nuestra civilización había elegido.

Se tomó una decisión trascendental con el acuerdo de todos: abandonar por completo la dependencia de la tecnología avanzada, volver a los valores tradicionales, vivir una vida sencilla, basada en el trabajo manual, y enfocarse en el desarrollo interior, en reencontrar la conexión con lo Divino.

Y en esa revolución espiritual, yo, Aria, una artesana de cerámica casi olvidada, me convertí de repente en una figura central. Mi arte ya no era algo "obsoleto". Se convirtió, junto con otros oficios tradicionales, en la base para reconstruir una sociedad con alma.

La Misión de la Artesana

Las décadas que pasamos bajo tierra en Marte no fueron fáciles, pero estuvieron llenas de significado. Apagamos la mayoría de las máquinas automáticas, aquellas que nos habían vuelto perezosos y distantes. Empezamos a reaprender desde cero las habilidades más básicas: cómo

cultivar la tierra en los jardines artificiales con nuestras propias manos, cómo tejer telas con las fibras de las plantas, cómo construir y reparar casas con herramientas sencillas.

Mi taller de cerámica se convirtió en el corazón de la comunidad. Cada día, venían muchas personas, no solo para hacer encargos, sino para aprender. Les enseñé a sentir el alma de la arcilla, a usar la paciencia y el amor para transformar un trozo de arcilla inerte en un cuenco, en un jarrón. Vi la alegría brillar en los ojos de un científico galardonado cuando logró modelar con sus propias manos su primera taza, aunque estuviera deforme e imperfecta. Esa alegría era más real que cualquier logro tecnológico que hubiera alcanzado jamás.

Unas cuantas décadas después de la destrucción de la Tierra, nuestros sistemas de observación mostraron que nuestro planeta se estaba curando lentamente. La atmósfera se aclaraba gradualmente, la vegetación comenzaba a revivir en algunos lugares. Un gran debate surgió en la comunidad: ¿debíamos regresar o no? Algunos todavía tenían miedo, creyendo que Marte era el único hogar seguro. Pero la mayoría, incluyéndome a mí, sentíamos que teníamos la responsabilidad de volver, de reconstruir nuestra patria desde las cenizas.

Finalmente, se tomó una decisión. La mitad de la comunidad regresaría a la Tierra. La otra mitad se

quedaría en Marte, manteniendo la base como un plan de respaldo, un recordatorio del pasado. Esta despedida ya no estuvo llena de lágrimas de desesperación, sino de abrazos fuertes, promesas y una esperanza en el futuro.

Al regresar a la Tierra, me convertí en una de las figuras más respetadas, a quien se le confió la dirección de la industria de la cerámica de la nueva civilización. Pero en mi interior, sabía que mi misión ahora era mucho más grande.

Emprendí un gran proyecto, un trabajo silencioso que se extendió por el resto de mi vida. Creé una serie de obras maestras de cerámica, cada pieza, una página viviente de la historia, que contaba el relato que solo yo y unos pocos más recordábamos. Grabé en ellas la imagen de las grandes naves estelares del "imperio interplanetario", escenas de sus lujosos y depravados banquetes. Grabé también la imagen de la feroz raza de Capricornio y la caída de un imperio que una vez gobernó dos tercios de la Galaxia. Y también grabé nuestra propia historia: nuestra arrogancia, nuestro castigo, la evacuación y el despertar en las entrañas de Marte.

Cada pieza era un profundo proceso de meditación, una vez más en la que tenía que revivir todos los recuerdos dolorosos y las lecciones aprendidas a un alto precio. Mis manos amasaban la arcilla, pero mi mente intentaba amasar una advertencia para el futuro.

Una vez terminadas, estas obras no se exhibieron en ningún lugar. Formaron parte de una solemne ceremonia. Las envolvimos en telas especiales, las colocamos en cofres de piedra y las enterramos en diversos lugares remotos de todo el mundo. Antes de cubrirlas con tierra, poníamos juntos las manos sobre el cofre y enviábamos una plegaria: una plegaria para que las gentes de futuras civilizaciones, si el destino les permitía encontrar a estos "testigos", tuvieran la sabiduría y la bondad para comprender el mensaje que queríamos legar, para no repetir los mismos errores que conducen a la destrucción.

En los últimos años de mi vida, ya no hice cerámica. Dediqué todo mi tiempo a la cultivación en la Ley de Buda y a transmitir todas mis habilidades, experiencias y reflexiones a las generaciones de discípulos. Ellos no solo aprendieron un oficio, sino también los principios de cómo ser una buena persona, de la humildad y la reverencia hacia los Dioses y Budas.

El día que fallecí, tenía más de ochenta años. Sabía que mi momento había llegado. Llamé a mis discípulos más cercanos, les di mis últimas instrucciones, que mantuvieran viva la llama del oficio y de la moralidad. Luego me senté en postura de meditación en mi antiguo taller de cerámica, donde todo había comenzado. Entre el aroma de la arcilla y la suave fragancia del incienso, partí de este mundo en paz, de manera similar a como algunos altos lamas tibetanos se marchan sentados en meditación:

un tenue halo dorado envolvió mi cuerpo por un instante, un aroma extraño y puro se extendió por la habitación, y todo mi cuerpo, incluida mi ropa, se transformó en una corriente de luz de cinco colores y ascendió al cielo.

La vida de Aria terminó así. Una vida que comenzó en la duda, que pasó por la pérdida y la desesperación, pero que finalmente encontró su misión y su plenitud al convertirse en una testigo silenciosa de la historia, una sembradora de semillas para el futuro.

* * *

CAPÍTULO 10: REENCARNACIÓN EN LA DINASTÍA TANG

(Esta vez, la voz de River no llevaba la grandiosidad trágica ni la fantasía de las civilizaciones perdidas. Era serena, suave, como el tañido de la campana de un templo en el atardecer. El chico parecía hablar de un viejo amigo, una persona muy corriente pero con una perseverancia extraordinaria.)

Hubo una vida en la que regresé a una época no muy lejana, una edad de oro en la historia de China, donde la Ley de Buda, especialmente la Escuela Chan, floreció esplendorosamente: fue durante la dinastía Tang.

En esa vida, no fui un rey, ni un sacerdote, ni un personaje de gran influencia. Al principio, fui un general militar llamado Chen Kang, sirviendo bajo el mando del Príncipe de Qin, Li Shimin, antes de que ascendiera al trono como Emperador. Mi vida en esa existencia fue un giro radical, del estruendo de las espadas en el campo de batalla a la quietud de un monasterio Chan.

El Soldado en Medio de la Lucha por el Poder

Nací en los últimos años de la dinastía Sui, una época de caos, donde los huesos blanqueaban los campos y el

pueblo sufría. Mis recuerdos de la infancia son de días de hambre, de escenas de saqueo y matanza, de la impotencia de ver caer a mis seres queridos sin poder hacer nada. Por eso, cuando oí que el Duque Tang Li Yuan se preparaba para levantar un ejército en Taiyuan contra la dinastía Sui, yo, un joven lleno de fervor, no dudé en buscar el camino para alistarme, con el simple deseo de contribuir a poner fin al sufrimiento que había presenciado.

La persona que me reclutó y entrevistó directamente fue su segundo hijo, el Príncipe de Qin, Li Shimin. Desde nuestro primer encuentro, quedé completamente convencido por su temple extraordinario, su mirada brillante como las estrellas y una confianza que emanaba de su ser. Aunque el levantamiento era nominalmente del Duque Tang, en mi corazón de entonces, el Príncipe de Qin era la imagen de un señor sabio, alguien que podría barrer el caos y traer una paz verdadera a la gente. Juré dar mi vida para luchar bajo su estandarte, confiando absolutamente en el líder que había elegido.

En el campo de batalla, fui un buen soldado. Luchaba con valentía, nunca retrocedía ante el peligro y estuve al borde de la muerte en numerosas ocasiones. Recuerdo una vez, en el asedio a una ciudad increíblemente difícil, nuestro ejército fue detenido por las flechas de fuego enemigas, las bajas aumentaban y los soldados comenzaban a flaquear. En ese preciso momento, el

Príncipe de Qin no se quedó en la seguridad de su tienda de mando. Se puso personalmente la armadura, empuñó la espada y cargó directamente hacia la primera línea. No gritó palabras vacías. Simplemente se quedó allí, en medio de la lluvia de flechas, usando su prestigio y su coraje para reavivar el espíritu de todo el ejército. Al presenciar esa escena, los demás soldados y yo nos sentimos infundidos de una fuerza invisible, nos lanzamos juntos a una carga desesperada y finalmente tomamos la ciudad. Esa imagen quedó grabada profundamente en mi mente, consolidando una fe inquebrantable en que, siguiéndole, el mundo sin duda alcanzaría la paz.

Pero mi naturaleza era muy sencilla y directa. No sabía de estrategias ni tenía el don de la elocuencia para ganarme el favor de mis superiores. Solo sabía ser leal a las órdenes y a mi ideal. Por eso, a pesar de mis muchos méritos, solo ascendí al rango de Capitán, un oficial de rango medio. No me importaba demasiado. Los títulos no eran tan importantes para mí como ver cada día cómo el imperio Tang se fortalecía.

Después de la fundación de la dinastía Tang, cuando parecía que la paz había llegado, otra guerra, una guerra aún más aterradora, se libraba en silencio en la capital, Chang'an. Era la lucha por el poder. Según la costumbre, el hermano mayor, el Príncipe Heredero Li Jiancheng, sería el sucesor. Pero el Príncipe de Qin, Li Shimin, el

segundo hijo, era quien había contribuido más a la pacificación del imperio. Sus méritos eran demasiado grandes, su prestigio demasiado alto, lo que hacía tambalear la posición del Príncipe Heredero. El conflicto entre las dos facciones se agudizó cada vez más. Junto con su cuarto hermano, el Príncipe de Qi, Li Yuanji, el Príncipe Heredero Li Jiancheng intentó en repetidas ocasiones dañar y eliminar al Príncipe de Qin.

El ambiente político en la capital en aquellos días era sofocante. Los generales y soldados de la residencia del Príncipe de Qin, como yo, sentíamos que una tormenta estaba a punto de estallar. Cada día vivíamos con ansiedad, sin saber qué pasaría al día siguiente. Yo, con la sensibilidad de un soldado acostumbrado al peligro, también sentía una inquietud generalizada. Solo era un oficial de bajo rango, no entendía las profundas intrigas de la corte. Solo tenía un simple deseo: que los príncipes pudieran reconciliarse por el bien del imperio y evitar una matanza fratricida. Pero sabía que era una esperanza ingenua.

Y entonces, llegó aquella noche fatídica. Mi comandante, un general cercano al Príncipe de Qin, fue convocado a la residencia para una reunión urgente. Como su escolta, tuve que acompañarle y montar guardia fuera del estudio. Aquella noche, el aire era denso, tan tenso que podía oír los latidos de mi propio corazón. A través de la puerta de madera entornada, escuché voces bajas,

calculadoras, en el interior. Oí el nombre del Príncipe Heredero Li Jiancheng, del Príncipe de Qi, Li Yuanji. Oí palabras como "emboscada", "Puerta de Xuanwu", "no hay otra opción". Y oí claramente la voz decidida del Príncipe de Qin, el apoyo vehemente de Zhangsun Wuji y los demás.

Estaban planeando algo audaz y despiadado: emboscar y matar a sus propios hermanos.

La sangre se me heló en las venas. Mis oídos zumbaban. Mi mundo parecía tambalearse. El sabio líder que yo veneraba, aquel que creía que traería la paz a través de la justicia, estaba planeando una masacre fratricida. Todo el ideal por el que había arriesgado mi vida durante tantos años se volvió de repente ridículo y falso. Sentí repugnancia, no solo por el plan, sino también por mí mismo por ser parte de esta maquinaria. No quería participar, no quería manchar mis manos con un acto tan inmoral.

Después de la reunión, de camino de vuelta, reuní todo mi coraje y hablé con mi comandante. Puse la excusa de que no me sentía bien en los últimos días y pedí que se me asignara otra misión fuera de la ciudad ese día. El comandante, que estaba tenso y con la mente puesta en el plan, solo me miró con frialdad y me descartó. "¡Este es un momento de vida o muerte para el Príncipe de Qin y para todos nosotros. No hay lugar para la debilidad.

Eres un soldado de la residencia del Príncipe de Qin, debes estar presente!" Su tono no admitía réplica.

Me di cuenta de que no tenía elección. Estaba atado por mi condición de soldado, por mi lealtad a mi comandante y por la rueda del destino de la que no podía escapar.

A la mañana siguiente, el día del incidente, el ambiente en la Puerta de Xuanwu era pesado como el plomo. A mi unidad y a mí se nos asignó la tarea de vigilar un perímetro exterior, para impedir cualquier posibilidad de que llegaran refuerzos del bando del Príncipe Heredero. No fui yo quien ejecutó la acción directamente, pero lo oí todo. El relincho de los caballos, los gritos de terror, el breve y brutal choque de las armas, y luego... un silencio de muerte. Ese silencio era más aterrador que cualquier sonido.

Un momento después, el Príncipe de Qin, Li Shimin, salió de la Puerta de Xuanwu. Le miré, intentando encontrar la imagen de aquel valiente y sabio líder de los campos de batalla de antaño. Pero no. La persona que tenía delante tenía una mirada completamente diferente. Una mirada fría, vacía, sin un ápice de calidez, sin una onda de emoción. Era la mirada de alguien que había desechado todo afecto familiar a cambio del poder. Aquella mirada mató por completo la imagen del "líder sabio" en mi corazón.

Después de que Li Shimin ascendiera al trono, con el nombre de reinado de Emperador Taizong de Tang, todo el imperio celebró una nueva página en la historia. Pero para mí, el ideal había muerto. La gloria de la nueva dinastía, construida sobre la sangre de hermanos, era para mí una deshonra. Sentía que el uniforme militar que llevaba pesaba una tonelada. La espada que colgaba a mi lado se había vuelto extraña. Yo, Chen Kang, con casi 40 años, me sentía cansado y vacío. Solicité la baja del ejército, con la excusa de que mi salud se había deteriorado por tantos años de campaña. Abandoné el uniforme, la espada que me había acompañado durante mi juventud, me alejé de la próspera capital y comencé un viaje errante sin rumbo, en busca de algo que pudiera remendar mi alma rota.

Treinta Años de Silencio a los Pies del Quinto Patriarca

Mi peregrinaje me llevó a la montaña Huangmei, donde se encontraba el Monasterio del Este Chan. Cuando me arrodillé ante el Quinto Patriarca, Hongren, un maestro Chan con una mirada compasiva pero penetrante, no le rogué que me concediera la paz. Solo le pedí un lugar donde refugiarme, un camino que seguir. Me miró, a un hombre de casi 40 años, con un cuerpo robusto que aún

llevaba las marcas del campo de batalla, y asintió. Me afeité la cabeza, me vestí con la túnica marrón y el Maestro me dio el nombre de Dharma Xuan Mo.

Los primeros días en el monasterio fueron una batalla más ardua que cualquier combate que hubiera librado. Era una guerra contra mi propio cuerpo y mi propia mente.

El cuerpo de un general, acostumbrado al movimiento, ahora gritaba en protesta al ser forzado a sentarse inmóvil durante horas. Cada sesión de meditación era una tortura. Mis piernas, acostumbradas a las botas de cuero y a pisar estribos de hierro, ahora tenían que cruzarse. Al principio, solo podía sentarme en la posición de medio loto. Al poco rato, un dolor agudo, como si mil agujas me atravesaran la médula, y un fuego que recorría mi columna vertebral, me consumían. Mi espalda, acostumbrada a estar erguida sobre la silla de montar, ahora estaba agotada. Miraba a mis hermanos monjes sentados en la posición de loto completo, firmes como estatuas de piedra, mientras yo no paraba de moverme, con la frente empapada en sudor.

Siguiendo el consejo de algunos compañeros, utilicé métodos duros para forzarme a la disciplina. A veces, usaba pequeñas piedras planas para presionar mis rodillas, esperando que el peso me ayudara a bajarlas. Otras veces, usaba cuerdas para atar mis piernas en la

posición de loto completo, apretando los dientes para soportar el dolor insoportable.

Y mi mente era un caballo aún más salvaje. Cada vez que intentaba aquietarla, las imágenes sangrientas del campo de batalla volvían a aparecer. Veía de nuevo los rostros, oía de nuevo los gritos. Algunas noches, soñaba que estaba en la Puerta de Xuanwu, pero a quien tenía que matar era a un antiguo compañero con el que había compartido la vida y la muerte. Me despertaba sobresaltado con un grito ahogado en la garganta, con las manos aún apretadas como si estuviera empuñando una espada.

Algunos monjes jóvenes, al verme luchar así, no podían ocultar sus risitas. Los oía susurrar a mis espaldas: "Mira, trae el cuerpo del campo de batalla a la puerta de Buda", o "¿Cómo puede alguien así cultivarse?". Lo oía todo. El orgullo de un general me enfurecía, pero rápidamente lo reprimía, reemplazándolo con un sentimiento de vergüenza e impotencia.

Un día, el Quinto Patriarca Hongren pasó por allí y me vio meditando, con el rostro contraído por el dolor y dos piedras pesando sobre mis piernas. Se detuvo, no dijo nada, solo negó ligeramente con la cabeza y siguió su camino. Al día siguiente, me llamó en privado y me dijo con severidad:

"He oído que usas piedras para presionar tus piernas y cuerdas para atar tu cuerpo con la esperanza de poder sentarte en loto completo. ¿Estás tratando de domar este cuerpo como si fuera un caballo salvaje? Este cuerpo tuyo ha creado tanto karma de matanza en el campo de batalla, ¿qué importa si ahora duele un poco? Pudiste soportar diez mil flechas atravesando tu corazón, ¿y no puedes soportar un poco de dolor en las piernas? Este dolor está precisamente eliminando tu karma. Usas piedras para presionar tus piernas, pero tu mente sigue en guerra con el dolor. La cultivación es cultivar la mente, no las piernas. Cuando tu mente ya no esté en guerra con él, ¿qué importará si hay piedras o no?"

Las palabras severas pero llenas de sabiduría del Maestro fueron como un cubo de agua fría sobre mí. Desperté. Comprendí. El problema no eran las piedras, sino el apego de mi mente a "tener que poder sentarme". Desde ese día, quité las piedras por mi cuenta. Dejé de ver el dolor como un enemigo y empecé a aprender a aceptarlo y observarlo con calma. A partir de entonces, dejé de forzarme a meditar mecánicamente. Pedí hacer los trabajos más pesados del monasterio: cortar leña, acarrear agua, machacar arroz. Con cada hachazo, con cada paso subiendo la pendiente con los cubos de agua, concentraba toda mi mente en la tarea. Poco a poco, las

imágenes del pasado dejaron de gritar, se aquietaron. Tardé casi diez años en dominar verdaderamente mi cuerpo y mi mente, en poder sentarme en loto completo con firmeza.

Los siguientes diez años, con la mente ya en calma, empecé a prestar más atención al estudio de las escrituras. Y en el Monasterio del Este Chan de entonces, nadie podía compararse con el Hermano Mayor Shenxiu en erudición. Él era el instructor principal, el líder de la comunidad monástica. A menudo iba a escuchar sus enseñanzas de la Ley, y admiraba enormemente su profundo conocimiento, su capacidad para citar las escrituras de memoria y su elocuencia. En mi corazón, le consideraba un faro, un brillante ejemplo a seguir. También intenté leer tantas escrituras como pude, tratando de memorizarlas y comprenderlas como lo hacía Shenxiu.

Pero una vez más, el Maestro me iluminó. Una tarde, mientras copiaba sutras en la biblioteca, el Quinto Patriarca se acercó. No me preguntó sobre el contenido de las escrituras, sino que me hizo una pregunta sencilla: "Al copiar estas palabras, ¿siente tu mente paz?". Respondí con sinceridad: "Maestro, siento que sé más, pero mi mente a veces todavía se agita".

El Quinto Patriarca me miró profundamente a los ojos y dijo lentamente:

"Xuan Mo, tu capacidad innata no reside en los textos. Shenxiu tiene su camino, y tú tienes el tuyo. No debes seguir la sombra de otro. Las escrituras son como el dedo que señala la luna, si te quedas mirando el dedo, ¿cómo podrás ver la luna? Lo que necesitas no es más conocimiento, sino aquietar esa mente que ha sido forjada en el fuego, para que la sabiduría se manifieste por sí misma. A partir de ahora, lee menos libros. Sigue cortando leña, acarreando agua y meditando. Concéntrate únicamente en el método que te he transmitido y alcánzalo por tu propia comprensión".

Esa iluminación me ayudó a redefinir mi camino. Dejé de perseguir la forma externa y volví a la cultivación unificada del interior. Me di cuenta de que la verdadera paz provenía de la quietud en cada acción, no del conocimiento de los libros.

Los últimos años de este período fueron cuando apareció Huineng. En ese momento, el Maestro Hongren ya era anciano. Una gran pregunta comenzó a extenderse entre los más de quinientos monjes: ¿Quién sería digno de heredar el manto y el cuenco, de convertirse en el Sexto Patriarca de la Escuela Chan? En la mente de todos, la respuesta parecía obvia. No era otro que el Hermano Mayor Shenxiu. Él era el instructor principal, el líder de la comunidad, y a menudo enseñaba la Ley en nombre del Maestro. Su método "Límpiala constantemente, no

dejes que se pose el polvo" era considerado el camino de cultivación más ortodoxo y profundo. La mayoría de los monjes del templo, incluido yo, le respetábamos enormemente y le considerábamos un maestro, el sucesor indiscutible. El ambiente en el templo era solemne y lleno de expectación, todos esperaban el día en que el Maestro anunciara oficialmente su decisión.

En ese momento, no podíamos imaginar que el destino de la Escuela Chan no residía en aquel erudito instructor, sino en un leñador analfabeto del sur, que estaba a punto de cruzar las puertas del templo.

Cuando Huineng llegó al templo y fue asignado a la cocina para machacar arroz, yo, que ya era un monje mayor, a veces también era asignado a tareas menores en esa área. Tuve la oportunidad de observar al laico Lu (el nombre de Huineng en ese momento). Vi a un hombre delgado y pequeño, pero al machacar el arroz, cada golpe del mortero era firme, constante, sin una queja ni rastro de fatiga. Su rostro siempre irradiaba una extraña calma y serenidad. Una vez, viéndole descansar, empapado en sudor, le llevé un cuenco de agua y le pregunté:

"Un trabajo tan duro, repetido día tras día, ¿no se cansa, laico?".

Huineng solo sonrió y respondió con una simple frase: "El cuerpo se cansa, pero la mente no". Aquellas palabras me impactaron profundamente, haciendo que respetara aún más a este leñador analfabeto.

Ya tenía esa base, así que cuando ocurrió el incidente de los poemas, pude comprenderlo.

Conociendo los pensamientos de todos, un día, el Quinto Patriarca reunió a la comunidad y les planteó un desafío. Dijo:

"El asunto de la vida y la muerte es un gran asunto. Examinen su propia sabiduría, y si alguien ha visto su naturaleza original, que componga un poema y me lo presente. A quien comprenda el gran significado, le confiaré el manto y el cuenco como Sexto Patriarca".

Todo el templo guardó silencio. Nadie se atrevió a presentar un poema. Sabía que el Hermano Mayor Shenxiu había luchado mucho consigo mismo. Caminó de un lado a otro en su habitación durante varios días, queriendo presentar un poema pero temiendo que su nivel no estuviera a la altura del sello mental del Maestro, y si no lo presentaba, temía decepcionar a su Maestro.

Finalmente, una noche, escribió en secreto su poema en la pared del pasillo principal. A la mañana siguiente,

todo el templo estaba alborotado. La gente se reunió frente a la pared, admirada. Incluso el Maestro, después de verlo, lo elogió y dijo a todos que encendieran incienso, rindieran homenaje al poema y lo recitaran para no caer en los caminos del mal. El poema decía así:

"El cuerpo es el árbol Bodhi,

La mente es como un espejo brillante.

Límpialo constantemente con diligencia,

No dejes que se pose el polvo."

「身是菩提樹，

心如明鏡臺。

時時勤拂拭，

勿使惹塵埃。」

Al leer estos versos, me sentí profundamente identificado. Expresaba a la perfección el camino de cultivación que yo mismo y la mayoría de mis hermanos estábamos esforzándonos por seguir. Durante tantos años, ¿acaso no habíamos estado tratando de mantener el "cuerpo" tan puro como un árbol bodhi y la "mente" tan limpia como un espejo brillante? Pero en el fondo, sentía

que algo no estaba completo, un cansancio en esa misma "diligencia".

No sabíamos entonces que, en la cocina, el laico que machacaba el arroz, al oír este poema, simplemente sonrió y negó con la cabeza. Siendo analfabeto, Huineng pidió a otro monje que escribiera su poema en la pared, justo al lado del de Shenxiu. Fue el poema que cambió mi vida:

"Bodhi originalmente no es un árbol,

El espejo brillante tampoco es un soporte.

Desde el principio, nada existe,

¿Dónde puede posarse el polvo?"

「菩提本無樹，

明鏡亦非臺。

本來無一物，

何處惹塵埃？」

Al escuchar esos cuatro versos, fue como si una corriente eléctrica recorriera todo mi cuerpo. Una conmoción profunda desde el fondo de mi alma. Fue como un martillo de trueno que hizo añicos el "espejo brillante"

que yo había estado puliendo con tanto esfuerzo durante tantos años. "¡Desde el principio, nada existe!". Así es, si la naturaleza original es la nada, ¿de dónde puede venir el polvo para limpiar? Todos mis esfuerzos anteriores estaban apegados al "ser". El poema de Huineng señalaba directamente el camino de la verdadera liberación. El mayor nudo en mi corazón se desató de repente. No alcancé la iluminación, pero "vi" el camino.

Desde ese momento, supe con certeza que aquel laico que machacaba arroz era quien realmente había "visto su propia naturaleza". Por eso, cuando más tarde supe que el Quinto Patriarca había transmitido en secreto el manto y el cuenco a Huineng y lo había despedido esa misma noche, no sentí ni la más mínima sorpresa ni envidia. Mientras todo el templo estaba alborotado, mientras una parte de la comunidad, incapaz de aceptar la verdad, se llenó de celos y fue a perseguirle para robarle el manto, yo simplemente volví en silencio a mi habitación, me senté a meditar. Mi mente estaba extraordinariamente tranquila.

La Perfección en el Silencio

Tras la tormenta de la transmisión del manto, el Monasterio del Este Chan ya no fue el mismo. Hubo divisiones, cotilleos, lamentos por el Hermano Mayor Shenxiu e incluso dudas sobre el sucesor del sur. Pero nada de eso me afectaba ya. Mi mente era como un lago

que se ha calmado después de la lluvia. No abandoné el monasterio, sino que continué mi camino de cultivación durante muchos años más, pero ahora con una comprensión completamente diferente. Ya no me esforzaba por "limpiar", sino que vivía en silencio en ese "originalmente nada existe". No busqué poderes sobrenaturales, no tuve experiencias extraordinarias, solo me adentré cada día más profundamente en la quietud de mi interior.

Cuando tenía más de 70 años, sentí que mi afinidad con la comunidad había llegado a su fin. El bullicio, aunque fuera el de un monasterio, ya no era necesario para mí. Pedí permiso al Maestro abad de entonces, dejé el templo y busqué una montaña remota cercana para dedicarme por completo a la cultivación en mis últimos años.

Construí yo mismo una sencilla ermita de paja junto a un arroyo, bajo un antiguo pino. Mi vida a partir de entonces se volvió extremadamente simple. Mis compañeros eran las nubes y el viento de la montaña. El murmullo del arroyo era la enseñanza de la Ley, el canto de los pinos era un sutra. Cada día, solo hacía dos cosas: el trabajo manual justo para mantenerme con vida y meditar.

Veinte años de retiro solitario pasaron como un parpadeo, pero también fueron tan largos como una vida entera. En esa quietud absoluta, abandoné por completo

los últimos apegos. La imagen del general Chen Kang, del Príncipe de Qin Li Shimin, del incidente de la Puerta de Xuanwu, todo se disipó como el humo. Incluso la imagen del monje Chan Xuan Mo con sus treinta años de ardua cultivación desapareció. Todo se volvió ligero, vacío.

El día de mi partida, tenía más de 90 años. Sabía de antemano mi momento. Aquella mañana, sentí mi cuerpo ligero, mi mente transparente como el cristal. No comí ni bebí, solo fui al arroyo a lavarme la cara, y luego me puse mi túnica más decente. Volví a la ermita, ordené todo pulcramente, y me senté en postura de meditación, mirando hacia la montaña Huangmei, como una última muestra de gratitud al Maestro Hongren.

Rememoré toda mi vida, desde un general lleno de ideales hasta un monje Chan en busca de la quietud. Y entonces, sonreí serenamente. Entre el murmullo del arroyo y el canto de los pinos, partí de este mundo en paz. No hubo un halo resplandeciente, ni reliquias de colores, solo la partida serena de un viejo soldado que había encontrado la verdadera paz, un monje anónimo que había completado su propio camino.

(El niño, River, terminó la historia, con una profunda reverencia brillando en sus ojos. Guardó silencio por un momento, y luego continuó, como si acabara de descubrir algo maravilloso.)

Cuando Xuan Mo escuchó el poema de Huineng, tuvo una gran iluminación. Pero ahora, en esta vida, al cultivarme en Dafa, he descubierto algo aún más interesante sobre los dos poemas de Shenxiu y Huineng.

No son contradictorios en absoluto, y tampoco se puede decir que uno sea "correcto" y el otro "incorrecto" de forma absoluta. Son como leyes para diferentes niveles de reino.

En el primer nivel de reino, para un principiante en la cultivación, su mente está llena de pensamientos, deseos, karma, como un espejo cubierto de polvo. En este punto, el poema de Shenxiu es completamente correcto. Deben "limpiarlo con diligencia", deben esforzarse de forma tangible para eliminar las cosas malas, para mantener su mente pura. Es un camino que deben recorrer inevitablemente.

Pero cuando se cultivan hasta un cierto nivel, de repente se dan cuenta de que su naturaleza original es intrínsecamente pura, no contaminada. El "polvo" es solo una apariencia falsa, no la esencia. En este momento, irrumpen en el segundo nivel de reino, y el poema de Huineng ("Desde el principio, nada existe") se convierte en la verdad para ellos. Esta es la iluminación súbita.

Pero la maravilla no termina ahí. Al ascender a un reino aún más alto, vi que el poema de Shenxiu volvía a ser

correcto, pero en un nivel de significado completamente diferente... Y luego, en un nivel aún más alto, cuando todo se ha asimilado completamente con la Ley de ese nivel, el poema de Huineng vuelve a manifestar el significado correcto. Ese proceso se repite una y otra vez, en cada gran reino diferente.

Es como los peldaños de una escalera de cultivación. Ningún peldaño es incorrecto, solo se trata de qué peldaño es apropiado para la posición en la que uno se encuentra.

(El niño sonrió, aparentemente muy satisfecho con su descubrimiento.)

Comprender esto me ayuda a valorar aún más el viaje de Xuan Mo. Él caminó con perseverancia por su peldaño y finalmente encontró la paz. Quizás, no todos los que se cultivan necesitan hacer cosas que sacudan el cielo y la tierra. La iluminación puede provenir de las personas más sencillas, como el Sexto Patriarca Huineng, de quien Xuan Mo fue testigo. E incluso sin alcanzar la gran sabiduría de los Patriarcas, una vida de perseverancia en la rectificación de la mente, en la búsqueda de la verdadera liberación, ya es un viaje muy valioso.

Me ayuda a comprender mejor la paciencia, y lo importante que es la cultivación del interior, al igual que cuando leo los libros y practico los ejercicios de Falun

Dafa ahora. A veces, el mayor progreso reside en los cambios silenciosos que ocurren en el interior.

* * *

CAPÍTULO 11: EL ESTRATEGIA ANÓNIMO

(Esta vez, la voz de River tenía un peso inusual, como si estuviera desenrollando un antiguo pergamino pintado. La primera mitad del pergamino era humo y fuego, el dolor y el odio de un juramento grabado con sangre. La segunda mitad eran las nubes y la niebla de un monasterio Chan, la serenidad y la sabiduría de un verdadero cultivador. El chico estaba a punto de contar una historia sobre cómo una afinidad kármica maligna fue resuelta de la manera más maravillosa.)

Este recuerdo me transporta a una deuda kármica. Una deuda escrita con sangre y lágrimas, originada en una vida anterior incluso a que mi alma llegara a la tierra de Vietnam en el siglo XIII, cuando esta nación aún se llamaba Dai Viet. Para entender la historia del ermitaño maestro Chan, quizás debamos empezar por el dolor de un hombre corriente, un esposo, un padre llamado Li Gang.

La historia ocurrió a finales de la dinastía Song del Sur, una dinastía en sus últimos días. Una atmósfera de inquietud lo envolvía todo. Pero en una pequeña aldea en la frontera norte, colindante con el estado de Jin, la vida de Li Gang transcurría en una paz relativa. No era un funcionario, ni un general. Era solo un carpintero normal, con las manos ásperas y callosas de empuñar el cincel y el cepillo cada día. Su mayor alegría y su mundo entero se encontraban dentro de su sencilla casa con

techo de paja: una esposa virtuosa y trabajadora y dos hijos, un niño y una niña, en plena edad de crecimiento.

Todavía recuerdo el sentimiento de Li Gang en aquel entonces, una felicidad rústica y sólida. La felicidad era volver a casa del trabajo y oír desde lejos la risa cristalina de sus hijos. La felicidad era ver la silueta de su esposa afanándose junto al fuego, el humo azul del atardecer mezclándose con el aroma del arroz recién cocido. La felicidad era la cena modesta pero acogedora, con toda la familia reunida alrededor de la mesa de madera que él mismo había construido, contándose historias sin principio ni fin. Para Li Gang, eso era suficiente. No deseaba nada más que estos días sencillos se prolongaran para siempre.

Pero la paz en la frontera era intrínsecamente frágil. Los rumores sobre los cascos de los caballos mongoles habían comenzado a llegar. Se decía que aquel ejército era como una inundación repentina, que por donde pasaba ni la hierba volvía a crecer. Habían comenzado su campaña para conquistar el estado de Jin, y las aldeas en la zona fronteriza como la de Li Gang comenzaron a sentir el aliento de la guerra. De vez en cuando, pequeñas partidas de soldados pasaban, saqueando provisiones y provocando altercados. La preocupación comenzó a filtrarse en cada hogar, pero la gente se aferraba a la frágil esperanza de que el desastre pasaría.

Una mañana de otoño, Li Gang aceptó ir a un pueblo vecino, a unos veinte kilómetros de su casa, para ayudar a reconstruir un tejado. El trabajo solo llevaría un día. Antes de irse, acarició la cabeza de sus dos hijos, prometiendo volver antes de que anoheciera. Miró a su esposa, ella le sonrió con dulzura y le entregó una bolsa con bolas de arroz. Fue la última vez que los vio con vida.

A media jornada de trabajo, de repente escuchó gritos desgarradores desde el camino principal. Un grupo de personas aterrorizadas, con la ropa desaliñada, corría hacia el pueblo, gritando mientras corrían:

"¡Los mongoles! ¡Los mongoles han cruzado y están saqueando! ¡Están masacrando las aldeas junto al río!"

El corazón de Li Gang pareció detenerse. Su aldea estaba justo al lado del río.

Sin poder pensar en nada más, Li Gang arrojó sus herramientas, corrió hacia el caballo atado al pie de un árbol, saltó sobre él y lo espoleó para que galopara hacia casa. El camino familiar ahora parecía interminable. El viento silbaba en sus oídos, pero él solo oía el latido de su corazón, que amenazaba con estallar en su pecho. Cada golpe de los cascos del caballo contra el suelo era una plegaria desesperada, rogando por llegar a tiempo, rogando por la seguridad de su familia. Azotaba al

caballo sin piedad, deseando poder volar a casa al instante.

Cuando estaba a unas pocas millas de la aldea, un olor a humo acre le llegó a la nariz. Su corazón se encogió. Vio columnas de humo negro que se elevaban desde su aldea. Un silencio mortal lo envolvía todo. No había voces humanas, ni sonidos de ganado. Solo el silbido del viento a través de los tejados de paja a medio quemar.

Li Gang saltó del caballo antes de que se detuviera por completo, corriendo tambaleándose hacia su casa. La puerta de madera estaba destrozada, tirada en un rincón. Se precipitó adentro, gritando los nombres de su esposa y sus hijos. Pero solo el silencio espeluznante le respondió.

Y entonces los vio. La escena ante sus ojos hizo que el mundo se derrumbara a su alrededor. Todo en la casa estaba destrozado, revuelto. Y en el frío suelo de tierra, entre los fragmentos de platos y muebles, yacían tres cuerpos familiares. Su esposa... y sus dos pequeños hijos... Yacían allí, inmóviles, con manchas de sangre ya seca en sus cuerpos. Sus ojos estaban abiertos de par en par, todavía reflejando un terror absoluto.

Había llegado demasiado tarde.

Li Gang no lloró. Las lágrimas se habían secado junto con su corazón. Se arrodilló, desplomándose, y sus manos temblorosas tocaron el rostro helado de su esposa, y luego el de sus dos hijos. La calidez que una vez había abrazado se había convertido en un frío que helaba los huesos. Su mundo, todo lo que amaba, todas las razones por las que existía, habían sido destruidas en un instante. El dolor, la impotencia, el tormento por no haber llegado a tiempo, todo se fusionó y se convirtió en una llama de odio que estalló, violenta y oscura.

Se sentó allí, en medio de la desolación, abrazando los cuerpos fríos hasta que oscureció por completo. En su mente solo quedaba un pensamiento, un único propósito: la venganza. Ya no era Li Gang, el carpintero bondadoso. Desde ese momento, estaba muerto. Lo que quedaba vivo era solo una máquina impulsada por el odio.

Después de enterrar a su esposa e hijos, Li Gang ya no tenía nada que perder. Oyó que una feroz batalla se estaba librando no muy lejos, donde las tropas de Jin intentaban repeler un ataque mongol. Sin dudarlo, empacó unas pocas pertenencias, tomó su hacha de leñador y se puso en camino. No buscó al ejército de Song del Sur. Su odio no distinguía naciones, solo apuntaba a un único enemigo.

Cuando llegó al campo de batalla, encontró una escena caótica. El ejército Jin intentaba mantener su línea

defensiva contra el asalto arrollador de la caballería mongola, bien equipada y experimentada.

Sin esperar una orden, sin necesidad de ninguna táctica, Li Gang lanzó un rugido inarticulado, un grito que contenía todo el dolor y el odio de un hombre que lo había perdido todo. Ya no veía al enemigo ni al campo de batalla, solo veía a los fantasmas que le habían arrebatado a su familia. Lanzándose contra la formación de élite del ejército mongol con el hacha en la mano, era como una bestia herida atacando frenéticamente al cazador.

Pero la furia no puede reemplazar la experiencia, y el odio no puede detener las afiladas cuchillas. Los soldados mongoles lo atravesaron fríamente con sus largas lanzas. Apenas sintió el dolor físico, pues el dolor de su alma era demasiado grande. Cayó, desangrándose profusamente, en su primera y última batalla.

En sus últimos momentos, mientras su aliento se debilitaba, la imagen de su esposa e hijos apareció vívidamente. El dolor y el odio no disminuyeron, al contrario, ardieron con más intensidad. Li Gang levantó sus ojos nublados por la sangre hacia el cielo gris, y luego miró los rostros extraños de los enemigos que lo rodeaban. Con todas sus fuerzas restantes, pronunció un juramento desde lo más profundo de su alma, un juramento resonante, grabado en su ser:

¡Si hay una próxima vida, juro que los encontraré y vengaré a mi esposa e hijos!

Ese fue su último pensamiento antes de hundirse en la oscuridad. Aquel juramento, cargado de resentimiento, se convirtió en una marca indeleble, una deuda kármica que siguió a su alma en el ciclo de la reencarnación, esperando el día en que sería saldada.

Y fue esa misma deuda la que los Cielos dispusieron que se resolviera de una manera que nadie podría haber esperado, en otra tierra, con otra identidad, cuando el alma de Li Gang reencarnó en la dinastía Tran de la nación de Dai Viet.

Reencarnación en Dai Viet – El Monje que Albergaba Estrategias Militares

El alma de Li Gang, cargada con el pesado juramento de odio, se sumió en el ciclo de la reencarnación. Pero en lugar de ser condenada a reinos oscuros por su mente rencorosa, pareció que una disposición compasiva intervino. La deuda debía pagarse, pero no a través de un camino que lo hundiera más en el karma de la matanza. Aquella alma fue guiada hacia un nuevo comienzo, en una tierra en su apogeo, donde la Ley de

Buda era venerada: la nación de Dai Viet de la dinastía Tran.

Nací en una familia plebeya, pero desde pequeño mostré signos inusuales. Mientras los niños de mi edad disfrutaban jugando, yo solía sentarme solo durante horas, observando en silencio las nubes en el cielo o a las hormigas llevando comida a su nido. Tenía una extraña empatía con todos los seres y una vaga inquietud sobre el sufrimiento de la vida que ni yo mismo podía explicar.

Un día, mientras estaba sentado bajo un árbol, observando atentamente una flor a punto de marchitarse, un anciano maestro Chan que pedía limosna pasó por la aldea. Su mirada se detuvo en mí. No dijo nada, solo me observó en silencio durante un buen rato y luego sonrió. Después, buscó a mis padres y les dijo:

"Benefactores, tienen un hijo con una disposición mental muy especial. El niño posee una serenidad y una compasión poco comunes. Es una buena semilla, si se planta en el lugar adecuado, en el futuro será un gran árbol que dará sombra a muchos."

Tras una pausa, el maestro continuó:

"Este pobre monje es el abad del pequeño templo en la colina al final de la aldea. Si no les importa,

prueben a dejar que el niño vaya al templo como un pequeño novicio, para que se familiarice con las escrituras y nutra esa mente bondadosa. Quizás, ese sea su camino."

Mis padres, que también creían en las afinidades kármicas, se sintieron profundamente conmovidos y aceptaron con reverencia. Y así, a los diez años, me despedí de mi familia y seguí a aquel maestro Chan al templo. Él fue mi primer Maestro, quien me dio el nombre de Dharma Minh Tinh.

Los primeros años en el templo, aprendí principalmente las reglas del monasterio, memoricé sutras y practiqué la meditación sentada. Mi mente joven aún no podía comprender las enseñanzas profundas, pero poseía una calma innata y una capacidad de concentración superior a la de los otros novicios. El Maestro se dio cuenta de esto y no se apresuró a explicarme filosofías complejas. En cambio, con paciencia, utilizó tareas cotidianas como barrer las hojas y acarrear agua para pulir mi carácter y sembrar en mí las primeras semillas de la Ley de Buda.

Al cumplir los trece años, cuando mi mente comenzó a echar ramas y hojas, esas semillas realmente germinaron. Ya no solo recitaba los sutras de memoria, sino que empecé a reflexionar sobre su significado. El sufrimiento de los seres vivos, el ciclo de la vida y la muerte, las cosas que el Maestro enseñaba de repente se volvieron

vívidas, despertando en mí un anhelo de comprensión más profunda.

Fue durante este período, entre los trece y los dieciséis años, que la biblioteca de escrituras del templo se convirtió en mi mundo. El Maestro, viendo que ya tenía suficiente madurez, me permitió leer libremente otros libros además de los sutras budistas. Al principio, recurrí a los textos confucianos y taoístas con la esperanza de comprender mejor los principios que rigen la sociedad y el universo.

Y entonces, de forma muy natural, me sentí atraído por los registros históricos, las historias sobre el auge y la caída de las dinastías. Al leer sobre las guerras, no sentía la emoción de un belicista, sino una profunda compasión. Parecía haber algo en mis venas, un recuerdo invisible, que me hacía especialmente sensible a la crueldad de la guerra. Eso me impulsó a buscar y leer antiguos tratados militares.

Para mí en ese momento, el arte de la guerra no era el arte de matar, sino el arte de poner fin a la matanza. Me di cuenta de que la guerra no era solo espadas y lanzas, sino también un duelo de intelecto y de corazones. Vi una maravillosa correspondencia entre los principios budistas y la estrategia militar: un buen general debe tener un corazón compasivo para no matar indiscriminadamente, debe tener sabiduría para conocer

al enemigo y a sí mismo, y debe tener serenidad para no perder la calma ante la adversidad, al igual que un cultivador.

La combinación de la sabiduría de la Ley de Buda, la profundidad del confucianismo y el taoísmo, y un conocimiento natural de la estrategia militar forjaron en mí una comprensión diferente de los asuntos del mundo. Mis hermanos monjes me respetaban por mi diligencia y mi conocimiento del budismo, pero también me encontraban un poco difícil de entender, cuando un joven monje podía pasar horas simplemente colocando las piezas en un tablero de Go, murmurando sobre los movimientos como si estuviera calculando una formación de batalla.

Pasaron los años y fui nombrado abad de un pequeño y sereno templo en las afueras del oeste de la capital, Thang Long. El templo estaba situado en una colina baja, escondido entre verdes bosques de bambú, un lugar ideal para quienes buscaban un remanso de paz para limpiar el polvo mundano. Yo ya había entrado en los cincuenta, mi mente estaba casi tan tranquila como la superficie de un lago sin ondas. Pensé que el resto de mi vida transcurriría en esa serenidad.

Pero las afinidades kármicas son impredecibles.

Una tarde de verano, mientras meditaba bajo el árbol Bodhi en el patio del templo, un joven visitante se acercó. Vestía ropas sencillas como un erudito, pero su porte y su aura irradiaban una nobleza y una sabiduría inusuales. Aunque el joven intentaba ocultarlo, pude sentir un flujo de energía vital de un soberano latente en su interior. Le acompañaba un solo guardia, también vestido como un plebeyo, que esperaba en la puerta del templo.

El joven visitante juntó las palmas de las manos en un gesto de saludo muy humilde. Dijo que, durante un viaje de inspección, vio la serenidad del templo y quiso entrar a encender una varilla de incienso y solicitar al Maestro algunas enseñanzas sobre la Ley de Buda. Era el Príncipe Heredero Tran Kham, quien más tarde se convertiría en el sabio Emperador Tran Nhan Tong.

Invité al joven a la sala de meditación y preparé una tetera de té de loto. El ambiente era silencioso, solo se oía el suave susurro del viento agitando las hojas de los árboles. Nuestra conversación comenzó con las preguntas del Príncipe Heredero sobre la "Mente", sobre el sufrimiento de los seres vivos y sobre el camino hacia la iluminación. Aunque joven, sus preguntas eran increíblemente profundas, revelando una gran preocupación por el destino de su pueblo y de la humanidad.

Me di cuenta de que no era una persona ordinaria. Era un futuro Bodhisattva en el cuerpo de un soberano. Viendo su capacidad innata y su corazón benévolo, no dudé en compartir con él lo que había comprendido.

Nuestra conversación se prolongó durante horas, pasando naturalmente del camino de la liberación del budismo al camino de gobernar el país y pacificar al pueblo del confucianismo. El Príncipe Heredero preguntó:

"Maestro, ¿cómo se puede lograr que el pueblo viva en abundancia, que el país esté en paz y se eviten las calamidades de la guerra?"

Miré profundamente a los ojos del joven y respondí lentamente:

"Para que un país esté en paz, la raíz debe estar en el corazón del pueblo. Si el corazón del pueblo está en paz, el país será estable. Para que el corazón del pueblo esté en paz, el líder debe tener un corazón compasivo, amar al pueblo como a sus propios hijos, y poner los intereses de la gente por encima de los suyos. Eso es la 'Benevolencia'. Pero la benevolencia por sí sola no es suficiente. Para proteger esa paz de las invasiones extranjeras, el líder también debe tener sabiduría y determinación. Eso es la 'Sabiduría' y el 'Coraje'."

El Príncipe Heredero Tran Kham guardó silencio, reflexionando, y luego volvió a preguntar:

"Entonces, en cuanto a la 'Sabiduría' y el 'Coraje' en el arte de la guerra y la protección de la nación, ¿cuál diría usted que es la esencia, Maestro?"

En ese momento, supe que la afinidad kármica había llegado. No hablé de tácticas específicas, sino que esboqué algunos grandes principios:

"El arte de la guerra tiene innumerables estrategias maravillosas, pero en esencia no se apartan de tres cosas. La primera es conocerse a sí mismo y al enemigo. La segunda es ganarse el corazón de las tropas, que superiores y subordinados sean uno solo. La tercera es saber usar la debilidad contra la fuerza, la minoría contra la mayoría, y aprovechar el momento oportuno y el terreno favorable para compensar la falta de hombres. Pero por encima de todo, el nivel más alto del estratega no es ganar todas las batallas, sino vencer sin luchar, usar el prestigio y la virtud para someter al oponente, o si se debe recurrir a la fuerza, hacerlo para terminar la guerra lo más rápido posible, con las menores pérdidas para ambas partes. Ese es el 'Coraje' de un hombre benévolo."

Con cada palabra que pronunciaba, el Príncipe Heredero escuchaba atentamente, y en sus ojos brillaba la comprensión. No preguntó más sobre estratagemas específicas, pero supe que había captado el espíritu, el principio fundamental del arte de la guerra. Aquel encuentro terminó al caer la tarde. El Príncipe Heredero Tran Kham se despidió de mí, con la mirada llena de respeto y gratitud. Prometió que volvería para solicitar más enseñanzas.

Cuando la sombra del joven Príncipe Heredero desapareció tras el bosque de bambú, me quedé solo en el patio del templo. Sentí que se había establecido una gran afinidad kármica. Un monje ermitaño y un futuro rey. Sentí vagamente que los conocimientos sobre estrategia militar que había acumulado a lo largo de los años quizás no eran solo para mí. Quizás, estaban esperando a la persona adecuada, en el momento adecuado, para ser utilizados en una causa mayor, una que pudiera contribuir a proteger la paz de millones de almas en esta tierra.

El odio de Li Gang de antaño, parecía estar siendo dispuesto por el destino para resolverse de una manera que ni yo mismo en ese momento podía comprender del todo.

El Estratega Invisible – Contribuyendo a la Nación

Tal como lo prometió, después del primer encuentro, el Príncipe Heredero Tran Kham, y más tarde el Emperador Tran Nhan Tong, siguió visitando mi pequeño templo de vez en cuando. Sus visitas siempre se realizaban en secreto, sin fanfarrias, solo con unos pocos guardias de confianza. No venía como un soberano, sino con la actitud de un buscador del Dao, en busca de serenidad y guía.

Nuestras conversaciones solían girar en torno a la Ley de Buda. El joven rey traía sus preocupaciones mundanas, la carga de quien tiene en sus manos el destino de una nación, para encontrar alivio en las enseñanzas sobre la impermanencia, la compasión y el camino de la liberación. Podía ver claramente que, tras la túnica imperial de un emperador, se escondía un alma fuertemente inclinada hacia la puerta de Buda. En cada conversación, no solo explicaba los sutras, sino que también intentaba sembrar en su corazón las semillas de la iluminación, de un camino trascendente y más elevado.

A medida que la amenaza del Imperio Mongol-Yuan crecía, nuestras conversaciones comenzaron a incluir temas de política nacional. El rey no me preguntaba qué

batallas librar o dónde tender emboscadas. En su lugar, hacía preguntas más grandes.

Una vez, preguntó con un rostro lleno de preocupación:

"Maestro, el enemigo es fuerte como un tigre, y nuestro ejército es menor. ¿Cómo podemos preservar la nación?"

No respondí de inmediato, solo le serví una taza de té. Esperé a que el aroma se extendiera y luego dije lentamente:

"Su Majestad, la fortaleza más sólida no se construye con tierra y piedra, sino con el corazón del pueblo. El enemigo puede destruir una muralla, pero no puede destruir la voluntad de la gente. Le ruego a Su Majestad que alivie la carga del pueblo, para que la gente vea que la corte realmente se preocupa por ellos y los ama. Cuando la gente considere los asuntos del país como asuntos de su propia casa, cada ciudadano será un soldado, cada aldea será una fortaleza. Entonces, la fuerza de nuestra nación será como una marea creciente que ningún enemigo podrá detener."

En otra ocasión, cuando el rey dudaba sobre cómo emplear a las personas, en medio de facciones y rencores dentro de la familia real, le dije:

"Un gran mar puede albergar grandes barcos. El corazón de un soberano debe ser como el océano, capaz de acoger cien ríos. No faltan talentos en el mundo, pero que estén dispuestos a servir al país o no, depende del corazón del líder. Le ruego a Su Majestad que deje de lado los rencores mezquinos y valore a las personas únicamente por su talento y su lealtad. Especialmente, con aquellos que ostentan el poder militar, Su Majestad debe confiar plenamente, delegarles grandes responsabilidades y no albergar sospechas. Cuando un general va a la batalla sin tener que preocuparse por la retaguardia, solo entonces podrá dedicar todo su corazón y toda su fuerza a resistir al enemigo."

Sabía que en la corte estaba Hung Dao Vuong Tran Quoc Tuan, un general de extraordinario talento pero que tenía conflictos latentes con la familia real. Aunque mis palabras no lo nombraban directamente, creía que un rey sabio como Tran Nhan Tong entendería. Y, de hecho, más tarde, la decisión del rey de confiar plenamente y otorgar el mando total del ejército a Hung Dao Vuong fue una de las más sabias, la clave que condujo a las grandes victorias.

Nunca me consideré un estratega. Solo era un monje que, basándose en lo que había leído y reflexionado, ofrecía consejos sobre los grandes principios. No hablaba de "tácticas", sino del "Dao". No tracé un plan específico,

pero intenté sugerirle al rey una estrategia general: prepararse para una resistencia a largo plazo, apoyarse en la fuerza de todo el pueblo y aplicar la táctica de "jardín vacío y casa vacía" para agotar los recursos de un ejército invasor que no estaba acostumbrado a la tierra y el clima.

Cuando el rey venía y se iba, yo volvía a mi vida serena, recitando sutras y meditando día tras día. No preguntaba sobre la situación de la guerra ni esperaba reconocimiento. Mi papel era solo el de un oyente, un guía, un apoyo espiritual silencioso para el joven rey en los momentos más difíciles de la nación. Mi pequeña contribución, si la hubo, fue solo como una gota de agua en el océano de patriotismo y voluntad indomable de todo el ejército y el pueblo de la dinastía Tran.

Muchos años después, tras haber liderado al pueblo en dos ocasiones para derrotar a los ejércitos mongoles y construir una nación pacífica y próspera, el Emperador Tran Nhan Tong vino a verme de nuevo. Esta vez, no vino a preguntar sobre asuntos de estado, sino a expresar una determinación que ya había madurado.

En ese momento, el rey aún era muy joven, apenas entrado en los treinta y cinco años, pero en sus ojos ya no había preocupaciones mundanas, sino que brillaban con una serenidad y una gran aspiración. Me dijo que había cumplido con su responsabilidad hacia la nación y sus

antepasados, y que ahora era el momento de seguir su propio camino: el camino de la vida monástica. Me expresó su deseo de que lo aceptara como discípulo y lo guiara en el camino de la liberación.

Me sentí profundamente admirado por la gran aspiración del rey. Que alguien en la cima de la fama y la gloria pudiera renunciar a todo para buscar la verdad era algo extremadamente raro. Sin embargo, decliné humildemente. Le dije que mi virtud en el Dao era todavía superficial y no me atrevía a ser el maestro de un soberano con una afinidad kármica tan profunda con la Ley de Buda como él.

Viendo que la determinación del rey era firme, compartí sinceramente algunos de mis pensamientos:

"Su Majestad, que tenga el gran anhelo de trascender lo mundano es, en verdad, una gran bendición. Ir a China para buscar la cuna de la Escuela Chan, o peregrinar a la tierra de Buda en la India para aprender las enseñanzas originales, son aspiraciones sumamente nobles."

Hice una pausa y luego continué con una voz cálida y profunda:

"Sin embargo, este humilde monje piensa que, en las diez mil prácticas de la cultivación, la esencia

siempre vuelve a una palabra: 'Mente'. Dónde esté el cuerpo no es tan importante como hacia dónde se dirige la mente. La tierra de Buda no está solo en la lejana India, sino también en el corazón de cada persona. Los antiguos decían: 'A tres pies sobre la cabeza hay Deidades', mientras seamos sinceros en nuestra rectificación y mantengamos los preceptos, no importa dónde estemos, todos los Budas y Bodhisattvas lo verán y nos bendecirán."

"Ese es también el camino que este humilde monje ha albergado en su corazón y seguido durante todos estos años de retiro en este lugar. Creo que Su Majestad puede ir a la montaña sagrada de Yen Tu en nuestra tierra del sur, o a cualquier otro lugar en este mundo. El lugar que haga que la mente de Su Majestad se asiente, el lugar que le ayude a cultivarse diligentemente, ese será el campo del Dao para Su Majestad. Qué camino tomar, le ruego a Su Majestad que lo deje a la afinidad kármica."

El Emperador Tran Nhan Tong guardó silencio durante un largo rato, y en sus ojos brilló una profunda comprensión. Juntó las palmas de las manos en señal de agradecimiento, no dijo nada más, pero supe que había encontrado su propia respuesta.

Poco después, cedió el trono al Príncipe Heredero, convirtiéndose en Emperador Emérito. Y unos años más tarde, cuando los asuntos de la corte se estabilizaron, realmente subió a la montaña Yen Tu, comenzando un gran viaje de cultivación, fundando la Escuela Chan Truc Lam, y convirtiéndose en una de las imágenes más bellas, un símbolo eterno del budismo vietnamita.

Para mí, haber presenciado y contribuido en una pequeña parte al viaje de un rey-Buda como él fue una gran bendición kármica. Nunca pensé que los consejos de un monje ermitaño pudieran contribuir a la protección de una nación, y luego guiar a un rey hacia el camino de Buda. Todo parecía ser una disposición del destino.

Alcanzando el Dao y Comprendiendo la Afinidad Kármica

Después de que el Emperador Tran Nhan Tong ascendiera a Yen Tu, mi vida volvió a su quietud inherente. Las conversaciones sobre asuntos de estado ya no existían, y en su lugar vinieron largos días dedicados a la cultivación. Habiendo pasado por los altibajos de los tiempos, presenciando grandes acontecimientos, mi mente se volvió aún más serena. Ya no me perturbaban

los conocimientos sobre estrategia militar o asuntos mundanos, sino que utilizaba esa misma comprensión para contemplar más profundamente la naturaleza del sufrimiento, de la vida y la muerte, y del ciclo de la reencarnación.

Continué mi camino de cultivación en silencio. Día tras día, seguí recitando sutras, meditando y trabajando. No busqué poderes sobrenaturales ni esperé la apertura de habilidades especiales. Mi único objetivo era limpiar por completo el polvo que quedaba en mi conciencia, para alcanzar una claridad y una quietud absolutas.

El tiempo pasó, y mi cabello se volvió blanco como la escarcha. Cuando tenía casi setenta años, sentí que mi virtud en el Dao había alcanzado un nuevo nivel. Aunque mi cuerpo estaba envejecido, mi espíritu estaba increíblemente lúcido.

En una noche tranquila y profunda, mientras estaba en una meditación profunda, mi ojo celestial se abrió de repente.

En ese instante, vi claramente mi vida pasada: el juramento de venganza del guerrero Li Gang de antaño fue la afinidad kármica que le dio al maestro Chan Minh Tinh la oportunidad de usar su sabiduría para ayudar a un pueblo a resistir a un enemigo común. La deuda de odio no se pagó con espadas, sino que se resolvió

benévolamente a través del camino de la sabiduría y la compasión. Todas las injusticias y el karma de innumerables vidas se disiparon como el humo, y mi mente quedó completamente vacía, serena y libre.

En los últimos años de mi vida, viví en una paz absoluta. Una mañana, después de recitar el último sutra, llamé a mis discípulos, les di algunas instrucciones, y luego me senté en la posición de loto completo y partí serenamente hacia el nirvana.

El juramento de Li Gang se había cumplido. La afinidad con la dinastía Tran había terminado. Y el viaje del maestro Chan Minh Tinh también había llegado a su fin, para comenzar un nuevo viaje en el ciclo de la reencarnación.

* * *

CAPÍTULO 12: EL ASESOR DEL DEPARTAMENTO DE ESTADO DE EE. UU.

(Esta vez, el recuerdo de River ya no eran las nubes y la niebla de un monasterio Chan ni la luz de civilizaciones perdidas. Tenía un color diferente, un gris frío de los pasillos del poder, de mapas estratégicos y humo de cigarros. Este era un mundo regido por la razón, por cálculos geopolíticos, un mundo donde aparentemente no había lugar para lo espiritual, pero donde las afinidades kármicas y la retribución operaban silenciosamente según sus propias leyes.)

Esta vida es muy reciente, tan reciente que casi puedo sentir la atmósfera sofocante de las salas de reuniones secretas en Washington D.C. a mediados del siglo XX. En esa vida, fui Freder Rein, un diplomático, un asesor de políticas para el Departamento de Estado de los Estados Unidos.

Fue una vida en la que no fui un cultivador de ninguna escuela en particular. Fui un analista político, y mis pensamientos y decisiones se basaban enteramente en lo que había aprendido, en las experiencias que había acumulado, desde la perspectiva de un político de aquella época.

Nací en una familia con una sólida formación académica y pronto mostré una pasión por los asuntos

internacionales. Tras graduarme en prestigiosas universidades, me uní al Departamento de Estado a finales de la década de 1930. Los primeros años de mi carrera me llevaron por toda Europa, donde fui testigo del auge del fascismo, la brutalidad de la Segunda Guerra Mundial y los primeros cálculos que gestaban una nueva confrontación. Mis años de trabajo en Viena y Moscú después de la guerra me enseñaron a comprender profundamente la mentalidad y la estrategia del bloque comunista.

Cuando las llamas de la Guerra Fría estallaron en Asia, fui nombrado Embajador de Estados Unidos en Vietnam del Sur. Fue un mandato lleno de desafíos. Viví en Saigón, respiré su aire cálido y húmedo, y fui testigo de la complejidad de una sociedad que intentaba definirse tras décadas de guerra. Me relacioné con políticos, generales y también con gente corriente. Fueron esas experiencias directas las que me dieron una perspectiva diferente, una comprensión que los secos informes enviados a Washington nunca podrían transmitir por completo. Después de mi mandato como embajador, regresé y asumí el cargo de Asesor Principal en el Departamento de Estado, especializado en asuntos de política exterior.

Eran los años 50 y 60, y todo Washington estaba bajo la sombra de la "Teoría del Dominó". El miedo a la

expansión del comunismo en el Sudeste Asiático era real y dominaba casi todas las decisiones políticas.

Comprendía perfectamente esa amenaza. No era un soñador ni un ingenuo en política. Pero mi experiencia en Europa, y especialmente en Vietnam, me había convencido de que aplicar mecánicamente esta teoría a un país con una cultura e historia tan complejas como Vietnam sería un error fatal.

En las reuniones de alto nivel, entre las voces belicistas de los generales y los políticos del bando de los "halcones", yo solía ser una voz disidente. Sostenía que la fuerza militar no podía ser una solución sostenible. Que invertir nuestro dinero, nuestras armas e incluso las vidas de nuestros soldados para apuntalar un gobierno que carecía del apoyo firme de su propio pueblo sería como construir un castillo de arena. Esta guerra, si llegaba a ocurrir, no sería solo una guerra entre las ideologías comunista y capitalista, sino también una guerra de nacionalismo. Y la historia había demostrado que ninguna superpotencia podía vencer al nacionalismo de un pueblo resiliente.

Lo extraño era que, cada vez que pensaba en Vietnam, surgía en mí una inquietud especial, un remordimiento indescriptible. En aquel momento, simplemente lo atribuí al apego de un diplomático por la tierra en la que había servido. No podía explicar por qué sentía una

compasión tan inusual al pensar en las bombas devastando aún más esa tierra, al pensar en el sufrimiento adicional que su pueblo tendría que soportar. Solo sabía, por la intuición de un analista y por un vago sentimiento desde lo más profundo de mi ser, que una intervención militar a gran escala en Vietnam sería un desastre para todas las partes.

Y traté, con todo mi conocimiento y experiencia, de lanzar esas advertencias, aun sabiendo que mi voz era una minoría en medio de una tormenta belicista que no hacía más que crecer.

Una Voz Disidente en Medio de la "Tormenta de Halcones"

A medida que Estados Unidos se adentraba cada vez más en el lodazal del Sudeste Asiático, mi oficina en el Departamento de Estado se convirtió en la cuna de análisis e informes que yo sabía que iban en contra de la corriente principal. No me opuse abiertamente; no es así como se trabaja en la diplomacia. En cambio, presenté persistentemente mis evaluaciones en reuniones internas y a través de documentos oficiales, con la esperanza de que la razón prevaleciera.

Analiqué que tanto Vietnam como la península de Corea anteriormente se estaban convirtiendo en "campos de batalla por delegación" en la confrontación global entre nosotros y la Unión Soviética. Éramos nosotros y ellos quienes estábamos convirtiendo a esas naciones en un tablero de ajedrez, y la gente local eran los peones que sufrían todas las consecuencias. Hice hincapié en que la intervención militar solo echaría más leña al fuego, convirtiendo una guerra civil con tintes ideológicos en una guerra contra la agresión extranjera, lo que solo fortalecería y daría más legitimidad a nuestro adversario.

En un análisis, dediqué muchas páginas a hablar de las dos figuras centrales del conflicto: Ngo Dinh Diem en el sur y Ho Chi Minh en el norte. Dejando a un lado las lentes opuestas de la Guerra Fría, intenté verlos como líderes nacionalistas. Vi en ambos una aspiración común por un Vietnam independiente, unificado y con un lugar en la escena internacional. La diferencia fatal residía en el camino que eligieron: uno era el nacionalismo pro-occidental, el otro el comunismo.

Y lo que hacía esta situación aún más amargamente irónica era que no siempre se nos consideró el enemigo. Recordé en mis informes que fueron los expertos de la OSS, precursora de la CIA, quienes colaboraron con el señor Ho Chi Minh y sus fuerzas para luchar contra los fascistas japoneses en la Segunda Guerra Mundial. Hubo un período en el que los líderes del Viet Minh

simpatizaban con los estadounidenses, viéndonos como un símbolo de libertad y anticolonialismo. Incluso después de 1945, el señor Ho Chi Minh envió varias cartas al presidente Truman, expresando su deseo de que Estados Unidos reconociera la independencia de Vietnam y estableciera relaciones de cooperación.

Pero esas cartas no fueron respondidas. Debido al contexto de la Guerra Fría y la necesidad de mantener a Francia como un aliado clave en Europa contra la Unión Soviética, Washington optó por ignorar esas propuestas y ponerse del lado de los franceses.

En las largas noches en Washington, a menudo me atormentaba con preguntas sin respuesta. Escribí en mis memorandos que la historia podría haber tomado un rumbo completamente diferente. ¿Y si en el período de 1945 a 1954, Estados Unidos no hubiera elegido ponerse del lado de Francia, sino que hubiera mantenido una postura neutral o, mejor aún, hubiera actuado como mediador entre Francia y el Viet Minh? Si hubiéramos utilizado la visión del Plan Marshall para ayudar a Vietnam a reconstruir y desarrollar una economía libre, como lo hicimos con Japón o Corea del Sur, ¿sería diferente la situación actual?

Por supuesto, mis colegas argumentarían que la carga de la prueba recaía en Ho Chi Minh. Pero yo también planteé la hipótesis contraria: si él hubiera sido lo

suficientemente astuto como para declarar públicamente que su camino era puramente de liberación nacional, que no seguiría al bando comunista, ¿le habría creído Washington? ¿O la paranoia y el miedo al comunismo en ese momento eran tan grandes que cualquiera que tuviera vínculos, aunque solo fueran aparentes, con Moscú o Pekín, era considerado un enemigo intolerable?

Me temo que no les dimos otra opción. Cerramos de golpe la puerta diplomática, y ahora nos sorprendíamos de que pasaran por otra puerta que ya estaba abierta para ellos, los brazos de China y la Unión Soviética.

Y ahora, a los ojos de un soldado o un campesino común en el norte, la imagen de Estados Unidos se había asimilado por completo a la del imperio francés. Se les adoctrinaba y ellos creían que solo éramos una nueva forma de poder colonial, y no podían entender nuestros complejos cálculos sobre la teoría del dominó o el equilibrio de poder global.

Además, la victoria de Dien Bien Phu había creado un orgullo nacional que se elevó al máximo. Habían derrotado a una potencia militar europea y, en sus mentes, creían que bajo el liderazgo del Partido, ningún enemigo era invencible. Fue esa mentalidad de confianza, hasta cierto punto subjetiva, la que hizo que no temieran en absoluto el poderío estadounidense. Nos veían, no con los ojos de un país pequeño mirando a una

superpotencia, sino con los ojos de un pueblo que ya había derrotado al "invasor extranjero" y estaba dispuesto a hacerlo de nuevo.

Cuando el nacionalismo y la ideología se fusionaron, crearon una fuerza que no podíamos subestimar. Enviar tropas estadounidenses solo reforzaría su propaganda y nos convertiría en el enemigo directo a los ojos de todo un pueblo del que, de otro modo, podríamos haber sido amigos.

Testigo del Atolladero y Esfuerzos Incansables

El tiempo pasó, y mis análisis, las advertencias desestimadas en las reuniones secretas, se convirtieron dolorosamente en realidad en las noticias de la noche. Año tras año, Estados Unidos se hundía más en la guerra. Las cifras que una vez proyecté en papel se convirtieron en fríos titulares en los periódicos: el número de soldados estadounidenses en Vietnam superó los cien mil, luego los trescientos mil, luego el medio millón. El número de bajas también aumentó en un gráfico casi vertical.

Nombres extraños como Khe Sanh, la Ofensiva del Tet o la Colina de la Hamburguesa se convirtieron de repente en una obsesión en todos los hogares estadounidenses. El movimiento contra la guerra, que comenzó con pequeños grupos, estalló en manifestaciones masivas con decenas de miles de participantes. La división en la sociedad estadounidense se profundizó. Todo sucedió exactamente como, e incluso peor de lo que, yo había advertido.

Pero no fue una victoria de la razón. Fue una tragedia. Un pesado remordimiento cubrió los últimos años de mi carrera. Me sentí impotente al ver cómo la gigantesca maquinaria de guerra, una vez puesta en marcha, aplastaba todos los esfuerzos diplomáticos, todas las posibilidades de reconciliación. Leía los informes de bajas, no como un analista, sino como un ser humano que veía los nombres de los hijos, esposos y padres de alguien.

Cada noticia sobre un pueblo bombardeado, cada imagen de un joven soldado exhausto en la televisión, era como una puñalada en mi conciencia. Sentí una parte de la responsabilidad, no por haber causado la guerra, sino por no haber tenido la fuerza o la influencia suficiente para detenerla. Ese particular sentimiento de remordimiento por la tierra de Vietnam se hizo más pronunciado, aunque todavía no podía nombrarlo con precisión.

Incluso cuando la situación se había vuelto extremadamente grave, no me di por vencido. En mi rol, continué promoviendo canales de comunicación secretos, buscando débiles destellos de esperanza para una solución negociada. Argumenté que, aunque no pudiéramos ganar en el campo de batalla, debíamos encontrar una manera de retirarnos con honor, y eso solo se podía lograr a través de la diplomacia.

En 1968, sintiendo que había llegado al límite de lo que podía hacer dentro de la maquinaria gubernamental, solicité oficialmente mi jubilación. Pero jubilarse no significaba dejar de preocuparse. La costumbre de décadas de trabajo en la diplomacia, la angustia por la guerra, no podían ser desechadas.

Durante los últimos tres años de mi vida, de 1968 a 1971, todavía pasaba tiempo en mi estudio, escribiendo cartas y análisis personales a antiguos colegas que aún ocupaban cargos en el Departamento de Estado. Continué sugiriendo soluciones, analizando los cambios en el panorama político mundial e recordándoles incesantemente el altísimo precio de la guerra. Esos esfuerzos fueron quizás como guijarros arrojados a un gran río; crearon algunas ondas y luego se hundieron, incapaces de cambiar la corriente.

Freder Rein falleció en 1971, cuando el deseo de paz para Vietnam y una retirada honorable para Estados Unidos todavía era algo lejano e inacabado.

...

Aquella fue una vida llena de cálculos políticos, tensiones y también una silenciosa tristeza. Yo, en la piel de Freder Rein, intenté hacer lo que creía correcto, intenté evitar una guerra que preveía que traería mucho sufrimiento. Pero la fuerza de una persona es demasiado pequeña frente a una maquinaria de guerra ya en marcha, frente a los prejuicios y los miedos de toda una era.

Al recordarlo, todavía siento la atmósfera sofocante de Washington D.C. en aquellos años, y la imagen de los jóvenes soldados que tuvieron que partir. Lo extraño es que siempre tuve un interés especial por Vietnam, una compasión que en ese momento no entendía por qué. Solo sabía que no quería ver más sangre derramada en esa tierra, un sentimiento más intenso que el simple análisis político.

Ahora, al conocer mis vidas pasadas, como la del Maestro Chan Minh Tinh en Dai Viet, y el hecho de haber sido "casualmente" nombrado Embajador allí, empiezo a entenderlo vagamente. Quizás, los sentimientos y las afinidades kármicas de tiempos muy

remotos me influyeron silenciosamente. Aunque no era un cultivador en mi vida como Freder Rein, quizás un poco de la compasión de vidas anteriores aún permanecía, convirtiéndose en un remordimiento de conciencia, en un impulso de alzar la voz por la paz.

Y también me doy cuenta de que, sin importar el rol, ya sea un monje ermitaño o un asesor político en los pasillos del poder, mantener la conciencia y tratar de hacer el bien es igualmente importante. Falun Dafa me enseña que todo tiene su causa y efecto, y que lo mejor que podemos hacer es actuar de acuerdo con Verdad-Benevolencia-Tolerancia en todas las circunstancias.

* * *

CAPÍTULO 13: EL SOBERANO DE UN REINO CELESTIAL

(La voz de River esta vez era completamente diferente. Ya no era la reflexión silenciosa de un maestro Chan, ni el tormento de un diplomático. La voz del niño era clara, pero portaba una majestad y un esplendor como si no estuviera relatando un recuerdo, sino regresando a su propio ser original. Esta es la historia del origen, y también la respuesta a todo.)

Todas las vidas que he contado, al mirar atrás, son solo como obras de teatro, etapas aisladas en un camino. Cada papel, cada experiencia, ya fuera un dios, un general, una artesana o un animal, todo fue una preparación, un temple para servir a un propósito más profundo, a una misión ligada a mi verdadero origen.

Y la verdad sobre ese origen, lo que he logrado ver, es la pieza final y más importante, la que explica por qué he tenido estas experiencias extraordinarias y el propósito de todas estas reencarnaciones.

Yo fui el Soberano de un Reino Celestial inmensamente vasto y hermoso, situado en un nivel extremadamente alto, donde la materia es completamente diferente a la del mundo humano. En el reino que vi, mi título era Rey del Reino Celestial.

Allí no hay un sol como aquí. Mi mundo entero estaba iluminado por el halo que emanaba de mí, de su

Soberano. Esa luz era cálida, pura, y nutría a todos los seres. La arquitectura de los palacios y templos estaba hecha de lo que, si se usara el lenguaje humano para describirlo, solo podría llamarse provisionalmente gemas preciosas o cristal, pero su esencia era completamente diferente. Eran materias de alto nivel, que poseían vida y energía, y emitían por sí mismas una luz maravillosa que cambiaba en una miríada de colores con cada uno de mis pensamientos.

Los árboles y las flores allí tenían colores espléndidos que el lenguaje terrenal no puede describir. No eran simplemente verdes, rojos o amarillos, sino franjas de colores vivos que cambiaban y se fusionaban por sí solos. Tenían espíritu; cada hoja, cada flor podía sentir y cantar melodías sutiles con cada brisa. Las bestias espirituales también eran increíblemente hermosas y pacíficas, podían entender y conversar con otros seres. Incluso las rocas y las montañas no eran objetos inanimados; también tenían vida, capaces de emitir sonidos profundos y majestuosos como el eco del cosmos. Los seres conscientes en mi Reino Celestial eran infinitos e innumerables, incluyendo Deidades, Inmortales, Bodhisattvas, Arhats y una miríada de formas de vida que la imaginación humana no puede ni concebir. Todos ellos vivían en absoluta armonía y felicidad bajo mi guía y protección, siguiendo la Ley de ese nivel del universo.

Pero el universo también tiene la ley de formación, estabilidad, degeneración y destrucción. Después de eones interminables, comencé a notar signos de decadencia no solo en mi Reino Celestial, sino también en los mundos vecinos. Los seres ya no eran tan puros como al principio, la materia comenzaba a mutar, la Ley del viejo universo llegaba a su fin. Al ver a mi mundo caminar gradualmente hacia la destrucción, al ver a los innumerables seres que tenía la responsabilidad de proteger enfrentando el riesgo de ser eliminados, mi corazón se llenó de un profundo dolor y preocupación.

Fue en ese momento que un Buda Señor supremo, El Creador, apareció entre los niveles del universo. Trajo consigo la luz de la esperanza y una solución sin precedentes: descendería personalmente al mundo humano durante la Era del Fin de la Ley para rectificar la Ley de todo el cosmos, recrearlo todo y salvar a los seres conscientes. Yo, junto con muchos otros Soberanos de otros Reinos Celestiales, tuve la afinidad kármica milenaria de encontrarme con El Creador.

Al darme cuenta de que esta era la única esperanza para mi mundo y mis seres, sin la menor vacilación, hice un sagrado juramento con Él. Ese juramento todavía resuena en mi mente hasta el día de hoy:

"Juro renunciar a mi posición como Soberano y seguirte para descender al mundo mortal. Pido reencarnar como

un ser humano, y cuando transmitas oficialmente el Gran Dafa que rectifica el cosmos, te encontraré para cultivarme y asistir al Maestro en la rectificación del Fa."

Antes de partir, dejé en el centro de mi Reino Celestial una maravillosa esfera de luz, conectada invisiblemente a mi espíritu primordial. Cuando yo hiciera algo bueno, esa esfera brillaría; cuando hiciera algo malo, se oscurecería. Era la esperanza, el faro para que los seres de mi mundo siguieran con la mirada, esperando el día en que yo cumpliera mi juramento.

Ese sagrado juramento fue atestiguado por todas las Deidades. A partir de ese momento, mi destino fue redefinido, ligado al destino de todo el universo durante la rectificación del Fa. Y aquella esfera de esperanza comenzó su largo viaje, siguiendo a su Soberano mientras se adentraba en el arduo camino del descenso.

El Largo Viaje de Descenso

Dejar temporalmente el trono de Soberano no fue una pérdida, sino un viaje deliberado, que surgió de una compasión y una responsabilidad infinitas hacia mis seres. No fue como quitarse una corona, sino como un cabeza de familia que debe dejar temporalmente su gloriosa tierra natal y a sus seres queridos, para entrar

valientemente en un mundo extraño, lleno de engaño y sufrimiento, con un único propósito: encontrar el remedio para salvarlos a todos.

El viaje hacia abajo fue larguísimo. Y al mirarlo ahora con mi ojo celestial, comprendo su verdadera naturaleza: fue una serie de disposiciones llenas de sabiduría, no un viaje al azar.

Y hay algo que ahora veo muy claramente: en cada etapa de ese camino, no estaba en un estado consciente para "confiarme" o elegir nada. Una vez que descendía a un nivel, mi espíritu primordial era completamente controlado y dispuesto por las Deidades de niveles superiores. Basándose en las afinidades kármicas buenas y malas que yo había establecido, en las leyes vinculantes del universo y en la misión final de mi juramento, eran Ellas quienes me asignaban un nuevo "papel". Por supuesto, mientras interpretaba ese papel, era completamente inconsciente de esto.

Y esta es también una ley inmutable del universo que solo ahora comprendo: al descender de un nivel superior a uno inferior, la sabiduría y los recuerdos del reino superior son sellados. Ya no puedo mirar hacia arriba, solo puedo ver los reinos de mi mismo nivel o inferiores. Por ejemplo, cuando descendí de un nivel muy alto a un reino de Deidades, me convertí verdaderamente en una Deidad allí, con el poder y la conciencia equivalentes a

las otras Deidades de ese nivel. Y en mi percepción de entonces, yo y las otras Deidades de ese nivel creeríamos que nuestro mundo era grandioso, incluso llegando a pensar erróneamente que era el reino más alto.

Este sellado y debilitamiento es una condición previa para que yo pueda existir dentro de la ley de ese nivel sin romper el equilibrio. Así, me vestí con una capa de engaño tras otra, olvidando mi verdadero origen, conservando solo el vínculo más invisible y frágil con mi antiguo juramento, para descender paso a paso más cerca del mundo humano.

En las vidas de ese viaje de descenso, establecí muchas afinidades kármicas, tanto buenas como malas. Hubo seres que conocí y con los que me convertí en amigo o familiar. Hubo seres a los que dañé sin querer, creando deudas que sabía que tendría que saldar. Todas esas relaciones quedaron registradas, convirtiéndose en los hilos de causa y efecto que regirían mis relaciones posteriores en el mundo humano.

En ese viaje, tampoco estuve solo. También me encontré con otros Soberanos, otros Señores de otros mundos, que también habían hecho juramentos similares con El Creador y también estaban en su camino de descenso. Puede que no nos reconociéramos claramente, ya que nuestra sabiduría estaba muy sellada, pero nuestros espíritus primordiales aún podían percibirse

mutuamente. A veces era solo un cruce de miradas, una indescriptible sensación de familiaridad, una silenciosa empatía entre aquellos que compartían una gran misión. Sabíamos que nos encontraríamos de nuevo en el destino final.

Finalmente, después de atravesar incontables mundos, incontables cielos, mi espíritu primordial descendió al nivel más bajo del universo: los Tres Reinos. Y entonces, crucé la última puerta, la puerta que conduce al mundo humano. Fue en este momento que el sellado se produjo de la manera más completa. Todo lo que quedaba de un Rey, todos los recuerdos del Reino Celestial, del juramento, fueron sellados herméticamente. Me convertí por completo en un ser en el engaño, sujeto a la ley del nacimiento, el envejecimiento, la enfermedad y la muerte, y al sufrimiento de la reencarnación como todos los demás seres, para comenzar a interpretar los "papeles" en los Tres Reinos.

Mi primera vida como humano en la Tierra, como ya he contado, fue durante la civilización prehistórica de hace cien millones de años. Me convertí en Arion, un general poderoso, y en la confusión de la fama y la fortuna, cometí un pecado atroz al oponerme al Gran Dafa que se transmitió en aquel entonces.

Ese fue el comienzo de mis miles de reencarnaciones en el mundo humano.

Miles de Reencarnaciones y la Afortunada Afinidad de Esta Vida

A lo largo de miles de reencarnaciones en el mundo humano, me he puesto innumerables vestiduras, he interpretado innumerables papeles. Fui un príncipe del mar azul, un Dios de la Montaña en la cima del Changbai, un estratega oculto tras los emperadores, una artesana en un planeta lejano, y hasta un asesor diplomático en el mundo moderno. Las doce vidas que he relatado son solo algunos fotogramas fugaces en una película interminable, unas pocas huellas en un camino de miles de millas.

Hubo vidas en las que viví en la opulencia, pero mi mente se perdió en el deseo y el poder. Hubo vidas en las que viví en la pobreza extrema, pero mantuve la bondad y la paciencia. Fui hombre, fui mujer, fui de piel blanca, amarilla, negra. Experimenté la alegría del reencuentro y el dolor de la separación, probé la dulzura de la bondad y la amargura de la traición. Cada vida, cada papel, fue una disposición, una oportunidad para establecer afinidades con los seres conscientes, para templar mi carácter y, lo más importante, para esperar. Esperar el momento en que el juramento de antaño se cumpliría.

Y entonces, después de todos esos altibajos, en esta vida, el juramento se ha cumplido.

Por disposición del Maestro, reencarné en Estados Unidos, en una familia donde tanto mi padre como mi madre son practicantes de Falun Dafa. Nací en 2015 y este año (2025) acabo de cumplir diez años. Esta disposición no fue una coincidencia. Con mi ojo celestial, vi los profundos vínculos kármicos que nos unían desde antes. A mi madre de esta vida, ya la había conocido y establecido una afinidad con ella en una vida durante el viaje de descenso. En cuanto a mi padre, fuimos hermanos cercanos en una vida hace solo unas tres vidas, atravesando juntos las dificultades. Fueron estos hilos de afinidades predestinadas los que nos unieron para obtener juntos el Gran Dafa en esta vida.

Desde muy pequeño, mis padres me hicieron escuchar las enseñanzas del Fa y practiqué los ejercicios con ellos. La energía pura y recta del Gran Dafa limpió mi cuerpo y mi mente, rompiendo gradualmente las capas de sellos que habían bloqueado mi sabiduría durante innumerables vidas. Cuando cumplí cinco años, durante una meditación, mi ojo celestial se abrió de repente con una claridad asombrosa. Los recuerdos de vidas pasadas, las escenas de otras dimensiones, aparecieron ante mis ojos como una película vívida.

Mis padres no se sorprendieron demasiado por lo que les conté. Simplemente me recordaron con calma que lo que veía era para que yo mismo creyera más firmemente en la cultivación, no para presumir o mostrarlo. Mi padre dijo que la capacidad de ver otras dimensiones no representa un alto o bajo nivel de cultivación, sino que lo más importante es cultivar verdaderamente la propia mente según los principios de Verdad-Benevolencia-Tolerancia. Las enseñanzas de mi padre me ayudaron a comprender mi responsabilidad, que debía usar lo que veía para recordarme a mí mismo ser aún más diligente.

Visión Actual y un Mensaje

Con mi ojo celestial, veo que el proceso de rectificación del Fa por parte del Creador está llegando a sus etapas finales, el tiempo realmente ya no es mucho. Cuando comencé a cultivarme en Falun Dafa de manera genuina, una escena magnífica apareció en mi meditación. Vi mi Reino Celestial a lo lejos, y la esfera de luz que había dejado en el centro de ese mundo antaño, después de tantos altibajos, después de momentos en los que parecía haberse atenuado, ¡de repente brilló con un resplandor sin precedentes! Esa luz llevaba la energía del Gran Dafa, radiante y pura, iluminando todo mi Reino Celestial, disipando las nubes oscuras de la era de la destrucción.

Los seres de mi mundo, que habían esperado durante incontables eones, estallaron en júbilo y vítores. Sabían que su Soberano había encontrado el camino de regreso, que estaba cumpliendo el juramento de antaño.

También me di cuenta de que muchos de los Soberanos que hicieron el juramento conmigo en aquel entonces, ahora también están en este mundo. Más de diez de ellos son actualmente también discípulos de Falun Dafa, cumpliendo silenciosamente su misión en todas partes del mundo. Una gran parte de ellos se encuentra en China, enfrentando pruebas extremadamente duras para proteger su fe y salvar a los seres conscientes.

Vi algo aún más asombroso. En la percepción de las Deidades, los Tres Reinos siempre han sido el lugar más bajo y sucio del universo. Aún más aterrador, es un "camino sin retorno", un camino de un solo sentido hacia abajo. Desde innumerables vidas, ningún ser ha podido regresar por sí mismo. Una vez que caen aquí, se pierden para siempre en el sufrimiento de la reencarnación, creando karma sin cesar. Según la antigua ley del universo, cuando el karma de un individuo se acumula hasta el punto de que no puede ser saldado, ese ser será destruido, y finalmente su cuerpo y espíritu serán aniquilados.

Sin embargo, en los últimos treinta años, un evento grandioso ha sacudido a todo el universo: en este mismo

"camino sin retorno", el Creador ha transmitido oficialmente el Gran Dafa al público, creando un único "barco" del Fa, el camino de salvación que puede llevar a los seres que cumplan con los requisitos de regreso.

Fue precisamente al ver esta esperanza sin precedentes en el lugar más desesperado, que innumerables seres de niveles espaciales muy altos hicieron algo que nunca se habían atrevido a pensar: compitieron, suplicando urgentemente descender al mundo humano. Porque sabían que, si podían convertirse en humanos, tendrían la oportunidad de entrar ellos mismos en la cultivación y podrían ser salvados, no solo ellos mismos, sino también los innumerables seres que representaban.

Este proceso de descenso tampoco fue sencillo. Normalmente, a un ser le es asignado su papel por las Deidades de niveles superiores. También hay casos especiales, algunas Deidades descienden directamente para convertirse en humanos, pero una vez que entran en este mundo de engaño, también son rápidamente selladas y pierden todos sus poderes, convirtiéndose en personas comunes como cualquier otra.

Como los cuerpos humanos en este mundo son limitados, y el riesgo de perderse en el mundo humano es muy grande, surgió otra opción. Muchas Deidades, al no tener la afinidad kármica suficiente para ser humanos, se ofrecieron voluntariamente a reencarnar como animales

o plantas. Entendían que, aunque los animales y las plantas no pueden cultivarse, la compasión infinita del Gran Dafa lo abarca todo, y ellos también tendrían la oportunidad de ser asimilados y salvados en el campo de la rectificación del Fa. Por eso aceptaron una identidad inferior, con tal de estar cerca de donde hay discípulos de Dafa, para poder bañarse en la luz de Buda que todo lo ilumina.

Al presenciar estas cosas, siento aún más la preciosidad y la urgencia de la oportunidad de ser humano, de cultivarme en Dafa durante este período de la rectificación del Fa.

Por lo tanto, quiero dejar un mensaje. A mis compañeros practicantes, especialmente a aquellos que se encuentran en las circunstancias más difíciles, debemos ser verdaderamente más diligentes, hacer bien las tres cosas que el Maestro nos pide, para no perder esta oportunidad milenaria. ¡Recordemos el juramento que hicimos antes de venir aquí!

En cuanto a la gente del mundo que todavía está en el engaño, espero que puedan escuchar con el corazón, despertar pronto, reconocer la verdad y distinguir entre el bien y el mal. Atesoren la bondad en sus corazones y traten de aprender sobre Falun Dafa, porque esta es la única esperanza para que superemos esta última calamidad.

Ahora, lo entiendo todo. Todas las vidas pasadas, desde un general prehistórico, un príncipe del mar azul, un maestro Chan en la cima de una montaña, hasta un diplomático moderno... todo fue una disposición, piezas necesarias del rompecabezas. Cada experiencia, cada lección, ya fuera dolorosa o gloriosa, fue una preparación para que yo pudiera mantener firme el juramento de antaño, para que tuviera la sabiduría, la voluntad y el carácter para cumplir mi misión al reencontrar el Gran Dafa.

Todos los papeles fueron para prepararme para un único papel, un propósito supremo: convertirme en un discípulo de Falun Dafa durante el período de la rectificación del Fa, cultivarme bien y ayudar a que los seres del mundo al que una vez prometí regresar puedan ser salvados.

(En este momento, la voz de River volvió a ser la de un niño normal de diez años, clara y sincera. La mirada majestuosa de un Rey se desvaneció, dejando solo pureza y serenidad.)

Estas historias... – el niño me miró directamente a mí, que estaba tomando notas, y luego miró al espacio frente a él – no son para presumir ni para demostrar nada. Son solo recuerdos, huellas en un viaje muy largo para encontrar el origen.

Ahora entiendo que la tragedia de Arion hace cien millones de años no fue simplemente un castigo, sino la primera lección en el gran ensayo del universo, para asegurar que esta vez, no tomaría el camino equivocado.

Y sé que el camino por delante aún continúa, pero ahora, he encontrado el camino más correcto, el camino de regreso a casa.

Solo soy un niño de diez años, un practicante normal de Falun Dafa. Pero llevo conmigo el juramento de un Rey, y haré todo lo posible para cumplir con esa responsabilidad.

(El niño terminó su historia con una sonrisa serena. Sus ojos claros miraban hacia adelante, sin la carga del pasado, sin la preocupación del futuro, solo con la firmeza y la paz del presente. La grabadora seguía funcionando, pero solo quedaba el silencio. Un silencio que decía más que mil palabras, cerrando un viaje de miles de vidas que habían pasado.)

* * *

EPÍLOGO

La última cinta se ha detenido. La habitación se ha vuelto silenciosa, solo con el suave tictac del reloj de pared y los cálidos rayos de sol amarillos danzando sobre el suelo de madera. River, el niño de diez años de ojos claros, se había quedado en silencio en algún momento, volviendo a ser un niño normal después de haber llevado sobre sus hombros el peso de un universo entero. La historia de sus mil vidas había llegado a su fin.

Durante 2 semanas, mi trabajo consistió simplemente en escuchar y tomar notas. Acompañé a River a través de dinastías gloriosas, civilizaciones perdidas, desde un general prehistórico, un príncipe del mar azul, una artesana en Marte, hasta un diplomático atormentado de la era moderna. Al principio, solo pensé que estaba registrando historias extrañas, recuerdos fragmentados. Pero ahora, al contemplarlo en su totalidad, me doy cuenta de que no eran historias aisladas, sino las piezas de un inmenso cuadro, dispuestas de una manera increíblemente sofisticada.

Cuando escuché a River hablar de la primera vida de Arion, hace cien millones de años, pensé que era

simplemente una tragedia personal. Pero al escuchar el último capítulo, de repente me di cuenta de que también fue una lección dolorosa en el *primer ensayo* del universo. Resulta que nada es casual. El error de un general de una remota era prehistórica fue la primera piedra angular para la firmeza de un niño de diez años de hoy, asegurando que en esta última y más importante representación, no daría un paso en falso.

Recuerdo el pasaje en que River contó cómo las Deidades de cielos muy altos, seres gloriosos que no podemos ni imaginar, rogaban fervientemente por reencarnar en el reino humano, aceptando incluso ser una brizna de hierba, un animal, solo para estar cerca del campo de energía del Gran Dafa. Al oír esto, una antigua frase de las escrituras que una vez leí resonó inconscientemente en mi corazón: *«Es difícil obtener un cuerpo humano, es difícil nacer en China, es difícil oír el Fa Recto, es difícil encontrar a un Maestro iluminado»*.

Antes, solo entendía esta frase a un nivel superficial. Pero a través del relato de River, he sentido de verdad el peso de cada una de sus palabras. Cada una de esas cosas «difíciles» es, de hecho, una gran oportunidad kármica que innumerables Deidades en el universo suplican fervientemente sin poder obtener. Eso me hace reflexionar, ¿acaso nosotros, los que vivimos en esta era, hemos comprendido realmente lo valioso de lo que tenemos?

Mi papel como cronista llega a su fin aquí, las historias de River han sido guardadas, pero la historia de la elección de cada ser en esta era continúa escribiendo sus últimas páginas... Y espero que cada uno de nosotros tome la elección correcta.

¡Que Dios los bendiga!

Casey Vale

THE LIVES MEDIA

* * *

SOBRE LA AUTORA Y EL PROYECTO THE LIVES MEDIA

SOBRE LA AUTORA

Casey Vale es una autora independiente, periodista de investigación y narradora espiritual. Persigue temas sobre la verdad, la conciencia y el destino de la humanidad. Sus obras a menudo se originan en entrevistas reales, registradas con honestidad, una rica emoción y un carácter esclarecedor.

SOBRE EL PROYECTO

Este libro forma parte de una serie de obras publicadas por THE LIVES MEDIA, una iniciativa editorial independiente con una visión global y la misión de preservar y difundir ecos atemporales. Sin perseguir el ciclo diario de noticias, nuestro objetivo son libros capaces de tocar profundamente la conciencia humana.

CONTACTO

- ✧ Website: www.thelivesmedia.com
- ✧ Email: editor@thelivesmedia.com
- ✧ QR Code:



OTRAS OBRAS DEL MISMO PROYECTO

Puede encontrar otras publicaciones de THE LIVES MEDIA:

- *Polvo Rojo, Luz Dorada* (Red Dust, Golden Light)
- *Después del Poder: El Legado* (After Power: The Legacy)
- *Ocaso y Aurora de la Ciencia* (Sunset and Sunrise of Science)
- *El Velo Rojo* (The Red Veil)

- *Ecos de Antes del Tiempo* (Echoes Before Time)
 - *Entrada al Mundo* (Entering The World)
 - *Las Últimas Campanas* (The Last Bells)
 - *Antes de Nosotros* (Before Us)
 - *Mil Vidas* (Thousand Lives) → este es el libro actual
-

¡Le agradecemos sinceramente por dedicar su tiempo a leer este libro! Que Dios y Buda le bendigan en su viaje de descubrimiento de la verdad.